

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 4-10 abril 1964 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 279

"Volveré madrecita; espérame novia..."

LAS CANCIONES
DEL CAUTIVERIO
A BORDO DEL
"SEMIRAMIS"



A RUTA DE LA
LIBERTAD: DESDE
EL BOSFORO AL
CUARTO DE BARCELONA

De nuestro enviado especial a bordo del "Semiramis", José Luis Castillo Pucho

LA RUTA DE LA LIBERTAD: DESDE EL BOSFORO A BARCELONA

Reportaje de nuestro enviado especial Castillo Puche



Cuando el «Semiramis» entró en el puerto de Estambul, los repatriados que venían a bordo irrumpieron clamorosamente a los gritos de «¡Viva España!» y «¡Viva Franco!». La escena fue emotiva y delirante

VUELVEN los prisioneros! Ahora ya era un hecho, y todos los periodistas destinados a esta única oportunidad giramos por Madrid de un lado a otro, como locos, entre barullo de papeles, reservas de plazas y pasaportes. Al fin, el avión en Barajas, el salto hasta Roma e inmediatamente, sin casi tiempo más que para tomarse un bocadillo y comprobar la emoción con que todo el mundo, españoles e italianos, atendía a la noticia: el nuevo avión que había de llevarnos hasta Estambul.

Debajo de nosotros, el Bósforo, emoción romántica de todos los paisajes exóticos, que ahora nuevamente, al cabo de cuatro siglos, iba a teñirse con una nueva nota heroica para lo español.

En efecto, a estas mismas tierras, sólo que entonces en un viejo bajel en lugar de un moderno vapor, y prisionero en lugar de liberado, llegaba a Constantinopla, en 1557, Cristóbal de Villalón junto con 200 compañeros cautivos por el turco, y sus recuerdos hubo de dejárnoslos, como estampa vívida y gráfica de su odisea, en su famoso libro.

Planea el avión sobre el campo y ya estamos en tierra.

UNA SEMANA DE ESPERA

Llegamos a Estambul el martes día 23. Llovía y hacía frío. Me fué muy difícil encontrar hotel. Siempre en Estambul dicen que esto ha sido un problema, pero en estos días más. Con Adenauer habían llegado cerca de 30 periodistas. También a los futbolistas brasileños los vi ir de la Ceca a la Meca. Por fin me instalé en el hotel Sondra, en un ático, donde tuve que echarme encima todo lo imaginable. Estaba he-lado.

Habíamos venido con tiempo. Todavía el barco griego «Semiramis» no había pasado frente a Estambul camino de Odesa. El 24 al mediodía cruzó el Bósforo, indiferente y anónimo. Era, al parecer, un barco más. Pero para nosotros no era así. El negocio y la mercancía de este barco contratado por el Gobierno español nos tenía en vilo.

De codos en el puente Gálata,

A la izquierda, el estrecho del Bósforo, y a la derecha, la ciudad de Estambul, fueron testigos de un hecho inenarrable en el paso del «Semiramis», camino de la libertad

entre el humo de las motonaves y un trepidar enloquecedor de taxis, tranvías y coches de línea lo vimos tomar ruta hacia el mar Negro. ¡Buen mar, amigo!

¿Quién podía saber en Estambul a lo que nosotros habíamos venido? Lo sabía la Embajada española y los policías turcos, que, aunque se hicieran los locos, ya sabíamos que no era nada fácil despistarlos.

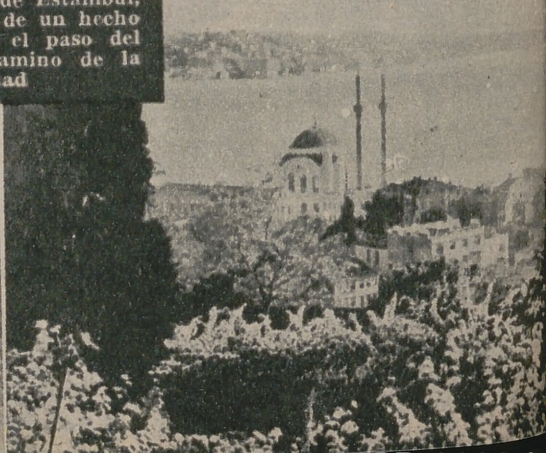
UN GRAN Y AGITADO «COCKTAIL»

De toda aquella multitud rabiosa y diversa de gentes—que casi nos prensaba—, nadie podía comprender qué esperanza podía llegarnos, dentro de horas y días, por el camino del mar.

Circula por Estambul la mezcla humana más extraña del mundo, y todos agitados, tensos, nerviosos, gesticulando, hablando fuerte. Estambul debe tener el millón y medio de habitantes, y más de 15.000 taxis ruedan por calles tortuosas y pinas a velocidades inadmisibles. Al principio siente uno ganas de bajarse y echarse a correr; pero si algo se impone en seguida al viajero en el Oriente es la conformidad y la resignación. Y, a fin de cuentas, lo que sea de uno tiene que ser de todos: los taxis son colectivos.

No es aconsejable quedarse mirando a nadie, lleve barbita blanca en punta de rabi o bigotazos de caballista tártaro. Ellos van a lo suyo; pero no se admite curiosidad. Entre tipos harapientos que arrastran sobre el lomo cajones y bultos inmensos, puedo verse a la dama que exhala perfumes parisienses y que pisa majestuosamente el difícil empedrado. La calle está poblada de voces y risas, de acentos de la mar de distintos: italiano, francés, alemán ruso... Pero es el musulmán el que se impone, porque para algo están en alto estas batutas musicales que son los minaretes.

Estambul está en plena fiebre de trabajo. Todo el mundo viene de algún sitio y va a alguna parte, la mayoría de las veces de la mezquita o del mercado, de la



oración o del bazar. Este pueblo se ve que está experimentando una honda transformación. Recién nacido a la técnica, ya se le ve en posesión de un ritmo industrial que pasma. El barrio Estambul es fuerte, intenso y sugestivo, como el barrio de Pera, que es el más exquisito y cosmopolita. Lo que priva y queda de este pueblo enorme es su desconcertante bullanga, el rumor de panal de sus colinas, de donde salen vecinos como moscas locas; el frenesí de sus sirenas, las desgarradas pinceladas de las chimeneas, el vocerío frenético de sus campesinos, el pregón cansino de sus sacerdotes en lo alto de los púlpitos de piedra, la tierra y conmovedora luz de sus verdes praderas, donde, de vez en cuando, los milochos se le enredan a los niños en extáticos ci-preses. Estos niños, con su gorrito con visera y con pantalones de hombrecito, le dan a este aterrador enjambre de vidas humanas un matiz de lo más sutil y delicado.

Cemento y madera, ladrillo y plexiglas, entablaron batalla. Va ganando el maniquí, el neon y, en última instancia, el dólar.

Aquí se habla todavía por algunos el español. Los sefarditas conservan de una manera casi milagrosa los recuerdos de un castellano con el que se conversaba en nuestro Siglo de Oro, mezclado con raros vocablos de indiscifrable procedencia.

Abundan igualmente en Estambul los griegos y los armenios, los rusos evadidos, durante o después de la revolución. Todo este conjunto humano vive ya según la costumbre europea, y las mujeres, desde la era de Kemal Pachá, han suprimido el velo en los lugares públicos y muestran su hermoso rostro descubierto al forastero.

Hoy la moderna Turquía es un país europeo, un país más, aunque todavía se encuentren entre las callejas de sus antiguos barrios curiosas notas de color y de exotismo.

PARK OTELI

El 25 apareció la «Comisión oficial». Con título de enfermeros y practicantes y con su brazalete de la Cruz Roja algunos.

Estamos aquí ya reunidos con el señor embajador de España en Turquía, don Alfonso Fisco-wich y Gullón; el director general de Política de Europa del Ministerio, señor Aniel Quiroga; el delegado español en la Cruz Roja Internacional, señor duque de Hernani; el delegado nacional de ex Combatientes, señor García Rebul; el coronel Castillo, del Alto Estado Mayor del Ejército; el señor Belascoain, médico de la Armada; el padre Indalecio Hernández, capellán castrense y veterano ya de tres guerras; el padre Guerrero, jesuita; el inspector de Policía señor Armero, los enviados de Prensa y la Misión Sanitaria, integrada por médicos, farmacéuticos y enfermeras. Y con nosotros también César Iriarte, agregado de Prensa en Turquía.

Un diplomático, el colmo de la reserva, iba y venía con una cartera de cuero donde probablemente estaba la lista que a toda costa queríamos conocer. No hubo manera.



En los jardines de El Pardo, Su Excelencia el Jefe del Estado lee la lista de prisioneros repatriados de Rusia, que le fué entregada por el Ministro de Asuntos Exteriores.—(Foto Campúa.)

Hasta el último momento España ha extremado las medidas de prudencia. Ni Torcuato Luca de Tena, acompañado de su entrenadísimo Cortés Cavanillas; ni Mostaza, ni siquiera la agencia Efe con el hábil Prego pudo forzar la máquina informativa. Había datos, cifras, hipótesis, cálculos, fechas, pero había que claudicar y rendirse. Se nos exigía la máxima cautela.

El embajador de España, de vez en cuando nos daba algún detalle de interés, pero inmediatamente nos pedía y nos exigía silencio.

De todos modos, en la atmósfera de este hotel Park, donde lo mismo veíamos a un general americano que a una judía con unas joyas trastornadoras, se iba respirando cada día más el misterio y la emoción.

No habíamos ido a firmar ningún tratado comercial. Era preferible incluso que otras agencias pudieran adelantarse en las noticias. Nuestra misión era más importante: era la de vivir estas noticias para darlas algún día en su íntimo y más complicado desarrollo.

Algún día haremos la gran historia interna de todo el proceso

que ha supuesto esta negociación.

El Otel Park era ya en nuestra imaginación un barco flotante. No vivíamos su ambiente de negocios en gran escala, sino que sólo vivíamos ya del futuro que iban a inaugurar unos hombres ya maduros tan pronto cruzaran una raya en el mar. ¡Cuántas veces, entre idas y venidas precipitadas, hemos recitado para nosotros mismos aquello de

*Amarrado al duro banco
de una galera turquesa.*

Sólo que aquí el barco era griego.

*Dame ya, sagrado mar,
a mis demandas respuesta.*

La vida en Estambul es cara. ¡Y pobre de mí que tenía que ir cambiando mis exiguas pesetas por otras más exiguas liras turcas.

CONFERENCIA DE PRENSA

Monsieur Georges Brouardel, presidente de la Cruz Roja Francesa, se ha quedado en Estambul también esperando a sus dos colegas con su carga, preciosa carga humana.

Monsieur Brouardel convoca una conferencia de Prensa para



La División Azul de voluntarios españoles en el frente del Este dió pruebas de espíritu militar incomparable

darnos detalles de cómo se ha llevado a cabo la última gestión, en la que él ha intervenido personalmente.

ALGUNOS ANTECEDENTES

En el año 1946 se comienzan a concretar las noticias sobre los españoles que había detenidos en los campos de concentración rusos. El Ministerio de Asuntos Exteriores español, en colaboración con el Ministerio del Ejército (que encargó especialmente de esta tarea al coronel señor Castillo) sigue día a día el problema de estos hombres.

Paulatinamente, aunque de una manera sumamente vaga, todas las representaciones de España en Europa iban recibiendo noticias a través de prisioneros de otras nacionalidades, ya repatriados, que habían convivido con los nuestros en uno u otro campo. De esta forma se llegó a tener información sobre unos 378 prisioneros.

Las primeras gestiones de una tarea que resultaba sumamente difícil se llevaron a cabo a través de la Legación española en Berna, en contacto directo con el Comité Internacional de la Cruz Roja.

Un año más tarde, en 1947, nuestro embajador en el Vaticano realizó una gestión cerca de la Santa Sede, consiguiendo que ésta se interesase ante los organismos internacionales en favor de nuestros prisioneros.

Pero, desgraciadamente, tanto en un caso como en el otro, las gestiones no pudieron llegar a ningún término positivo en aquellos momentos.

Sin embargo, ya en el año 1950, diversos periódicos extranjeros dieron la noticia de las gestiones, oficiosas, naturalmente, que se estaban llevando a cabo en Madrid para la repatriación de nuestros hombres.

La Legación soviética se abstuvo de hacer ningún comentario a estas informaciones.

En marzo de 1953 culminaron todas las anteriores gestiones en la intervención, realmente brillante, que en tal sentido llevaron a cabo en la O. N. U. distintos delegados de los países de Hispanoamérica.

Y por fin, en enero de este año de 1954, llegaron a un feliz resultado: monsieur Georges Brouardel nos informó de que por estas fechas el presidente de la Cruz

Roja Soviética, doctor Holodkow, se había puesto a hablar con él para acceder a tratar de la cuestión de los prisioneros españoles en víspera de la próxima amnistía que la U. R. S. S. estaba a punto de conceder.

Ha insistido monsieur Brouardel en que él personalmente hubo de llevar a cabo todas las gestiones, ya que los delegados soviéticos se negaban a tratar con la Cruz Roja Internacional de Ginebra, a la que no reconocían vigente. El duque de Hernani, delegado español en la Cruz Roja, se ofreció inmediatamente a sufragar todos los gastos de las negociaciones, y finalmente se supo que los españoles iban a volver. Se eligió el puerto de Odesa, en el mar Negro, como lugar de entrega. Los rusos habían ofrecido en un principio repatriar a 253 hombres; pero luego elevaron la cifra hasta 286.

Precisamente pocas semanas antes, en estas mismas columnas de EL ESPAÑOL, se publicó una extensa información sobre los prisioneros españoles que aún quedaban en Rusia. Pero varios diarios madrileños insertaron poco después una nota de la Dirección General de Prensa diciendo que, «a pesar de las gestiones que llevaba el Gobierno en tal sentido, era todavía prematuro hablar de la llegada de los prisioneros de la División Azul». No se quería dar a las familias que esperaban ansiosas una esperanza demasiado concreta que nuevamente, por cualquier circunstancia, podía resultar defraudada.

Pero, por fin, en este mes de marzo de 1954, después de doce años de cautiverio, la esperada ilusión se ha hecho realidad.

Terminó diciendo monsieur Brouardel que el hecho constituye no sólo una gran alegría para todos, sino también un sintoma esperanzador para los demás países que aún tienen prisioneros en los campos de trabajo rusos. Y añadió:

—Nuestro papel en la Cruz Roja seguirá siendo, como siempre, el de ayudar a todos los que sufren.

Por fin, el día 26, al mediodía, se recibe la primera noticia de que el «Semiramis», con 286 repatriados a bordo, ha zarpado de Odesa el día anterior, a las dos de la tarde, y está ya atravesando los Estrechos, rumbo a Estambul. El temporal de estos días, según añade la noticia, retrasó su llegada al puerto ruso; un día más de espera, con los nervios tensos por la ansiedad.

LLEGA EL «SEMIRAMIS»

El día 27 transcurrió para nosotros lo mismo que el 26, sólo que más tenso aún, si cabe, por la ansiedad, puesto que cada hora que pasaba nos iba acercando más y más al momento definitivo.

Ya desde la Embajada española en Atenas se había radiado la noticia a España, y Radio Moscú, en este mismo día 27, había dicho que «286 prisioneros españoles habían sido repatriados ayer, con ayuda del Comité Ejecutivo de la Unión de la Cruz Roja y de la Media Luna de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas».

La mañana nos sorprendió a



Ni el frío ni las inclemencias de la estepa rusa doblegaron en ningún momento la moral de nuestros voluntarios en Rusia

todos avistando las aguas del Bósforo e imaginando espejismos de barco en cada nube lejana sobre la línea del horizonte.

Llegó la tarde y empezó a caer el crepúsculo.

Estaban rondando las nueve (hora local) cuando, ¡por fin!, la silueta oscura de un barco resaltando contra las aguas comenzó a embocar el canal con una lentitud insoportable. Ni los pescadores ni los turistas extranjeros que a estas gratas horas del anochecer deambulaban por el Cuerno de Oro podían imaginar realmente cuál era la carga de aquel mercante griego que se aproximaba ni con cuánta ansiedad lo esperaba nuestro grupo junto al muelle.

Ni siquiera muchas de las familias de estos resucitados en vida—que eso son realmente—saben aún que ellos vuelven y que en estos momentos están pasando de un mundo a otro: del cautiverio a la libertad y a la vida otra vez.

AL DOCE AÑO DE LA LIBERACION

Hemos cruzado en dos barcos de la Policía turca el Bósforo. No había luna. Sobre la bandera blanca de Turquía se veía otra luna, roja, como de sangre.

Según sabemos ya, no vienen solamente prisioneros de nuestra División Española en el frente del Este, sino también algunos internados que, aun después de terminar nuestra Cruzada, quedaron en Rusia, y algunos niños que ya no lo son—de los que fueron enviados por aquella época a la U. R. S. S.

Nos hemos ido acercando al barco, que estaba iluminado, en gran fiesta. Alrededor nuestro. Estambul, con sus innumerables barrios flotantes, dormía un sopor incomprensible. Pero este mar debe estar acostumbrado a estas cosas.

En la borda se distinguía ya una masa de siluetas acodadas mirando en silencio. Tampoco entre nosotros se decía mucho, porque la emoción verdadera estrangula las palabras.

Tan pronto vieron una mano moverse, el barco se izó de hermosos mástiles y el Bósforo sólo escuchó una palabra: «¡España!»

El padre Indalecio Hernández, capellán veterano de la guerra de África, de nuestra guerra y de la campaña del Este, fué el primero en romper el silencio con un estremecido «¡Viva España!» que repercutió en ecos sobre el silencio del Bósforo. Y a los ecos se fundieron inmediatamente los «¡Viva España!», «¡Viva Franco!», con que, en distintos acentos de emoción, nos respondían desde arriba las siluetas de la borda.

Ya estamos junto a la amura. Restalla algo en el aire y queda colgando junto a la porta de babor una escala de gato.

Parecían una gran «troupe» que viniera de representar un drama cósmico y fenomenal. Pero lo grave es que venían de vivirlo. Y, lo que es la fuerza de la sangre, a estos cientos de muchachos enfundados en un «mono» carcelero—sin número en la espalda ya—, por minutos se les hacían los ojos y la voz españoles.

Eran voces gallegas, vascas, andaluzas, extremeñas, castellanas,



Las excelentes condiciones del soldado español fueron sobradamente demostradas a lo largo de la campaña rusa

puras voces que iban volviendo a su origen y verdad.

—Ya dos veces me libera Franco—fué lo primero que oí.

Todavía no habíamos escalado el barco. Con la máquina de escribir en una mano y la cartera atada estuve a punto de darme el gran remojón. Era cierto. Doce años que, tal día como hoy, un servidor había también sido liberado. Poder prodigioso de la memoria.

LA ESCALADA

El doctor Omar Faruk Sargut, presidente de la Media Luna (que es la Cruz Roja Turca); nuestro embajador, el padre Indalecio y el duque de Hernani son los primeros en trepar a bordo. Después, los demás.

Este primer encuentro es algo que no se puede describir con palabras. Abrazos, vivas, risas que rozan las lágrimas...

—¿Hay alguien de Salamanca?

—¿Quién es de Valladolid?

Cada uno quería encontrar no sólo a un paisano suyo, sino a un vecino.

—¿Cómo habéis dejado perder al equipo de España con Turquía?

—No volverá a ocurrir—afirmaba muy serio yo, que nunca he ido al fútbol.

—¿Quién es alcalde de Cáceres?



Tampoco el buen humor de nuestros patriotas fué desplazado en las periferias de aquella aventura en los frentes de

—¿Se ha reconstruido totalmente Santander?

—¿Traéis pitillos?

Se reparte tabaco, buenas cajetillas españolas, que estos hom-

bres no han fumado hace muchos años, dulces y paquetes que la motora cargó como primer regalo de bienvenida...

Que me perdona el director, pero yo fui materialmente raptado por los murcianos a su camarote y tuve que dedicarme a ellos a la fuerza. Regresan Olmos Hernández (de Dolores de Pacheco), José Antonio Ramos (de Murcia), Moreno Moreno (de Murcia), Conesa (de Cartagena), Mercader (de Alcantarilla), Martínez Juan (de Murcia). Hay un Juan Moreno que queda muerto en Rusia.

Pero también tuve otra sesión de gallegos, porque me preguntaron por El Ferrol y se me ocurrió decir que mi novia era de allí. Esto me trajo una enorme cola. Pero, por lo menos, Pifrelo y Eugenio García, que entren en esta corta e inevitable relación. Por ferrolanos, sencillamente.

Pero el máspreciado obsquio para estos hombres es el papel de escribir y la pluma, que rápidamente se van repartiendo entre todos en cuanto el doctor Mustafá realiza la primera inspección sanitaria. ¡Poder escribir de nuevo a casa!

Apoyados unos en las espaldas de otros, como en el frente, comienzan las primeras epístolas. Se preparan más bien para ellas. Porque muchos, después de tanto tiempo, no saben realmente cómo empear ni por dónde.

—Oye...—se preguntan uno a otro—, ¿qué vas a ponerles tú?

Resulta difícil, es cierto, empezar diciendo: «Como os decía en mi última carta...»

Rápidamente tengo oportunidad de leer una de ellas antes de que salga hacia su destino.

Es de Vicente Montejano Moreno, dirigida a su tío Rafael, de Madrid y dice con letra nerviosa y garrapateada con bolígrafo a toda prisa:

«Estambul, 27.

Querido Rafa: al fin llegó el momento tan deseado. He logrado, aunque con no poco trabajo, escapar del infierno; en estos momentos me encuentro en el Bósforo, y es tal la emoción, que por más que rebusco no encuentro palabras para dirigirme a vosotros, y al mismo tiempo son pocos los minutos de que dispongo para escribiros. Espero llegar a nuestra querida España en los primeros días del mes de abril, y mi mayor deseo es encontraros a todos con salud.

No puedo continuar, y espero lo comprendas. ¡Después de tantos años verme libre! Da saludos y un abrazo a todos de quien jamás os olvidó y ansía veros, Vicente.»

RUBLOS Y PESETAS

Hay entre ellos de todas las edades. El más joven, que fue llevado a Rusia desde Bilbao a los siete años, cuenta ahora veinticuatro. El más viejo, tripulante de un barco retenido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas después de la guerra, tiene sesenta y uno.

Todos ellos visten jersey verde y un pantalón de tela fina, de color azul, que les repartieron las autoridades soviéticas antes de entregarlos a los delegados de la Cruz Roja Francesa. Azules también las alpargatas y el chaquetón.

Aunque tienen todavía psicología de recién resucitados, la mayoría de ellos presentan buen aspecto físico. Ya sabíamos, por informaciones indirectas, que, a pesar de estar en un clima tan distinto al nuestro, son la raza que mejor ha aguantado las penalidades de los campos.

—¿Qué comiais?

—Por la mañana, generalmente, un cacillo de sopa de pescado, en la que la cuchara servía de bien poco... Al mediodía, otro cazo de lo mismo, y a veces una ración de «kasha»...

—Y eso, ¿con qué se come?

—Con buena voluntad. Es una especie de potaje, con algunas fibras de carne. Y por la noche, para variar, otro cazo de sopa. Mira, este es el pan; me he traído un trozo como recuerdo...

Y enseña un pedazo de pan oscuro, ya reseco y negro, que verdaderamente resulta poco apetecible.

Otros traen como recuerdo monedas rusas: rublos, que nos enseñan como una rara curiosidad antes de irlos arrojando por la borda para ver cómo se hunden en las tranquilas aguas del Bósforo. Nosotros les damos pesetas rubias, y algunos las besan emocionados como si se tratase de medallitas.

Otros, en su alegría desconcertada, que no sabe todavía cómo expresarse, dan volteretas por la cubierta del «Semiramis» en mangas de camisa. Las luces del puerto cabrillean sobre el agua mientras se fuma y se escribe

Luego, la fiesta de recepción. Incluso los que no se encuentran bien del todo no dejan de asistir a ella. Los cuidados médicos—a aquellos que los necesitan—vendrán después del vino.

Ya están vestidos con paños de Tarrasa. Ya se han fumado el primer «Bisonte» y ya estamos roncós casi todos a fuerza de dar vivas y de gritar. Da cierto respeto todavía, con su aire de nuevos Lézaros, apretarles los brazos y ponerles la mano sobre las espaldas. Son las once de la noche. Escriben a sus familias.

En el «Semiramis», a las doce en punto, se va a quemar una gran falla. No es nada que simbolice odio contra nadie ni contra nada. Es simplemente la quema de un gorro del cautiverio.

Aún no tienen plena conciencia interior de que han llegado a la libertad. Pesan mucho en el hábito cotidiano tantos años de cautiverio y de estrecha vigilancia sobre el menor acto del día.

—¿Puedo cerrar la carta?—pregunta uno de ellos con aire vacilante después de terminar la suya.

La correspondencia, incluso la interior—ya que de la otra no tuvieron—, tenía que ir abierta en los campos. Y aún no pueden hacerse a la idea de que, de ahora en adelante, eso terminó para siempre.

A medida que voy hablando con los repatriados, voy conociendo detalles del espíritu formidable que ha presidido la vida de estos hombres en los años largos de la separación.

—Allí estaban dos caminos—nos dice un muchacho alto, con los ojos ensombrecidos por el recuerdo—. Por una parte, las penalidades en los campos de concentra-

ción; por otra, los ofrecimientos de una vida cómoda si rompíamos para siempre con la firmeza absoluta de nuestros ideales.

Ha sido el capitán Palacios el auténtico sostenedor de la esperanza de estos hombres, que, en medio de todo, nunca desconfiaron. Había, eso sí, un aislamiento absoluto con el exterior, sostenido y propugnado, como un método, por los mismos rusos. Pero, frente a todas estas certezas, el eterno espíritu de la raza española no desmayó. De ello dan prueba rotunda estos hombres con los que ahora navegamos.

La emoción que en estos hombres ha producido la noticia de su liberación es tal, que uno de ellos por ejemplo, desgraciado, se volvió loco al saber con certeza su repatriación. No pudo resistir la emoción del regreso y ha tenido que quedar recluso hasta su curación, en Odessa.

LOS ESPAÑOLES ESTAN HECHOS DE ACERO

Su odisea por los campos ha sido larga. Al principio estuvieron la mayoría concentrados en un área de campos cerca de Borovitchi. Pero después de haberse producido algunas protestas, con ese orgulloso espíritu de rebeldía española, que ni las penalidades pueden domeñar, las autoridades soviéticas los consideraron «peligrosos» y decidieron distribuirlos por diversos campos—el de Kiev, el de Mordovia—, junto con prisioneros de otras nacionalidades, en grupos de 30 a 60 hombres.

Y cada grupo tenía su jefe, elegido por encima de diferencias ideológicas, ya que estaban conviviendo mezclados en los mismos barracones ex combatientes de la División y de otra procedencia. Aunque alguna discusión ideológica continuase dentro de las barracas, hacia fuera, hacia sus guardianes, cuando surgía alguna dificultad, mantenían un frente único. Aunque decyeresen a veces las fuerzas, la camaradería y el espíritu se mantuvieron siempre.

—Créeme que éramos nosotros, los españoles, los prisioneros a que más respeto nos tenían. Aunque a veces hayamos estado en campo de castigo. Pero era por esto mismo... En una ocasión, en abril de 1951, llegamos a hacer una huelga del hambre. Y eso que no sobraban las calorías. Entre la mucha agua y la poca grasa, muchos enfermaban de disentería y de hinchazones hidrópicas. Al principio los almanes se morían en racimos con toda su corpulencia. De nosotros solían decir que estábamos hechos de acero—añade riéndose.

—¿Os dejaban tener trato con la población civil?—le pregunto a otro.

—Los de algunos campos han tenido esa oportunidad. Y hasta creo que no se portaban mal con ellos, e incluso les llevaban algo de comida, acordándose sin duda de sus hijos, que también andaban por ahí. Ya sabe que nosotros nos hacemos simpáticos en todas partes... Pero otros no hemos asomado las narices a nada que no fuesen barracas y canteras. Yo no he visto una mujer en once años...—y se queda mirando a lo lejos con aire de nostalgia.

En 1946 fueron a parar muchos



El sacrificio de los hombres españoles, que, sin regateos de ninguna especie, ofrecieron sus vidas, fué recompensado en el recibimiento que la Patria les hizo a su llegada

al campo número 52, en la región de Mordovia. Más tarde, a Jar-kov para ayudar en los trabajos de las fábricas «Serpimolot», de construcciones agrícolas.

Ahora, cuando llegó a ellos la noticia probable de la repatriación, fueron concentrados, los que iban a venir—pues aún quedan quizá unos 200—, en el campo de Vorochilovgrado, en Kadievka.

GORROS AL AGUA

Allí se les repartió la ropa con la que les hemos visto llegar, y a principios de semana un tren los trajo hasta Odesa, desde cuya estación fueron conducidos directamente al barco para ser entregados a mademoiselle Marcelle Barrie y a monsieur Floch, que los estaban ya esperando. El barco, como ya he dicho antes, se retrasó en su llegada a Odesa a causa del temporal.

Según nos cuenta la delegada francesa de la Cruz Roja, mademoiselle Marcelle Barrie, la expresión de los rostros de los liberados en el instante del primer encuentro no podrá borrarse nunca de su memoria. Muchos de ellos reflejaban en su semblante la desconfianza de que aquello que estaban viviendo pudiese ser al fin una realidad. Todavía con cierto recelo subieron por la escala del «Semiramis». Aún no tenían capacidad para la franca alegría, después de tantos sufrimientos. Contemplaban el barco como un sueño que pudiese desvanecerse en cualquier instante, y durante las dos horas que el

«Semiramis» permaneció atracado al muelle de Odesa ni uno solo salió de su cabina.

—Parecía un barco fantasma totalmente muerto y vacío hasta que las últimas autoridades abandonaron la cubierta y comenzó a ponerse en marcha la gente. Sólo entonces comenzaron a asomar tímidamente unas cuantas cabezas. Pero al fin la idea de la libertad se abrió paso entre ellos, y como un símbolo de despedida, como un punto final que remataba toda una época, fueron tirando todos al agua sus gorras de prisionero y estallaron los primeros gritos y los primeros alborotos de felicidad...

Desde Odesa, directamente, en una travesía de cuarenta y ocho horas, a Estambul.

FUNCIONA EL ARCHIVO DEL CORONEL CASTILLO

En el momento de las cartas ha habido escenas, verdaderamente curiosas. Otras, patéticas.

Uno de ellos escribe a su madre sin saber con certeza, al cabo de tanto tiempo, si vive o no.

Otro acaba de enterarse de la muerte de su padre, ocurrida nueve años atrás.

Un tercero, que dejó una hija de tres años en Palmeira, provincia de La Coruña, se encuentra de repente convertido en abuelo.

Noticias que les llegan a través del generoso archivo del coronel Castillo. Gran parte, lo mismo que su familia no sabe aún de ellos, no saben, a su vez, lo que ha sido de sus parientes.

Son muchos realmente diez años separados por 8.000 kilómetros de distancia sin una sola comunicación directa.

Pero el espíritu no cambia. Se renuevan las preguntas sobre fútbol, sobre toros, sobre cómo están ahora Madrid, Alicante, este pueblo o aquel otro...

Verdaderamente, si difícil es preguntar por orden, más difícil todavía resulta contestar con un sentido coherente a estos hombres, para los que todo, incluso lo más cotidiano y vulgar, resulta de pronto absolutamnte nuevo.

UNA ANECDOTA PARA CADA CASO

Tan pronto como terminan las primeras efusiones comienza la Comisión de la Cruz Roja a confeccionar las listas concretas para envarlas a España inmediatamente.

Son en total los repatriados, como ya hemos dicho, 286. De ellos, 248 pertenecientes a la División Azul, 34 internados civiles y cuatro niños de las expediciones que fueron enviadas a Rusia durante nuestra guerra.

Al frente de los ex combatientes vienen el capitán Palacios, hecho prisionero en aquel trágico 10 de febrero de 1943, en Krasniborg, donde también desapare-



El largo cautiverio y el no tener noticias de la familia no fueron obstáculos a la esperanza y al día alegre de un nuevo comenzar

cieron otros muchos; el capitán Oroquieta, defensor de la carretera de Kolpino; el capitán Asensi, piloto de la Escuadrilla Azul, que fué hecho prisionero al verse obligado a tomar tierra por una avería de su aparato; los tenientes Arturo Rosaleny Martín y los alféreces Castillo y Ocaña.

Salvador López de la Torre, que también estuvo en la División, se dedica con ellos a desgranar recuerdos.

Entre los internados civiles hay un cadete-piloto y 21 miembros de la Marina mercante.

Uno de ellos es Pedro Llompert Benejam, de Barcelona, que tiene ya cincuenta y cinco años.

—¿Cuánto tiempo hace que faltas de España?

—El 23 de junio hará diecisiete años. Yo era tripulante en el «Ciudad de Ibiza», y a principios de verano de 1937 salimos con rumbo a Odesa a buscar un cargamento. Pero una vez allí ya no nos dejaron regresar. Poco después nos internaron en un campo, y así hemos ido dando tumbos de uno en otro hasta ahora, en que mira por qué curiosa coincidencia he vuelto a salir de Rusia por el mismo puerto en que entre.

—¿Tenías familia en Barcelona?

—Sí, la mujer y dos hijos. La chica tendrá ya dieciocho años y

el chico cumplirá los veinte en este mes. Al principio pude mandar algunas tarjetas postales por diferentes conductos, diciéndoles que estaba bien de salud; pero en los últimos años no habrán sabido nada de mí. Veremos cómo los encuentro...

Uno de los muchachos más jóvenes entre los repatriados civiles es Antonio Tamayo Alvarez, de Bilbao, hijo de un empleado del Museo del Parque. Salió de Vizcaya en una expedición del año 37, junto con sus dos hermanas y otros varios niños. Al principio pudieron enviar algunas noticias a su casa a través de unos amigos de Casablanca, pero nunca directamente. Desde hace catorce años, según nos dice, su padre no sabrá siquiera lo que ha sido de él. Ahora, al recibirle, se encontrará con que casi no puede reconocer en los rasgos de este hombre al niño que él vió marchar.

Y así centenares de anécdotas... Una para cada caso.

«ASIA, A UN LADO; AL OTRO, EUROPA»

De madrugada ya abandona nuestro embajador el barco, mientras los marineros griegos comienzan la maniobra del desatraque y las autoridades turcas se despiden de nosotros.

A las cinco en punto de la madrugada, hora local, comienza el «Semiramis» a apartarse del muelle rumbo al mar de Mármara y luego al Mediterráneo. Al final de la travesía nos espera Barcelona. Y en ella, España toda.

Mientras atravesamos las aguas del Helesponto, todos los hombres, formados junto a la borda, con la mirada puesta en lo que queda atrás, rinden una oración y un minuto de silencio en honor a sus compañeros muertos.

En Estambul han quedado cientos de mensajes escritos, que saldrán el lunes por la mañana, en avión, hacia España, para adelantárenos en nuestra travesía.

Durante todo el viaje, hasta nuestra llegada a Barcelona, ondeará sobre el mástil del «Semiramis» el pabellón de la Cruz Roja Internacional.

Es ya muy tarde—o muy temprano, puesto que pronto comenzará a amanecer—y todos estamos agotados por tantas emociones. Pero nadie piensa en dormir a bordo. Y la charla se prolonga entre unos y otros por todas las cabinas y todos los rincones.

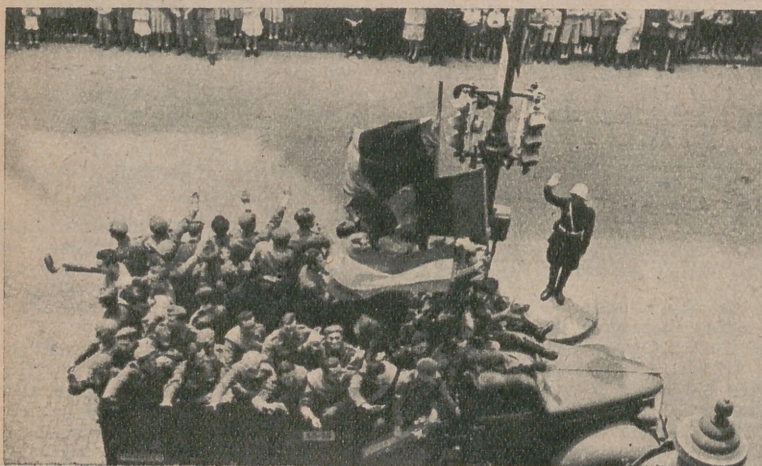
DOMINGO 28: LA PRIMERA MISA

Hoy domingo, oficiada por el padre Caballero, de la Compañía de Jesús, se ha celebrado a bordo de nuestro barco la primera misa. Primera misa en muchos años para estos hombres.

Muchos de ellos no han podido contener la emoción y las lágrimas asomaban en sus ojos, acostumbrados ya a presenciar todos los horrores de la guerra y todas las miserias del cautiverio; cortidos a la dureza física, pero no embotados para el sentimiento.

Navegamos ya frente a las costas de Grecia. Cada milla que se recorre es un paso más que nos acerca a Barcelona.

Nuestro mercante, dedicado en



Una nueva primavera volverá a latir en los corazones españoles al paso triunfal de los que no doblegaron su espíritu de combatientes

su vida normal al transporte, ha sido equipado especialmente para este viaje con camas bastante cómodas y aparato de radio para transmitir las primeras noticias.

Charlar con los ex prisioneros es como estar escuchando de viva voz doscientas ochenta y seis novelas simultáneas.

UNA CARTA DESDE LOGROÑO, Y HASTA AHORA...

Jesús Corral Martín, de Santander, se apuntó a la División Azul en una de las expediciones de relevo que salieron para el frente del Este. Mediada la campaña, le concedieron un permiso y pasó nuevamente unos días en Santander con su hermana, que tiene una tienda de ultramarinos en dicha ciudad. Desde Logroño, momentos antes de salir de nuevo para el frente, le puso una postal, que es la última que habrán recibido de él en doce años, pues poco después de llegar a su sector fué hecho prisionero. Piensa darse un verdadero atracón de orujo (que es el licor típico santanderino) con todos los amigos tan pronto llegue a casa.

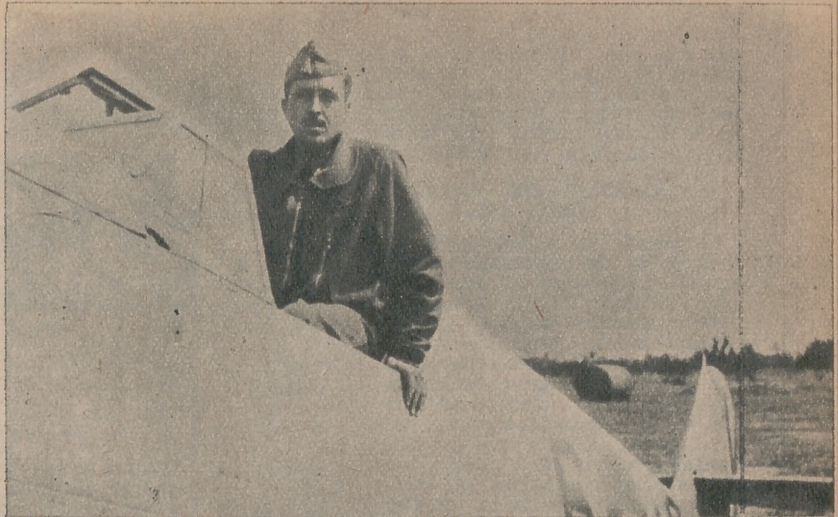
El capitán Teodoro Palacios Cueto es también de Santander. Más afortunado, su familia sabe al menos que vive, pues hace algunos años pudo enviar noticias con un prisionero alemán que convivió con él en el cautiverio y que regresaba repatriado. Por este mismo procedimiento ha sabido él de los suyos de cuando en cuando. Ahora se entera de que incluso noticias suyas fueron publicadas en aquellos años en el diario «Alerta» con motivo de las declaraciones hechas por su compañero el súbdito alemán.

De Santander también es Miguel Sáiz del Peral. Apenas hacía un año que se había casado cuando marchó con la División. En enero de 1942 los tanques soviéticos abrieron una brecha en su sector, en el frente de San Petersburgo, y Miguel fué hecho prisionero junto con otros camaradas. A su hijo, recién nacido entonces, se lo va a encontrar ya hecho un hombrecito.

Emilio Méndez Salas, de Badajoz, es un veterano de treinta y cuatro años que se ha pasado más de la mitad de su vida entre el frente y el cautiverio: a los dieciséis años, en que ya trabajaba como botones de la Diputación, se alistó como voluntario en la bandera «José Antonio» tan pronto como las fuerzas nacionales entraron en Badajoz, e hizo todo el resto de la campaña. Tenía diecinueve años cuando volvió a su casa para reincorporarse a su cargo de la Diputación hasta junio de 1941, en que se alistó voluntario en la División Azul.

—Ya estaba tan acostumbrado a estas cosas—nos cuenta—que sólo le dije a mi madre el día de alistarme: «Madre, prepárame las cosas que me voy otra vez a la guerra.»

Tiempo después se le dió por muerto, y hasta se hicieron funerales en Badajoz por el eterno descanso de su alma. Ahora la madre habrá tenido la alegría de saber que su hijo «vuelve otra vez de la guerra después de doce años».



Aquí aparece el capitán Asensi Alvarez, que cayó prisionero en el frente del Este y es uno de los repatriados de los campos rusos que hoy se reintegran a la Patria

El capitán de Aviación don Andrés Asensi es sobrino del general Alvarez-Arenas, que fué Capitán General de Valencia durante los primeros años de la Liberación. Tiene ahora cuarenta y un años y había luchado también en la guerra de Liberación.

—¿Como piloto siempre?

—No; entonces era oficial de Artillería y me tocó estar entre los defensores del Alcázar. Luego fué cuando me hice piloto, y en el año 41 era profesor en la Academia de Aviación de León. Fué desde allí desde donde salí para Rusia.

—¿Cómo le hicieron prisionero?

—Fué en diciembre de 1941, en el sector de Orel. Estábamos librando combate con los cazas rusos cuando mi aparato sufrió una avería y me vi forzado a tomar tierra. Tuve la mala suerte de caer en territorio enemigo. Un hermano mío también estuvo en la División. A finales del 46 pude enviar a casa algunas noticias más diciéndoles que estaba vivo, por medio de un grupo de prisioneros italianos que volvían repatriados.

DE TODAS LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS

La geografía entera de España está representada en estos hombres. Hay entre ellos: seis burgaleses, un coruñés, siete de Huelva, varios asturianos, un zamorano, algunos vascos, diez de Sevilla, entre ellos el alférez de Caballería don José del Castillo Montoto, hijo del coronel don Juan del Castillo Ochoa.

—Mi hermanilla—nos dice—tenía siete años cuando yo me fuí. ¡Casi ni se acordará ya de cómo soy!

De Zaragoza hay también tres representantes. Uno de ellos es el capitán de Infantería don Gerardo Oroquieta Arbiol, licenciado además en Ciencias Químicas, que en 1950 consiguió enviar a los suyos un mensaje, oculto en una pastilla de jabón, por medio de un prisionero italiano que volvía repatriado.

En Zaragoza hay una Centuria de la Guardia de Franco que lleva su nombre.



Vicente Montejano Moreno (derecha) Hermógenes Rodríguez Rodríguez, ambos de Madrid, que regresan de Rusia, donde han permanecido desde 1938, año en que fueron llevados allá para hacer unos cursos de pilotos



El teniente Miguel Altura Babarre también fué hecho prisionero en el campo de batalla ruso. A bordo del «Semiramis», Altura Babarre regresa a su tierra

De Santander es José María González Jiménez, cuyos dos hermanos, Antonio y Manuel, estuvieron también con él en la campaña del Este. Los tres eran ex cautivos de nuestra Cruzada. Vivían en Alicante cuando comenzó el Movimiento, y los tres fueron encarcelados en el castillo

de Santa Bárbara, de donde consiguieron escaparse en los últimos días para intervenir en la toma de la plaza. Tanto a José María como a sus hermanos Alicante los declaró hijos adoptivos de la ciudad, aunque más tarde se trasladaron a vivir a Madrid.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

La alegría va renaciendo poco a poco, ya de una manera más normal. La soledad del cautiverio aguza el oído. Un coro de ex cautivos es siempre un coro que espontáneamente tiene buen son, que canta bien, sin necesitar ningún ensayo y ninguna dirección. Yo no sé quién ha empezado. Ni casi si ha empezado alguien; pero el hecho es éste: que cantan. Cantan, con la voz velada por una emoción contagiosa, las eternas canciones regionales, los viejos cantos de marcha. Y las voces se elevan sobre el barco como un himno de vida y esperanza que el «Semiramis» va dejando en su estela sobre las aguas del «Mare Nostrum».

Después de un silencio que nadie se atreve a romper, el coro lanza al aire unos sonos que ninguno de nosotros conocemos, unas estrofas en las que vibra un dolor hondo: un himno de cautiverio que promete a la madre la vuelta y pide a la novia la espera. «Volveré, madrecita; espérame, novia.»

Ha pasado por todos un escalofrío. Ha cruzado una nube. Pero es sólo un instante. Tienen, definitivamente, otra vez la vida en las manos. Son y están ya libres. Y la alegría renace otra vez. Y se acrecienta con la llegada de un telegrama personal del Caudillo.

Hay que leerlo a todos. Alguien me pone en la mano el cable. Todavía no sé de dónde he sacado voz inteligible para leerlo porque, demonio, en estos pequeños episodios se desborda siempre la emoción, como la electricidad escapa por las puntas de las cosas. Leo:

«Al encontrarse ya camino de la Patria envió a todos los liberados, con el saludo de España, un abrazo.—Firmado: Francisco Franco.»

Nuevos vivas resuenan en la cubierta, mientras el coronel Castillo esboza sobre una hoja de papel el mensaje de respuesta y agradecimiento.

El viernes, según nos informa el capitán del barco, entraremos en Barcelona. El duque de Hernani envía al presidente de la Cruz Roja de esta ciudad, don Luis de Abalo, un cable anunciando nuestra llegada.

El «Semiramis» rendirá su mejor viaje—que también los barcos tienen que sentir la calidad de la carga—en el puerto de Barcelona, en el que nos espera, en la hermosa ciudad española, la hermosura reconquistada de la Patria. De Estambul a Barcelona: puerto de unas costas de donde salieron hacia Oriente unas de las más románticas y españolas naves que hayan cruzado el mar.

(De nuestro enviado especial a bordo del «Semiramis», José Luis Castillo Puche, e Ignacio Rived, desde Barcelona.)

3 Kgs. perdidos en una semana!

Sin tomar medicamentos, sin someterse a ayuno, sin necesidad de calcular calorías

«Tres kilos menos y tres veces más feliz en una semana...» así escribe la Sta. A. G. de Sevilla.

Cuántas mujeres desilusionadas reconocen no haberse preocupado de la conservación de la línea o no haber sabido como librar su cuerpo de la grasa excesiva que destruye la juventud, sin necesidad de emplear medios debilitantes o peligrosos para su salud.

ANTES



El método adelgazante externo SVELTOR, ha permitido a decenas de millares de mujeres de doce países de los tres continentes recuperar la alegría de vivir, de ser hermosas y amadas.

¡HACED COMO ELLAS!

Conservad el mismo aspecto que teníais antes de casaros. Si esos detestables rodetes de grasa no son debidos a una enfermedad orgánica (lo cual es rarísimo), desaparecerán muy pronto, desde hoy, con este método externo adelgazante, el más sano, el más seguro.

15 DIAS



una novedad

No os pedimos una fe ciega. Somos nosotros quienes tenemos confianza absoluta en vuestro criterio

Remitidnos el vale adjunto o su copia y nosotros os enviaremos literatura y sobre todo os haremos una oferta que os permitirá ensayar un tratamiento completo y en condiciones tales que en caso de no conseguir la silueta deseada, dicha prueba no os costará nada. No enviéis dinero, adjuntad solamente sellos de correo para la respuesta.

1 MES



GRATUITO

Enviad este vale o su copia a Laboratorio SVELTOR Oslo, 27 - BARCELONA

Remítame sin compromiso alguno por mi parte la documentación sobre el método SVELTOR y la oferta para hacer una prueba a sus expensas.

VALE N.º EE

SVELTOR

PARIS - LOS ANGELES - BRUSELAS - MILAN
MAYENZA - VEVEY - CARACAS

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ENRIQUE RUIZ GARCÍA

SE me presentó usted cuando el «Semíramis» bogaba hacia Barcelona, como se presenta un presagio irrumpiendo fortuita y palpitantemente. ¿Cuáles son sus armas y bagajes para que yo rindiera mi prudencia y mi cautela ante la corazonada de que usted es el mensajero de los que vuelven? No hay jactancia en su aspecto, sino una sincéresis de pronunciar con ortofonía las palabras e imponer exactitud y dominio del pensamiento a las frases. Sobre el acento cortés de sus modales destacan la melancolía inquisitiva de sus ojos, que presiden una nariz en su justo límite y una crucecita encima del pecho, encima del pulmón, donde se ha alojado, como huésped moroso, una bala rusa. La crucecita es la Cruz de Hierro que le concedieron por sus méritos militares después de haberse enrolado a los diecisiete años en la División Azul. El padre de usted era un falangista al que asesinaron en la Cárcel Modelo a los treinta y tres años, en esa edad tan cabalística para la muerte y para la resurrección, en esa edad tan cristiana. Pero usted no regresa en este instante de Rusia, sino que vino de Méjico, de donde trajo a su esposa, la que va siempre a su lado, a la manera del viento en el pino (suya es la metáfora al dedicarle el libro «Ensayo sobre la personalidad española»). Con este libro se encontrarán quienes retornan a bordo del «Semíramis», como se encontrarán con ausencias, sorpresas y descubrimientos. Ahora bien, este libro de usted acerca de la personalidad española, ¿es mensaje de España para los repatriados o mensaje de los repatriados para España? Cervantes fué un cautivo y un repatriado que escribió el «Quijote», sin que todavía nos hayamos puesto de acuerdo al calificar el quijotismo como una obra de corrosiva decadencia o como una afirmación de valores morales.

Tras su derrota o su cautiverio, el repatriado se incorpora a su Patria, que le recibe como Patria, honorífica y solemnemente, o que le acoge tan sólo como familia, en privado, en la intimidad. Volvieron los repatriados de Cuba y Filipinas, aquellos soldados del 98, más valiosos y valerosos que los escritores del 98, a pesar de sus uniformes de rayadillo, de sus tangos y guajiras, del paludismo metido en su sangre. Volvieron para encontrar, por lo pronto, la política de la regeneración y la literatura del desastre, la «tierra angosta», el alma angosta, que halló usted en un párrafo del «Poema del Cid». Sin embargo, pasaron las calamidades y el repatriado Miguel Primo de Rivera y el repatriado José Sanjurjo Sacanill se apoderaron del Estado a destiempo, aunque con arrojo y con honor, para instaurar en 1923 cuanto habían apetecido los repatriados desde 1899, ya que las oligarquías de la Restauración, al contrario de lo que se achaca a los que retornan, no habían olvidado nada y nada aprendido. Durante la Dictadura de don Miguel regresan los repatriados, los prisioneros de Africa, cuyo representante más popular entonces fué el famoso sargento Vasallo. Recuerdo, señor don Enrique Ruiz García, haberlo visto en Granada vitoreado por los estudiantes que iban a fundar la F. U. E., antes de que sus hermanos menores fundasen el S. E. U. Las pandillas restauradoras, que tampoco habían olvidado su rencor ni aprendido la gratitud por la pacificación de Marruecos, pretendieron desterrar esta repatriación de ex cautivos y ex combatientes marroquíes, tramando la Dictablanda de los dos duques, de los redactores de «El Mucicélago» y del responsable de la hecatombe de nuestro Protectorado. Pero así co-

mo Primo de Rivera y Sanjurjo hubieron de sustituir a los herederos y testamentarios de quienes habían firmado el Tratado de París, así también en 1936 hay un Alzamiento Nacional contra quienes en 1931 no habían vengado la desgracia de 1921, sino que habían continuado, al modo de Cánovas, la Historia de España de la Restauración, abandonando a los mejores y entregándose a los agentes de Francia, Inglaterra y Rusia.

Existen muchas definiciones sobre Rusia, que es un enorme país que nunca me gusta, no obstante la propaganda que los escritores extranjeros le fabrican a partir de las plumas vendidas a la tiránica y lasciva Catalina en son de loa o en son de vituperio, pues lo mismo me da monsieur de Voltaire que monsieur Joseph de Maistre. Yo diría que es un país de repatriados que produce repatriados, o más bien diría que es un inmenso presidio, sin ninguna Orden de la Merced, ni Hermandad, ni Delegación de ex Cautivos. Un país sin marqués de la Valdavia. Todas las invasiones de Rusia se han convertido en retiradas a través de la estepa. El fullero Rocambole lo sacó la inventiva del vizconde Ponson du Terrail de la retirada napoleónica del Moscú incendiado. El régimen subsiguiente a Bonaparte, el régimen de la Monarquía liberal y constitucionalista ha sido el triunfo de Rocambole, cuyas aventuras leía el último presidente del Consejo de Ministros de la Monarquía española, el almirante Aznar, la víspera del 14 de abril. Lenin fué un repatriado que devolvieron los alemanes a la Rusia de Kerenski y de sir Samuel Hoare en el furgón precintado. Pero Stalin fué el prisionero de Siberia que se instala en el Kremlin al frente de millones de prisioneros pasados, presentes y futuros. Fedor Dostoiewski fué otro ex prisionero de Siberia, y sus «Recuerdos de la Casa de los Muertos» es el «Quijote» ruso. No hay personalidad rusa, sino cárcel rusa, Lubyanka rusa, campo de concentración ruso, látigo ruso o tiro en la nuca rusa, deportación rusa, trabajo forzado en las minas rusas. Encima del hombre ruso no está el icono, no está Dios, sino el carcelero de turno, que obliga al cumplimiento de los planes quinquenales y al stajanovismo como si fuesen condenas de un Código penal implacable.

Lo más opuesto a Rusia, señor don Enrique Ruiz García, es nuestra personalidad española, cuyo libro perfila y encomia. Por esta razón preguntaba al principio: Su publicación, ¿es un mensaje de los repatriados para España?, ya que a fuerza de personalidad han resistido el cautiverio y no se han aniquilado dentro del gigantesco presidio de la U. R. S. S., sin que tampoco los aplastara el rodillo ruso. O este libro, ¿es un mensaje de la España de Franco para los repatriados? Durante su cautividad, también han resistido España y los españoles a tan duras presiones diplomáticas, económicas y sociales que si no hubiera sido por nuestra personalidad diamantina, España no existiría a su regreso, sino una abyecta colonia o un enjambre baldío de tribus y cabilas. Gracias a la perseverancia y al genio estratégico de Franco, la Patria está intacta y acrecentada. La «tierra angosta» del «Poema del Cid» ha dejado de segregar la angustia, que en algunos casos era angina de pecho. A pesar de la bala anidada en su pulmón, usted, que es silencioso, tendrá usted aliento para sumar su voz al coro unánime. El repatriado se insertará de nuevo en su Patria unificada, engrandecida y libre. Mientras tanto, y una vez más, la canción falangista de la primavera, la canción de la eterna amanecida que cantamos, ha vencido a los inviernos rusos, a las mazmorras de Rusia.

ESPERANZA CUMPLIDA

SOBRE esa torre del homenaje que es en la historia española la fecha del 1 de abril, puede el Régimen alzar la gloria y la noticia de muchas victorias. Quince años de paz ganada limpiamente, intacta la virginidad de los principios y las energías espirituales del país en plena forma. La sabiduría, el tacto y la tenacidad aplicadas por igual, en cada momento y según la naturaleza y circunstancias de cada caso, problema o proyecto, fueron y son las claves de la realidad actual. Prestiando e informando toda la acción española, la más acrisolada rectitud de intención, la fidelidad al origen, al signo del Movimiento Nacional. Nada, por difícil que fuese, arredró jamás la voluntad de Franco. Su presencia se acusa íntegramente donde el compromiso del deber emplaza o cita. Estos días España entera vive emocionada y agradecida el cumplimiento de una esperanza que guardó celosamente en lo más hondo y más secreto del alma: la vuelta, el rescate para el cuerpo y el alma de la Patria de nuestros prisioneros e internados en Rusia. Una gran parte de ellos están ya pisando tierra española, la tierra que los vio nacer, sobre la que crecieron ante Dios y ante los hombres.

Cuando, bajo un cielo totalmente extraño, estos hombres de España, alejados de sus hogares, pensaban en nosotros, un idéntico pensamiento se encontraba con el suyo. Nunca dejó el Gobierno español de preocuparse por su suerte y su destino. Había, así, una identidad y una comunidad de fines. Identidad en cuanto al deseo de repatriación, felizmente cumplido; comunidad en cuanto a la esencia estricta

del ideal, sujeta por entero a la exigencia de unos mismos postulados.

Todo el ímpetu de una España recuperada, animada, sana y fuerte se les mete ahora en las venas reseca por la fiebre del cautiverio. Pero al mismo tiempo la ventura y la aventura de su insobornable modo de ser, pensar y sentir españolísimos durante tan largo cautiverio estremece, con la fuerza de la lección suprema, la conciencia nacional. Los hombres de la División Azul siguen dictando su ejemplo al mundo, el auténtico mensaje de España para todos los pueblos de buena voluntad.

Estar en posesión de este mensaje, de esta gran verdad, puede y debe ser un legítimo orgullo, pero también nos impone grandes obligaciones y, entre ellas, la primera y fundamental, la conservación y continua purificación de la propia autenticidad.

No se opone este vigilante y agudo sentido de lo auténtico a la incorporación de lo que en otros encontremos digno y útil, siempre que pueda ser asimilado saludablemente. Pero ha de buscarse la absorción vital, la apropiación biológica, no el mimetismo o el plagio, que siempre es contraproducente y perjudicial. Hay algo que caracteriza a cada pueblo, y lo que importa es que la versión y proyección de sus mejores perfiles morales y valores tradicionales sean estimados por los demás y aprovechados para bien de la comunidad internacional. De esta simbiosis y mutua comunicación, desarrolladas sobre la base de normas firmes, objetivas y permanentes del derecho, pueden esperarse los mejores frutos.

EL ESPAÑOL

UNA VICTORIA PERMANENTE

TODO movimiento político aspira a la permanencia, a la continuidad. Y al empinar-se sobre sus propias obras, al alzarse sobre su historia propia para otear desde ella sus posibilidades futuras, se enfrenta con la necesidad de asegurar la continuidad social, el orden jurídico que este movimiento significa.

Por ello, cuando un movimiento político reúne en torno suyo a toda una nueva generación, que acepta y defiende su mismo orden jurídico y social y que lo proyectará, a su vez, hacia el porvenir, ese movimiento puede decirse triunfante y consolidado, porque encierra en sí mismo la razón de su propia permanencia histórica. Porque siempre se moverá sobre la misma base firme de una sociedad identificada con sus principios políticos y sus normas de justicia.

Este es el caso del Movimiento nacional español, cuando a los quince años de su Victoria mira hacia el futuro. Cuando al cumplirse quince años de su gobierno constructivo y justo, recibe en la persona del Jefe del Estado la adhesión y el homenaje de la mejor representación de la juventud española, de la juventud que continuará mañana el Movimiento, según las palabras del propio Jefe del Estado: «... todo esto sería efímero si no hubiera una juventud que recogiese en su mano la antorcha de nuestra Victoria, y fiel a la verdad continuara defendiéndola contra viento y marea, dentro y fuera de nuestra nación.»

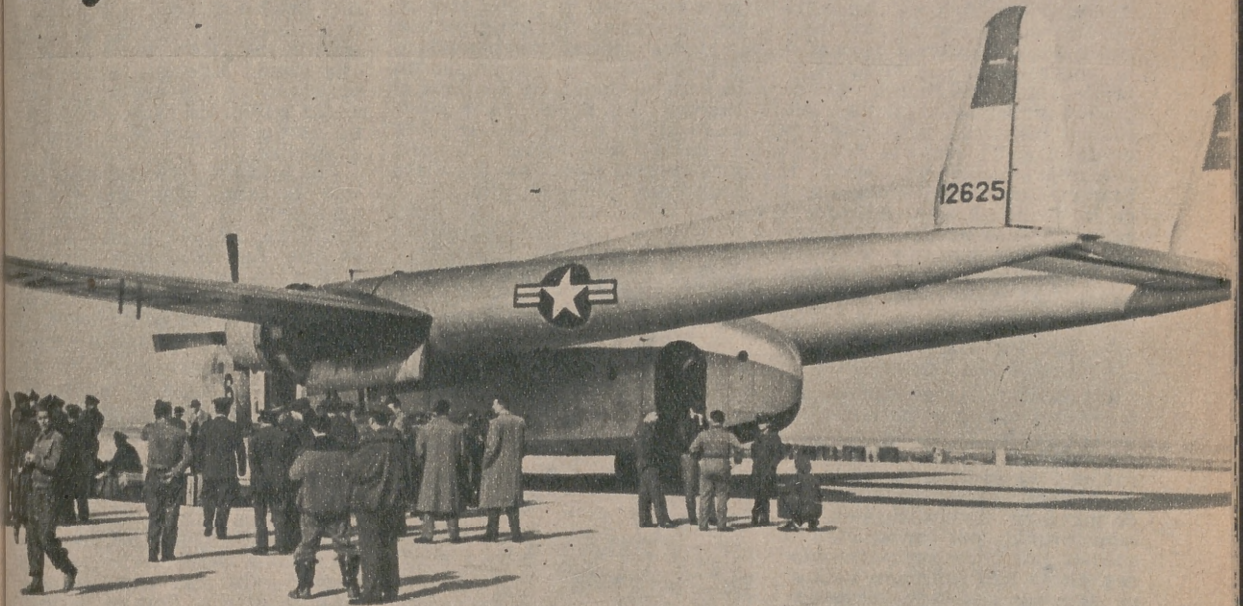
«Dentro y fuera», porque la victoria de un movimiento político, por amplia y rotunda que sea, no significa nunca la desaparición de todos sus enemigos. En España quedan todavía unos pocos espíritus viejos, «polítiqueros y politicastros», residuos de una antigua gama poli-

tica, que nunca comprenderán, porque se lo vedarán sus ambiciones y sus miserias, el espíritu del Movimiento Nacional. Y eso que, como fácilmente puede deducirse, algunos pertenecen a las capas elevadas de la sociedad, a las categorías sociales que por su cultura y por la educación que cabe suponerles deberían estar, sin condiciones y sin distinción, en el lado que representa el orden, la cultura, la afirmación de la espiritualidad religiosa y la defensa de los principios de la justicia. Y precisamente porque no están en este lado, porque contradicen con su conducta y su postura antisocial y antipatriótica su propia razón existencial, como miembros de la sociedad política, ni cuentan, ni pesan, ni significan nada en la vida española contemporánea. Ni podrán tampoco influir en el futuro de España porque ni habrá hueco para ellos ni la juventud, la generación que suceda en el gobierno a la actual, tiene que adoptar otra postura que la de simple espera a su perecimiento físico inevitable.

Con justa y oportuna dureza se ha referido el Jefe del Estado a estos núcleos, a estas camarillas de gentes turbias, a estos círculos de trasnochados políticos sin definición. «Por eso despreciamos, porque son insignificantes, porque no representan nada en la vida de España, a esos grupos de salón, a esos grupos de traidorzuelos y agentes extranjeros, que podemos, por nuestra fortaleza, despreciar, y esperar vosotros, las juventudes, a que se mueran y los entierren; a que no turben en el futuro gentes de esta calaña el horizonte esplendoroso de nuestra Patria.»

EL ESPAÑOL

ESPAÑA Y NORTEAMERICA SE UNEN BAJO EL CIELO DE EXTREMADURA



LA ESCUELA DE REACTORES DE TALAVERA LA REAL, EN PLENO FUNCIONAMIENTO

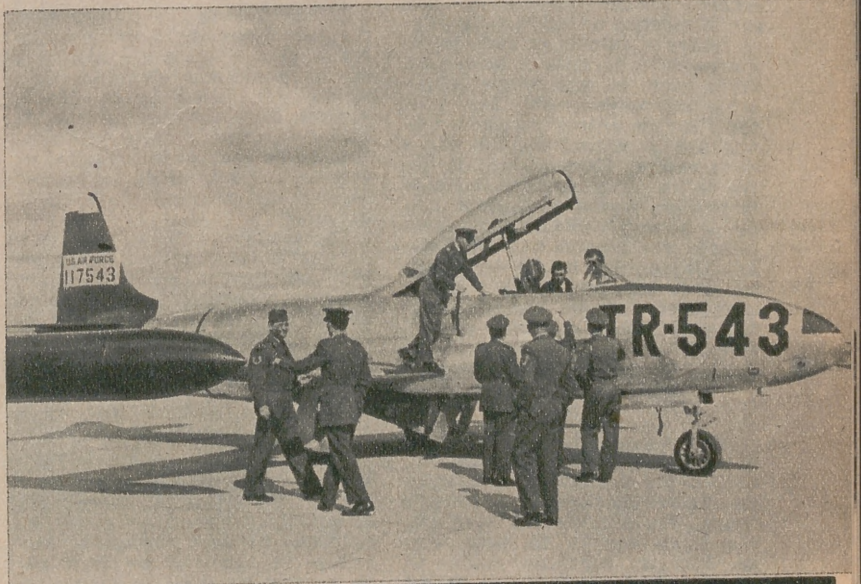
MAS DE MIL OBREROS

LEVANTAN UNA CIUDAD JUNTO A LOS HANGARES Y LAS PISTAS

(De nuestro enviado especial,
Francisco Carantofia.)

PRIMERO, un silbido. Luego, un ronroneo de sirena. Esto dura poco. De pronto se oye un ruido ensordecedor. Da igual compararlo con el de las cataratas del Niágara, o con el de un huracán. El caso es que no se puede hablar. Hay que apartarse con las manos en la cabeza para defender los oídos. Porque los aviones «T-33», como los demás modelos a reacción, arman una escandalería enorme antes de echarse a volar. Por la cola sueltan un chorro de gases quemados que sólo se advierte por la polvareda que levanta, y porque a través de él los objetos se ven borrosos, como si estuviera uno mareado.

Hay seis aparatos—plata en las alas y en el morro, rojo en la cola y en los depósitos supletorios—alineados en la pista de estacionamiento. Uno por uno han sido despejados de los tapabocas que cubren las entradas de aire. Uno por uno, también, han sido puestos en marcha los motores. Pero ahora—la mañana del 29 de marzo—no se va a realizar ningún vuelo. Talavera la Real es un



Arriba: Avión Packet, a su llegada a la base de Talavera la Real con material de instrucción para aviones a reacción.—Abajo: Oficiales españoles y norteamericanos observan el funcionamiento del motor de un aparato a reacción

aeródromo-escuela. Aquí las cosas se hacen de acuerdo con un programa que toma cuenta y razón de cada acto. Mecánicos españoles y norteamericanos se agrupan en torno a los aviones y hurgan en sus entrañas. Otros alumnos se hallan en las aulas estudiando pieza por pieza las características de los «T-33». Todo el mundo tiene algo que hacer. Pronto llegarán a España aviones de combate modernísimos con motor a reacción. Ese día habrá ya un plantel numeroso de pilotos y mecánicos dispuestos a hacerse cargo de ellos. Talavera la Real, un aeródromo nuevo en tierras de Extremadura, es un símbolo vivo de la alianza hispanonorteamericana. En él se juntan la camaradería, el buen humor y las ganas de trabajar. Con estas tres cualidades las cosas salen siempre bien.

LA PRUDENTE RETIRADA DE LOS TOPOS

«El Bercial» ha servido de solar. Antes era una finca de propiedad particular. La agricultura, sin embargo, no ha perdido mucho con el cambio. Se trata de un terreno arenoso, con aspecto de playa en algunos lugares. Estaba invadido por los topos. Aun quedan restos de sus excavaciones. Ahora han emigrado. La culpa debe ser achacada, exclusivamente, a las enormes máquinas «Tournepull» y a las niveladoras y tractores que las auxilian en su trabajo. El suelo ha sido removido, consolidado y cubierto de pistas. Una ciudad entera se alza al borde mismo del campo. Todo esto construido con ritmo vertiginoso, ha ahuyentado a los animales subterráneos. Encontraron la vida incómoda y huyeron. Nadie los echa de menos.

Adelante y atrás, la vista se pierde en el horizonte. El aeródromo se extiende paralelo a la carretera de Madrid, y al lejano cauce del Guadiana, oculto tras una cortina de árboles. Hasta allí llega una carretera cuyo único fin es facilitar el acarreo de grava para la obra.

Los coches acortan su marcha, y muchos se detienen cuando cruzan. Alrededor de las instalaciones se centra el interés de toda la comarca, con Badajoz a la cabeza. Cada vuelo es una fuente inagotable de conversación. Los pilotos y los mecánicos norteamericanos son populares en las calles de la capital. Extremadura, la tierra de los conquistadores, ha sido la primera región de España donde se ha establecido un contacto directo y continuo con los Estados Unidos. De los felices resultados de este ensayo ya hablaremos luego. Pero vale la pena adelantar que no han podido ser mejores.

PRIMERA META PARA LA CURIOSIDAD: LAS PISTAS

Todo es mecánico. Los «Tournepull», más grandes cada una que un par de elefantes, arrastran de una vez diez metros cúbicos de tierra. En seguida las niveladoras dejan aquello sin una arruga. Hay un continuo ruido de motores «antiguos» de los de explosión. A lo lejos, sobre una de las pistas, se ve una nube de polvo. Poco a poco se acerca. Un oficial advierte en broma:

—Tenga cuidado. ¡La barredora se acerca!

La barredora es una especie de tanque que recoge piedras. Lleva entre las ruedas un gran cilindro—hirsuto, con aire de cepillo gigantesco—que da vueltas en dirección contraria a la marcha. Dos escobas rodando hacia adentro completan la parte externa del mecanismo. Los guijarros son arrojados, contra una hendidura longitudinal. Una correa sin fin los caza al vuelo y se los lleva al depósito. El polvo, en cambio, queda en el aire. La barredora mecánica, incansable, funciona durante todo el día. Así las pistas están lisas, sin una china.



Un comandante piloto español, ejercitándose en el manejo de los mandos de un reactor

El pavimento lo constituyen grandes losas de hormigón vibrado, semejantes a las utilizadas en las autopistas alemanas. Las separa una rayita negra, de alquitrán mezclado con polvos de talco. Gracias a este artificio, cuando la temperatura suba en verano el material de las juntas seguirá siendo compacto y no se extenderá.

Los arados de discos han tenido una misión importante: Ellos han removido la arena, mezclándola con cemento. Luego, después de un riego de agua y apisonando se ha formado una capa compacta sobre la cual descansa, con toda seguridad, el hormigón.

UNA DETENCIÓN MUY RELATIVA

Por el aire ha llegado a Talavera la mayor parte del material. Un «Globe-Master» trajo, por ejemplo, dos enormes camiones cisternas de doce ruedas. El aterrizaje de aquel coloso sirvió para comprobar que las pistas resistían lo suyo. No se notó el efecto de sus ciento cuarenta y tres toneladas.

—Ahora estamos un poco para-

dos. Ya hemos terminado la primera parte de nuestro programa—habla un ingeniero aeronáutico a cuyo cargo está la vigilancia de las obras técnicas. La detención a que alude es muy relativa. Continuamente cruzan armatostes que rellenan desniveles sin descanso. En una zona han sido desplazados cuarenta mil metros cúbicos de tierra. En otra, setenta mil. Una zanja enorme está siendo rellena con depósitos metálicos capaces de encerrar medio millón de litros de keroseno, el combustible de los aviones a reacción.

Dos hangares, de cuarenta metros de largo cada uno, cubren un lateral de la pista de estacionamiento. Pegado a ellos se alza otro, completamente metálico, a falta de ser cubierto con chapa de cinc. Luego vienen las pistas de rodaje, de alerta, de despegue. Ellas solas merecen capítulo aparte.

FAROLILLOS ROJOS Y VERDES AL PRINCIPIO Y AL FINAL

Una colección de farolillos rojos y verdes señala los extremos de la gran pista de aterrizaje. En realidad, no se sabe en qué lado está el principio o el fin. Los aviones toman tierra en un sentido o en el contrario, según de donde sopla el aire. Han de aterrizar con viento de cola. Las luces verdes indican la entrada; las rojas, la salida. Como son dobles, con tocar un interruptor se cambia la dirección utilizable.

A los lados, una doble hilera de batizas blancas. Apenas sobresalen. Pueden rodar los aparatos sobre ellas sin peligro alguno. En total, esta gran pista mide dos mil quinientos sesenta metros. Todavía ha de ser ampliada tres centenas de metros más en cada extremo. Estas dos zonas complementarias no llevarán losas de hormigón. Serán del firme que se obtiene con la arena del suelo y el cemento. El ancho—sesenta metros—también cuenta con un par de márgenes auxiliares, de treinta metros cada uno. Estos ya están construidos. Otra pista, más corta, cruza la primera. Y como remate hay una completa red de camiones de rodaje de tal modo que el terreno de despegue sólo tiene que estar ocupado durante un tiempo mínimo.

LAS CONSECUENCIAS DE SUBIR DEMASIADO A PRISA

—Tardan más en llegar de los hangares hasta aquí que en remontarse hasta las nubes. Por eso se han hecho las pistas de alerta.

El piloto que habla señala a una gran explanación. Está a dos pasos de la pista de despegue. Cuando en tiempo de guerra se espera orden rápida de salir, allí

Ya está a la venta el número 26 de

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5
MADRID

se estacionan los aparatos, dispuestos a entrar en acción en unos segundos. Lentamente se ha ido acercando a este lugar uno de los seis reactores de la base. Lo tripula un norteamericano de estirpe española: el capitán Encinias. Lleva puesta la máscara de oxígeno. En ella está instalado el micrófono de la radio. Son las cinco de la tarde. El avión recorre unos quinientos metros y ya se ha elevado. Al dar una curva queda casi de costado. Parece una cruz de esparadrado en el cielo. Sus alas son más largas que el fuselaje. En unos segundos desaparece con rumbo a Badajoz. Los «T-33» pueden subir hasta catorce mil metros. Su velocidad máxima supera los novecientos kilómetros por hora. Su autonomía es de tres horas y diez minutos. Los modelos cedidos a España son modernísimos. Tan recientes, que los mismos pilotos norteamericanos que han llegado como instructores han tenido que familiarizarse con ellos. Los dos vuelos realizados hasta ahora tenían ese fin.

El avión del capitán Encinias sobrevuela Badajoz. Las miradas se dirigen a lo alto. Luego todo será preguntar en cuanto llegue la ocasión.

LECCION TEORICA EN LA BARRA DE UN BAR

El chaval de la barra tiene ganas de volar en reactor. A todo el mundo le pasa lo mismo. A falta de otro remedio se consuela interrogando al sargento Anthony S. Valle. Valle es de Arizona. Deciendo de españoles. Habla el castellano con limpieza, aunque el acento le traicione alguna vez. Ante él, cerveza. La cerveza es la bebida más popular entre los norteamericanos de la base.

El chaval curioso, pregunta:

—¿En qué se diferencian los aviones a chorro de los de reacción?

Valle sonríe. Su respuesta es clara:

—En el nombre

—¿Pero no vuelan como cohetes?

Anthony S. Valle, entre sorbo y sorbo, continúa:

—Eso pasaba con un «Messerschmidt» alemán. Los nuestros aspiran aire y lo expulsan por detrás con los gases de combustión.

El chaval cree entonces ver claro.

—El humo ese que echan sale del motor. ¿no?

El instructor frunce el entrecejo.

—¿De qué color vió usted ese humo?

—Negro.

—Entonces la combustión era incompleta. Eso no debe pasar.

El mozo del bar recuerda más:

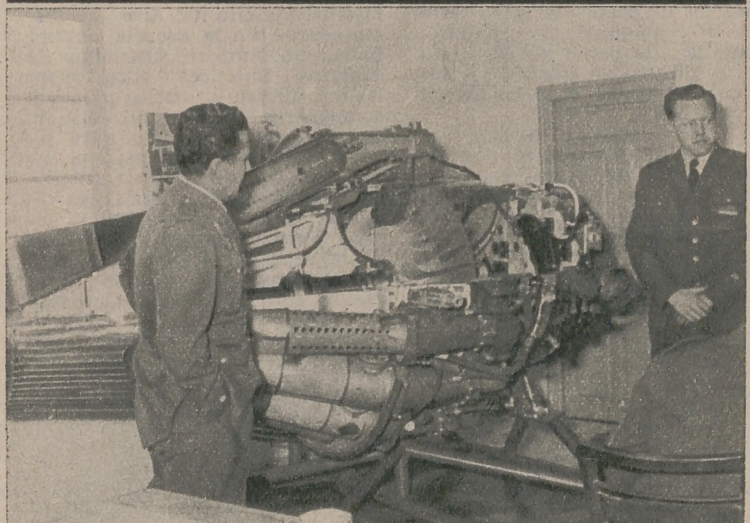
—Otra vez vi humo blanco.

—No era del avión. Son nubes que se producen en las capas altas del aire. Una cosa muy parecida a la lluvia artificial...

El sargento Anthony S. Valle pide más cerveza y sigue hablando. A su alrededor se ha formado un corrillo. Continúa allí un buen rato aclarando cuanto le preguntan. De cuando en cuando se ríe francamente. Así se han ido haciendo amigos los instructores de Talavera la Real.



Grupo de instructores pilotos norteamericanos de los aviones a reacción de la base de Talavera la Real



Un instructor reactor explica a los alumnos de la Escuela de Talavera el funcionamiento de los motores



Este es el equipo de baloncesto de los reactores norteamericanos que vencieron a un quinteto de Badajoz por 43-39

EL BALONCESTO Y EL FUTBOL DOS LAZOS DE UNION MAS

«¡Hala, Pegaso!» El público anima a los «Fliers» que avanzan

con cierta lentitud. Mc Carthy, desde lejos, tira a cesta y consigue puntuar limpiamente. Y estalla la ovación. Los «Fliers» es el equipo de «baskett» de los instructores norteamericanos. Hasta ahora tenía fama de invencible. Había ganado sus dos primeros partidos. El tercero, jugado contra los chavales del Frente de Juventudes, lo perdieron por muy escaso margen. Los «Fliers» juegan con lentitud. Tirando desde lejos son peligrosísimos. A Mc Carthy le llama el público cariñosamente «Pegaso». Sus narices no abultan demasiado. Sus mismos compañeros le animan con este nombre desde la banda. El se ríe. Y cuando menos se espera tira y marca.

En estos partidos el campo está lleno. En compensación, los americanos se aficionan al fútbol. Tanto oyeron ponderar el partido Badajoz-Málaga, que acudieron todos a presenciarlo. Hubo una pita de seis minutos, por motivos viejos, al equipo visitante. Luego los ánimos se calmaron y la cosa acabó en empate a un tanto, sin que el árbitro escuchara demasiados gritos. Los norteamericanos salieron contentos.

Les gustó aquello. Luego se fueron a pasear. Para la hora de la cena han descubierto que las tapas de cocina son una manera de comer de pie. Echan de menos los guisos con mantequilla. Aunque alguna vez vienen a Madrid y comen a la norteamericana en «California».

PEDAGOGIA DIRECTA Y GRAFICA

«This is the armament system.» Acaba de comenzar una lección en las aulas de Talavera la Real. La clase está presidida por un crucifijo. Ahora va a ser explicado el armamento de los «T-33». Las frases del profesor son claras. Este habla con calma y claridad. Frente a él un cuadro con cada una de las piezas descritas. Allí está la ametralladora y la cámara fotográfica que la acompaña. Trata la marcha de las ráfagas. Si alguna da en el blanco queda registrado. Más abajo se encuentra el mecanismo de lanzamiento y sustentación de las bombas. En un ángulo, el cohete supletorio para los despegues en poco terreno. Una máquina de proyección trasladada a la pared los esquemas. En la pizarra se colocan los términos en inglés y su traducción al castellano.

En otra clase se estudia una maqueta seccionada, a tamaño natural, de un motor completo. Más allá, los mandos del avión se hallan distribuidos en el tablero correspondiente. Un ingenioso dispositivo muestra el funcionamiento del mecanismo de alimentación. Todas las partes del avión

se exponen así, claramente, ante los ojos de los alumnos. Las instalaciones son perfectas. Funcionan como si el aparato se hallase en pleno vuelo. Esto ocurre con una reproducción de la cabina, cuyo asiento y cuya cubierta son catapultables en caso de necesidad. Claro que esto no se hace dentro del aula. Entre los excelentes métodos pedagógicos y la agudeza de los alumnos se ha progresado extraordinariamente. Cuando llegaron los seis aviones a reacción, los mecánicos que les acompañaban comenzaron a explicar a los españoles sus características. Su sorpresa fué grande al ver que éstos se adelantaban. Los instructores, entre tanto, sonreían satisfechos.

PRONTO EL PROFESORADO SERA SOLO ESPAÑOL

Los seis «T-33» tienen ya pintados los colores españoles en su fuselaje. Un brochazo les quitó también de la cola la inscripción U. S. Air Force. Pertenecen ya a nuestro Ejército del Aire. Lo mismo ocurre con la Escuela. Pronto habrá un número suficiente de expertos. Entonces, ellos serán los que dirijan los cursos para sus compañeros. Ahora están en marcha dos secciones. Una para jefes y oficiales y otra para mecánicos. En la primera, que comenzó a funcionar hace unas tres semanas, están incluidos treinta pilotos procedentes en gran parte de la Escuela de Cazas de Jerez. En el grupo está incluido el teniente coronel Gavilán, jefe del

aeródromo. Las clases se dan en grupos de diez alumnos. En las especialidades de mecánicos son ciento cincuenta los alumnos de todas las ramas. Día a día se adelanta en los programas previstos. En breve se comenzarán los vuelos. Los cuatro primeros pilotos españoles formarán equipo con los dos americanos, que permanecerán en Talavera, y se encargarán de iniciar a las sucesivas promociones.

UNA DISCUSION UN POCO BIZANTINA

Las discusiones nunca faltan. En torno a la escuela de reactores ha surgido una. La causa es, nada más y nada menos, que el nombre. Para unos debe llamarse de Badajoz. Para otros, de Talavera la Real. Hay incluso quien opina que lo más sensato sería denominarla Escuela de «El Bercial». Por último, los enemigos de polémicas proponen el nombre de «Tala-Bada». Esperan que así quedarán todos contentos. El motivo de la disputa reside en que si bien el aeródromo se halla a cuatro kilómetros de Talavera la Real, sus instalaciones, en cambio, ocupan casi totalmente terrenos enclavados en el término municipal de Badajoz. Ambos Ayuntamientos han enviado informes razonados al Ministerio del Aire. En espera de que se resuelva el litigio, uno ha utilizado el nombre que todo el mundo usa. Porque hasta ahora uno no ha cedido a alguien referirse de otra manera al aeródromo, Escuela de Talavera la Real.

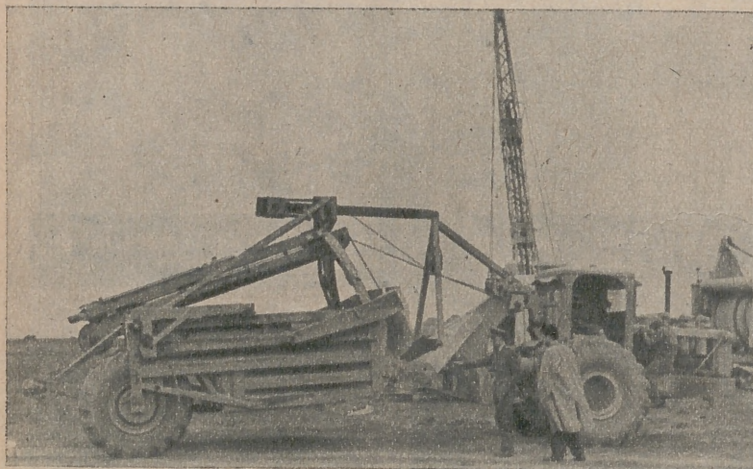
MAS DE MIL OBREROS Y CUATRO EMPRESAS CONSTRUCTORAS

Cuando llega la hora de terminar el trabajo abandona el aeródromo una densa caravana de ciclistas. Más de mil obreros, pertenecientes a cuatro empresas, trabajan en las obras en curso. Antes nos hemos referido a la construcción de las pistas. Corte a cargo del A. T. E., la misma organización estatal que realizó el aeropuerto de Barajas. Las empresas privadas han levantado la torre de mando, el edificio de dos plantas para la Escuela; otro similar destinado a dormitorios; otro más con comedor y cocina para tropa... Los hangares también son obra de estas empresas. En conjunto, los edificios ya alzados constituyen una pequeña ciudad que cuenta con calles urbanizadas y pronto se acrecentará.

Este centro de enseñanza militar, que al mismo tiempo que iba surgiendo entraba en funciones, será muy pronto verdaderamente ejemplar. De aquí a unos meses, rematadas las obras en curso, se habrá convertido en uno de los más espectaculares establecimientos de su clase. Ahora se encuentra en pleno funcionamiento. Los fines a que está destinado se cumplen con absoluta perfección. Cualquiera día anunciarán los periódicos que ha salido la primera promoción de pilotos de la Escuela de Talavera. La noticia no sorprenderá a nadie. Se habrá tardado en ello lo estrictamente necesario.

Francisco CARANTONA
(Enviado especial de EL ESPAÑOL.)

(Fotos Pesini.)



Arriba: Nuestro enviado especial Carantona recorre el campo en compañía de un jefe de la base.—Abajo: Los reactores se alinean en la pista para realizar ejercicios

"ESPAÑA ATRAVIESA UN PERIODO DE FRANCA MADUREZ"

La Falange eleva a los Sindicatos a la categoría de órganos de representación y participación directa en el Poder

EL DIA EN QUE SE ESTUDIE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLITICO NECESARIAMENTE A

CONTEMPORANEO HABRA QUE RECURRIR A LOS TEXTOS DE FERNANDEZ - CUESTA



UNA Comisión ordenadora constituida en el Instituto de Estudios Políticos, estudia en estos momentos la proyección de las conclusiones del I Congreso Nacional de la Falange sobre la realidad nacional. Para ello se ha formulado una serie de anteproyectos de acuerdo con las conclusiones del Congreso y relativos a diversos aspectos de la Legislación española.

Esta es la afirmación más importante que me ha hecho el Ministro Secretario General del Movimiento, excelentísimo señor don Raimundo Fernández-Cuesta, en el curso de unas declaraciones que ha tenido la bondad de concederme para el semanario EL ESPAÑOL.

Con su clara inteligencia política el Ministro Secretario General del Movimiento me ha concretado la posición de la Falange en estos momentos. Atento siempre al desarrollo de la vida política del país, Raimundo Fernández-Cuesta, sensible a cada circunstancia y riguroso con los

Declaraciones especiales para EL ESPAÑOL del Ministro Secretario General del Movimiento

esquemas doctrinales, viene asumiendo, en un servicio infatigable de fidelidad al Caudillo, la difícil tarea de actualizar en cada momento la doctrina del Movimiento.

Por ello, mi primera pregunta ha sido la siguiente:

—¿Quisiera señalarme el señor Ministro cuáles son las tareas que la Falange se ha propuesto realizar este año como objetivos especiales?

El Ministro me ha contestado así:

—La Falange, por principio, es enemiga de objetivar anticipadamente sus tareas. Permanentemente se propone una serie de fines contenidos en forma esquemática en sus puntos doctrinales y tiende en todo momento a su

desarrollo y aplicación. Pero existe la especial circunstancia de haber celebrado su I Congreso y con este motivo se desea, además de proponer el desarrollo legislativo de los acuerdos del Congreso, mantener en un nivel de máximo rendimiento y servicio a todos los órganos que dependen de modo directo de la Secretaría General del Movimiento.

—España entera—le digo seguidamente—se impresionó con las conclusiones del I Congreso Nacional de la Falange al darse cuenta de que en ellas se contenían soluciones radicales a toda la problemática de la vida política española, soluciones que considero actualísimas y, al mismo tiempo, coherentes con la tradición doctrinal de la Falange.

¿Quisiera decir, señor Ministro, en qué medida y en qué forma ese contenido va a ser proyectado sobre la realidad nacional?

Las palabras del Ministro han sido éstas:

—En ello se trabaja actualmente. Dada la extensión de temas tratados hay una Comisión Ordenadora que está elaborando un índice de materias y soluciones según los Departamentos a que afectan, dando contenido formal a aspiraciones puramente teóricas o doctrinales. Naturalmente que su tarea no se limita a elaborar este índice general, sino que estudia lo legislado en cada una de las materias y se propone formular una serie de propuestas encaminadas a perfeccionar concretamente la Legislación en la forma más congruente con las conclusiones del Congreso.

El día en que se estudie la historia del pensamiento político contemporáneo habrá que recurrir necesariamente a los textos de Raimundo Fernández-Cuesta. Su vocación de jurista le ha llevado a profundizar en los temas del Derecho Político, sobre los que ha realizado originales ensayos. De todos es conocido el artículo publicado por José Antonio en «Haz», con el título de «España, incómoda» en el que el Fundador de la Falange reconocía, no sin un cierto dejo de nostalgia en sus palabras, que «hoy no podemos aislarnos en la celda», porque, decía él, «el desentendernos de lo que pasa fuera no sería servir a nuestro destino en el destino universal, sino convertir monstruosamente a nuestro destino en universo». Pues bien, Raimundo Fernández-Cuesta hubiera podido escribir palabras análogas.

—Si me pudiera dejar llevar de mis preferencias leería principalmente libros de Derecho, que fueron mi lectura favorita hasta que empecé a actuar en la Falange. Hoy no puedo dejarme llevar de mis gustos. Leo desordenadamente y de un modo irregular con objeto de seguir en lo posible el curso de muchas cuestiones a las que no puedo ser ajeno.

Hablando de problemas culturales de nuestra actualidad, le he dicho:

—Insistentemente vuelve a hablarse del tema de la decadencia cultural española en términos que parecen evidenciar la subsistencia de una campaña. ¿Quisiera concretarme, señor Ministro, cuál es la posición de la Falange frente a este problema?

El Ministro me ha replicado rápidamente:

—Usted mismo me da la con-

testación. No creo en la decadencia cultural española, sino en la existencia de una campaña que la esgrime con un motivo más de ataque al Régimen. Pocas veces ha habido un florecimiento mayor en todas las manifestaciones de la cultura. No sólo en las Bellas Artes, con inclusión muy expresa de la Literatura, sino en aquellas otras manifestaciones culturales que antes brillaban por su ausencia casi completa. España atraviesa un período de franca madurez. Jamás se han publicado tantos libros y revistas especializados en todos los ramos del saber humano como ahora se publican y ello denota la existencia de equipos perfectamente preparados en todos los campos de las Ciencias y de las Letras. Basta mirar unos años hacia atrás y nos encontraríamos personalidades sueltas pero aisladas que gesticulaban contra la incultura nacional. Y tenían razón. Hoy esas personalidades hallan un clima de colaboración y comprensión que les permite trabajar en régimen de equipo y estar enlazadas con el resto del mundo.

Raimundo Fernández-Cuesta posee una cordial y viva sensibilidad artística. Me ha dicho que, aunque desgraciadamente no practica ninguna de las Bellas Artes, todas, sin embargo, le interesan. En pintura su escuela favorita es la veneciana y su pintor favorito el Tiziano. De la escuela museal española Velázquez es el pintor que más estima. No soy un técnico en música pero quizá por eso, me ha confesado, me atrae más la melodía que la técnica.

Raimundo Fernández-Cuesta, acaso por su larga estada en Italia, conoce y ama el arte de Italia. Ya es sabido que toda la cultura del Renacimiento y del barroco español proceden de Italia. De cuantos países conoce —y su misión o su vocación le han llevado a Francia, Suiza, Alemania, Bélgica, Holanda, Portugal, Brasil y Argentina— aquéllos de los que conserva recuerdos más intensos, me ha dicho, son Italia y Brasil, por los dramáticos y decisivos acontecimientos que le tocó vivir durante el desempeño de sus Embajadas en El Quirinal y Río, a lo largo de los años históricos de la guerra mundial.

Muchos son los personajes de la escena política contemporánea que Raimundo Fernández-Cuesta ha conocido en su larga misión diplomática.

—¿Cuál es el más importante?

Su respuesta ha sido:

—Por no hablar más que de los muertos, citaré únicamente a Mussolini.

Peró Raimundo Fernández-Cuesta sabe que el gran fenómeno social de nuestro tiempo es la irrupción de las masas trabajadoras en el campo de la política. Nuestro tiempo es eminentemente social.

Ello me ha llevado a formularle una última pregunta, que he concretado así:

—En algunos sectores se atribuye la idea de que la Falange debería asumir una personalidad preferentemente sindical a tono con la evolución y la creciente preponderancia de los movimientos sindicales en todo el mundo. ¿Quisiera el señor Ministro indicarme la posición correcta frente a ella?

El Ministro me ha contestado:

—La Falange, que valora la gran importancia del Sindicato, hasta el punto que ella misma es un Movimiento Nacional-sindicalista, no puede confundirse con su propia obra; los Sindicatos nacionales, pues, tienen una visión total de todos los problemas de España. Ahora bien, la relación entre Falange y Sindicatos es bien clara. Nunca y en ningún país ha existido un sindicalismo tan séptico, tan orfo, tan químicamente puro que no haya obedecido a una inspiración política. La Falange ejerce hoy en España, con pleno derecho, esa inspiración, pero no subestima a los Sindicatos, por el contrario, los eleva a la categoría de órganos de representación y participación directa en el Poder, cosa que no hacen los demás movimientos sindicales, sino en forma indirecta y por medio de luchas que consumen gran parte de las energías y, muchas veces, la vida de los propios sindicados.

Si Raimundo Fernández-Cuesta ha sido un impenitente viajero por las más diversas tierras del mundo, conoce, palmo a palmo, la tierra española. Como misionero de la verdad de la Falange ha peregrinado por todos los rincones y en muchas de esas peregrinaciones acompañó a José Antonio Primo de Rivera.

Por eso, todos los matices del paisaje de España resuenan en su espíritu delicadamente cuando los evoca y me ha dicho:

—Amo en el paisaje de España sus dos extremos: el extremo meridional, que representa la costa malagueña y el extremo nórdico, que simboliza el país vasco.

Yo creo que no hay ocio más refinado que el de la contemplación del paisaje, pero existe otra forma de diversión, tan noble como ésta, la del deporte.

El deporte favorito de Raimundo Fernández-Cuesta es el de la esgrima, en el que llegó a alcanzar alguna perfección, pues lo practicó muchos años con el maestro Afrodísio. En la actualidad le gusta la caza, más que por el deporte en sí —según me ha dicho— como pretexto para pasar un día en el campo.

Pretexto que constituye una rigurosa necesidad para quien como Raimundo Fernández-Cuesta tiene la mayor parte de sus horas requeridas por los múltiples trabajos de su difícil tarea.

Juan Carlos VILLACORTA

Si desea suscribirse a

POESIA ESPAÑOLA

diríjase por carta a la Administración:

Pinar, 5 :-- MADRID

¡AY, MI CASTILLA LATINA!...



DON MIGUEL DE UNAMUNO EN TRANCE CON SU CULTURA

DATOS PARA UNA BIOGRAFIA

Por Fray **ALBINO**

Oblepo de Córdoba

HOY se habla y se escribe mucho por todas partes del ya verdaderamente famoso rector, que fué, de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno. Tenía que ser así dada su personalidad polifacética y contradictoria. Porque se le puede considerar como hombre, como cristiano, como literato, como filósofo y aun quizá como teólogo. Y no sólo estos distintos aspectos se contradicen en él con frecuencia unos a otros, sino que, aun considerándole bajo uno sólo, no deja uno de encontrar contradicciones.

No pretendemos aquí dirigir una mirada general ni a su persona ni a su obra. Ni la conocemos bien así en general, ni tenemos interés alguno ni posibilidad siquiera de hacerlo. Vamos a limitarnos a consignar por escrito algunos recuerdos personales de su vida, directamente, durante algunos años recogidos.

Hemos asistido a su cátedra de Griego durante dos cursos y

durante uno a la de Filología neolatina. Después, durante algunos años, le veía de cuando en cuando en Madrid, bien en el convento de Santo Domingo el Real, a donde él fué a verme alguna vez (creo que una sola), o bien en su hospedaje, desde el cual me solía llamar por teléfono para decirme dónde estaba y, a mi pregunta, para indicarme la hora en que podía recibirme.

HORA Y MEDIA DE GRIEGO

Como profesor de griego no hay nada nuevo que decir, pues sabe todo el mundo que era un profesor excelente. Hacía trabajar muy poco a los alumnos, pues ni nos exigía siquiera comprar

Don Miguel de Unamuno sorprendido en la intimidad de su hogar, con uno de sus descendientes sobre los hombros del filósofo



texto alguno de gramática, sino tan sólo algún librito de traducción (desde el primer día), que él iba graduando luego poco a poco. Sobre ese librito de traducción iba él explicando, primero, el alfabeto, con los nombres y la pronunciación de cada letra; luego, la clase de palabra que era cada una y su forma o desinencia gramatical, y, en fin, su ligazón con las demás palabras (sintaxis) de aquel punto. Todo esto utilizando mucho y muy sabiamente el encerado, donde iban quedando escritas para bastantes días las formas o desinencias nominales y verbales (declinaciones y conjugaciones), también en forma gradual y bien ordenada; pero no con el orden con que suelen poner esto las gramáticas, sino con otro, de lo más fácil a lo menos fácil, de mayor importancia y uso más frecuente a las menos usadas e importantes.

Estas clases de Griego solían durar hora y media exacta. Hacía las ocho y cuarto o cosa así él llegaba a la Universidad, donde le gustaba encontrar a algunos de sus discípulos, con los que se ponía a pasear por el claustro del segundo piso, donde está la clase en que él explicaba. En este cuarto de hora nos leía a veces artículos suyos, que pensaba enviar a algún periódico, o bien conversaba con nosotros sobre los temas más diversos, en conversación «familiar», siempre sugestiva y amena. Subrayamos lo de familiar, porque no solía gustarle la contradicción, ni siquiera las preguntas más o menos «importunas». Nunca discutía. Y cuando la conversación era más interesante solía continuarla en otro ratito de paseo al salir de clase; porque ésta indefectiblemente comenzaba cuando daba el reloj del claustro las ocho y media; y no menos indefectiblemente terminada, sin acabar siquiera el punto que se estaba leyendo, cuando al dar las diez el bedel abría la puerta para decir el consabido: «Señor profesor, la hora».

En la clase de Filología no se estaba si no la hora justa, sin un minuto más ni un minuto menos; pues decía que con eso había bastante. Era también esta clase muy instructiva y amena, y en ella se manejaban mucho los diccionarios etimológicos en lenguas extranjeras y se analizaban trozos escogidos de literatura neolatina en prosa y en verso. Tanto en esta clase como en las de griego, era muy raro se tocara (y ello muy rápidamente) ningún tema ajeno a la materia que se estudiaba.

«PRACTICAR»

Por aquel tiempo iba también a veces por la tarde, a la hora del recreo conventual, a pasear con los padres dominicos en el sitio del jardín o huerto llamado Monte Olivete. Gustábase hablar con todos; pero mostraba especial predilección por el padre Arintero, al cual rara vez encontraba, porque no solía ir a esos recreos, y con el padre Matías García, profesor entonces de dogma. Y un día, no sé si por algunas cosas, que el padre Arintero le dijo referentes a la fe y a

la salvación, le propuso Unamuno tener algunas conferencias largas con él sobre estos temas. El padre Arintero aceptó y las conferencias entre los dos comenzaron.

Detalles sobre esas conferencias no se saben; pero sí la forma como terminaron. Parece que el padre Arintero se cansó de la dialéctica minuciosa y detallista de Unamuno, que no dejaba pasar palabra sin preguntar su significado, exponer su etimología y su historia y su semántica, etc., etc.; y entonces le dijo a Unamuno que él (el padre) no tenía tiempo que perder y que le parecía que estaban perdiendo el tiempo. A lo que Unamuno replicó: «Entonces, ¿qué tengo yo que hacer para recobrar la fe, para creer?» Y a su vez el padre Arintero: «Practicar». Y ésta fué su última palabra.

Desde aquel día, y durante un tiempo cuya duración no puedo precisar, comenzó Unamuno a ir a misa; hasta que al fin parece que dijo que ni aun así le venía el «poder creer». El «poder creer» es, ciertamente, «una gracia» que sin dejar de serlo, y según nuestro modo de pensar, hay que merecer de algún modo. Pero en esto debemos atenernos siempre a lo que nos dice San Juan: «Nadie «puede venir a mí» si el Padre que me envió no le atrae». Y también en otra parte dice de Cristo San Juan que «a los que en su venida al mundo «le recibieron, les dió el poder hacerse (o ser hechos)» hijos de Dios». La cuestión, pues, quedaría reducida a saber concretamente «qué es recibir a Cristo». Y parece, según el Evangelio, que los pastores de Belén le «recibieron». Y los magos del Oriente. Y los pescadores del mar de Galilea. Y Zaqueo y Nicodemo y la familia de Lázaro y la muchedumbre, que por todas partes le seguía. Y Saulo de Tarso y Agustín de Hipona y Tomás de Aquino y Juan de la Cruz y Tomás Moro... Y según otra frase de Jesús «los que se hacen como niños», de los que el Salvador gustaba verse rodeado.

Quizá venga bien recordar aquí aquella doctrina de Bergson según la cual el «élan vital» (y, en último término, de la evolución, la «mística...») tiene la misión de corregir los extravíos a que nuestra «razón raciocinante» con demasiada frecuencia nos conduce. Recuérdese también el caso de los cultos y soberbios fariseos tan agudos en sus discursos y tan impenetrables a las enseñanzas de Cristo. Bernanos, otro escritor francés, desconfiando también de la razón, pide a los poetas—a los poetas de verdad, que ya, según él, apenas se encuentran—que nos... «persuadan...» «qu'il—el poeta—chante d'abord, et qu'avant de convaincre, il nous persuade». Lo que hoy pedimos al poeta, sigue diciendo, es que nos reconcilie con nosotros mismos». Porque el poeta «intuye», «no razona». Y esta intuición es la misma de Bergson, con su «élan vital» o su «instinto superior...», que corrige los «extravíos de nuestra razón», completándola. Esa voz, que brota del fondo de nuestro ser racional y que nos llama hacia arriba, ha-

cia lo infinito (bondad, belleza, amor, fidelidad...), hacia Dios...

Esta nuestra razón, tan limitada y contradictoria, ¡a cuántos pierdel! ¡A cuántos ocurre lo que a Loysi, que dejó de ser católico, porque «su» razón le dictaba algo contrario al dogma católico y años más tarde «su misma razón» le demostró que aquello que él antes afirmaba era falso! Algo de esto quizá le pasaba a Unamuno todos los días.

EN LA HOSPEDERÍA DE LA PEÑA DE FRANCIA

En otra ocasión me preguntó don Miguel si en la Peña de Francia—santuario a 1.700 metros de altura en los «límites» de Salamanca y Cáceres, junto a Las Batuecas, y a la entrada de Las Hurdes—había «algo» en donde hospedar, pues deseaba pasar allí unos días en el próximo verano. Le contesté que sí, que había una hospedería para peregrinos, aunque no muy bien instalada, y que tratándose de él se le cedería una celda en el convento si así lo prefería.

—Y la hospedería, ¿de quién es?

—Del santuario también; y únicamente debo advertirle que los que en ella se hospedan deben, como única condición impuesta por el reglamento, asistir a misa los domingos; condición impuesta para que aquello no se convierta en un sitio profano de veraneo.

No le importó a Unamuno la condición y dijo que prefería la hospedería. Yo, en cambio, hubiera preferido que se hospedase en el convento. Porque en el verano anterior había tenido en él hospedado a otro profesor—que había venido para tres días y estuvo tres semanas y marchó diciendo muy emocionado que «le daba vergüenza estar ya más»; pero que por gusto no se iría, y añadió: «Si yo hubiera conocido esto en mi juventud otro hubiera sido el rumbo de mi vida». Este señor, algo parecido a Unamuno, iba con nosotros a todos los actos de la comunidad, hasta a la meditación, examen, rezos... desde un rincón del coro.

Y, en efecto, a la hospedería fué don Miguel, y a misa asistió como todos los demás durante algunos domingos. Hasta que un domingo por la mañana llegaron allí unos periodistas de Madrid que preguntaron por él y con él se pusieron a pasear por el campo, muy cerca de la iglesia. Cuando se dió el último toque para la última misa, se le envió a don Miguel un recado que la misa iba a comenzar. Él se dió por enterado; pero no hizo caso y siguió con los de Madrid paseando. Aquella tarde se le preguntó si se iba a ir pronto y respondió que al día siguiente por la mañana.

«PUES YO, SÍ»

En otras ocasiones hemos oído a Unamuno afirmaciones contundentes como de un hombre de fe. Por ejemplo, para caracterizar a los atenienses traía Unamuno un día en la clase de griego aquel pasaje de los «Hechos de los Apóstoles», en que se narra la llegada de San Pablo a

Athenas y de cómo, entre otras cosas, llegó a hablar de la resurrección de los muertos, provocando risas y burlas en el auditorio, con la exclamación «Audiamus te de hoc iterum», es decir, «Que se repita, que se repita». Y no sé si el alumno que traducía hizo algún gesto de incredulidad, pues es el caso que Unamuno le preguntó:

—¿No cree usted en estas cosas? (la resurrección, naturalmente).

—Yo, no—respondió el alumno.

—Pues yo sí—replicó don Miguel, continuando en seguida la clase.

En otra ocasión llegó a Salamanca un diputado radical, llamado Azzati, que estaba esperando a Unamuno en la Universidad para cuando saliese de clase. Unamuno entró con él en la catedral vieja y en el claustro, y al explicarle las figuras de un antiguo sepulcro le decía: «Esa figura del centro representa a Cristo, el Salvador...» A lo que Azzati replicó en seguida: «Pero, maestro, ¿es que usted cree en Cristo?» A lo que don Miguel tranquilamente respondió: «Yo sí; y usted?» «Yo no». «¿Y por qué razón, si se puede saber?» «Pues... porque no». «¡Ah!, si esa razón le convence... El mismo don Miguel nos relataba esta escena al día siguiente, antes de entrar en la clase, no sin un gesto de profundo desprecio para el diputado. Y solía repetir que no preocuparse por el problema religioso, por el problema de la eternidad sólo pueden hacerlo los idiotas; pero no el hombre que piensa.

Quizá en esto puede haber algo—aparte de su convicción interna—que brotaba siempre en forma espontánea del carácter mismo de Unamuno: Su espíritu de contradicción, su afán de marchar siempre por caminos no trillados, su espíritu crítico y analítico, que le hacía muchas veces prescindir del bosque para ver sólo minuciosamente y como con lupa los árboles, que le llevaba a entretenerse largamente con frecuencia en minucias puramente etimológicas y verbalistas o de semántica—historia del significado de las palabras—prescindiendo más o menos del significado verdadero de los períodos o de las proposiciones. Por esto, una vez en Bilbao, en una conferencia, parece que dió un vapuleo regular a los vizcaíttarras. Y otra vez, invitado por la Asociación de la Prensa, creo que de Sevilla, a dar otra conferencia, se dedicó a poner de oro y azul a los periodistas. Aunque, claro está, que la verdad no siempre puede ser invención personal y exclusiva de cada uno.

«EL CRISTO DE VELÁZQUEZ»

En la educación de sus hijos no intervenía; pero, su señora, que era piadosa de veras, mientras fueron pequeños los educaba cristianamente. Y dos de sus niñas solían ir vestidas de ángeles delante de la Virgen en la procesión del Rosario. Don Mi-



Don Miguel vestía siempre igual: el mismo paño, la misma hechura, el mismo color, y sentía un gran desprecio por las modas

guel salía a verlas pasar, y no creemos equivocarnos afirmando que se retiraba enternecido. En cambio (decimos esto por lo de la educación), decía él con cierta pena más tarde: «Repugnándome como me repugnan los vizcaíttarras, ahora resulta que mi hijo mayor se ha hecho vizcaíttarra».

Cuando años más tarde aún escribí su poemita «El Cristo de Velázquez», antes de publicarlo se fué a Madrid a dar una lectura de él en el Ateneo; y el día mismo de su llegada me avisó por teléfono diciéndome que quería leerme algunos párrafos. Fui a verle en seguida y me los leyó, mirándome atentamente de cuando en cuando para observar la impresión que me hacían. Al terminar la lectura—no de todo

el poema, sino de algunos trozos por él escogidos—yo le dije entusiasmado que me gustaba muchísimo; pero que me pugnaba por salir del corazón una pregunta. Me dijo que se la hiciese. Y entonces le pregunté: «Todo eso, querido don Miguel, ¿le sale a usted del fondo del alma?» Me refería, naturalmente, a las ideas «católicas» tan bellamente expuestas que acababa de leerme. Y él me respondió: «Si no me salieran del fondo del alma, ¿cree usted que podrían estar esas ideas tan bien expuestas?»

Y dando un salto en el tiempo para juntar aquí cosas más o menos relacionadas, recordaré que al morir su señora yo le escribí una carta bastante larga, dándole el pésame. Naturalmente, yo le hablaba en el plan de

que tenemos un alma que no muere, la cual, al separarse del cuerpo, y actuando su responsabilidad, tendrá que recibir su merecido. Y como la señora era muy buena, que seguramente iría al cielo a gozar de Dios..., y que con ella podría volver a reunirse algún día. Don Miguel me contestó en ese mismo plan, aunque sin afirmaciones explícitas y terminantes. Esta carta, como tantas otras, desapareció en tiempos de la República, cuando me asaltaron el Palacio de Tenerife.

Para completar estos recuerdos de carácter religioso hemos de decir también que más de una vez le hemos oído decir: «Se puede perder la fe; pero no se puede adquirir la fe contraria, es decir, «se puede perder la fe en Dios, en el cielo, en el infierno...»; pero «no se puede llegar a la fe contraria o al convencimiento de que no hay Dios, no hay infierno, no hay cielo...» Y esa parece ser su situación, la de «una duda atormentadora».

Por eso comentaba con singular fruición aquel discurso de Sócrates a sus discípulos, poco antes de tomar la cícuta, en el que decía, poco más o menos, que «para «el sabio»—para el «kolós kagathós», es decir, para el «hombre prudente y bueno»—la muerte no es temible, porque si en el otro mundo se ha de hacer justicia, dando a cada uno su merecido, «el sabio»—en el sentido pleno de la palabra—nada tiene que temer, porque no ha hecho sino bien». Pero claro está que ese discurso no tiene el mismo valor en tiempos de Sócrates que después de veinte siglos de cristianismo. Y, ¿a qué hombre sincero puede su conciencia decirle que no ha hecho sino bien?...

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Unamuno creía en la inmortalidad del alma. No le cabía en la cabeza la aniquilación total del hombre, a la cual tenía más miedo y más horror que al mismo infierno. De ahí ese afán tan fuerte, decía él, de sobrevivirse en los hijos, en los discípulos, en las obras, en la fama...; afán o instinto inconsciente muchas veces, pero que nace de esa ansia vehementísima de inmortalidad. De ahí también ese horror a la muerte que todos, naturalmente, sentimos. Estas son, más o menos literalmente, palabras suyas.

De esta su actitud interior nacían seguramente en él dos cosas, una de orden moral y otra de orden físico. La moral, su conducta, generalmente ordenada, cuanto puede serlo la de uno que no cree. A lo que nosotros podemos juzgar era buen esposo, sumamente trabajador, cumplidor fiel de sus deberes profesionales y sin vicios de ninguna clase, salvo su vanidad y su soberbia. La de orden físico era su meticulosidad en el cuidado de su salud. Decía él mismo que comía muchas lentejas porque tienen mucho fósforo y mucho hierro, cosas que las personas dedicadas al trabajo intelectual necesitan mucho. Y allá por el

tiempo de Cuaresma paseaba menos porque decía que «se sentía flojo», y añadía: «También yo guardo mi cuaresma», la cual consistía en ponerse a dieta láctea durante treinta o cuarenta días.

PEPE EL FILÓSOFO

Vestía siempre igual: el mismo paño, la misma hechura, el mismo color, el mismo sastre, etcétera. Sentía un gran desprecio por las modas, sobre todo masculinas y por los acicalamientos de indumentaria. Por eso recordaba frecuentemente una escena ocurrida en Salamanca por aquel tiempo. Había allí un pobre hombre, amigo de Unamuno y llamado Pepe el Filósofo, el cual vestía bastante pobremente, aunque vivía sin trabajar de no sé qué rentitas que tenía. En esto presentóse en Salamanca un candidato a diputado que, entre otras cosas, vestía muy bien y era como el «árbitro de las elegancias»; y pronto vino a ser el personaje de moda. Un día, pues, preguntó Unamuno a Pepe el Filósofo: «Oye, Pepe, ¿no te presentaron aún a «fulanito» (llamémosle así, pues creo que vive todavía). «Sí, me presentaron el otro día en Novelty». «¿Y qué?» «Pues, que nos miramos a la ropa y nos despreciamos mutuamente». Como también solía comentar aquello de Diógenes al entrar pisando con sus pies descalzos llenos de polvos las estancias ricamente alfombradas de la casa de Platón: «Voy pisando la soberbia de Platón». A lo cual este último, que le oyó, repuso súbito: «Con mayor soberbia».

... ME LOS PAGAN BIEN

De otros rasgos o anécdotas suyas podríamos recordar aún no pocas; pero nos interesan menos y acaso estén ya publicadas. Vaya, sin embargo, alguna más para precisar su carácter. Un día nos contaba él muy ufano, que un señor forastero que había venido a verle, al entrar en su casa había visto a su hijo pequeño jugando y le había preguntado: «¿Cómo te llamas?» «Pepe.» «¿Qué más?» «Unamuno.» «¿Qué más?» «Basta.» Este «basta», después del «Unamuno», le había hecho a su padre mucha gracia. Otro día nos leyó un artículo, que creo que destinaba para «La Nación», de Buenos Aires, y que comenzaba, poco más o menos, en esta forma: «Estaba yo sentado esta mañana en mi despacho cuando se me presentó corriendo mi niña pequeñita para preguntarme: «Papa, ¿cuántos cuernos tiene el terremoto?» (había habido uno, en efecto, por aquellos días). Y Unamuno comenzó a hablar con ella sobre los cuernos del terremoto primero, y en seguida comenzó a filosofar por sí solo sobre el terremoto y los cuernos, con lo que escribió el artículo. Al terminar la lectura nos miró con esa su mirada interrogante tan característica, y tras unos momentos de silencio añadió: «Después de leer este artículo, con toda seguridad habrá quien diga: «Decididamente, Unamuno está loco». Y nunca estuve más cuerdo que aho-

ra. Pero estos artículos me los pagan bien».

EL BUHO Y LA CIEGA

Volviendo a lo de Sócrates, pláciale mucho a Unamuno hacer reflexiones sobre el buho, con el que jugaban en la plaza los niños, atormentándole, mientras dentro daba el filósofo su última lección a sus discípulos antes de tomar la cícuta. El buho ve de noche, no de día. Los niños ven de día, no de noche; y juegan con el buho y le atormentan. El buho es el sabio, el filósofo, que penetra con su mirada las sombras del misterio, pero al que «ciega la luz exterior de las apariencias». Los niños son la turba, los ignorantes, ilusionados por externas apariencias y siempre crueles e incomprensivos...

De aquí sacó él un tema o argumento para componer una plegecita de teatro, que no sé si llegó a publicar o a representar y es como sigue: A una joven, ciega de nacimiento, un oculista famoso le devolvió la vista. Pero al salir la joven, viendo por primera vez, de la clínica, ella, que con su bastoncito recorría todo el pueblo cuando estaba ciega, ahora, viendo, no sabía volver a su casa. Entonces «se tapó con una venda los ojos para ver mejor, como ella decía; y así, con su palito pudo llegar sola a su casa perfectamente. Esa venda «a los ojos de la razón para ver mejor», podrá ser la fe, el instinto vital, etc., de que ya hemos hablado.

«A MUCHA HONRA»

En cuanto a preferencias literarias, lo que más citaba por entonces Unamuno eran autores ingleses: Shakespeare, Macaulay, etcétera; también algunos italianos sobre todo el Dante, cuya personalidad le entusiasmaba, y del cual analizamos en clase bastantes trozos de «La Divina Comedia», y algunos alemanes y de otras procedencias, como Kirkegaard, etc. Franceses no recuerdo haberle oído citar ninguno ni sentía por ellos simpatía. A la frase: «El Africa empieza en los Pirineos», según él, había que contestar: «A mucha honra». Y daba para ello varias razones.

En un viaje que hizo a París, se ofreció a acompañarle un literato de allí, cuyo nombre no recuerdo. Como Unamuno, al parecer, no hablaba muy bien el francés, su acompañante le corrregía sin compasión todos los yerros. Hasta que Don Miguel, al fin, «se cargó» y le dijo: «Basta ya. ¿sabe usted lo que le digo? Pues que hablo yo muchísimo mejor el castellano que usted el francés».

UN POCO MAS DE HUMBILIDAD

Eso del «analfabetismo» y el «alfabetismo» lo miraba don Miguel con no poco desprecio. Gustábase mucho conversar con los campesinos de las aldeas de Salamanca, muchas veces analfabetos; y casi de continuo tenía en la mano su libreta para ir apuntando frases y refranes que oía. Eso de las libretas lo usaba Unamuno muchísimo. Pues solía repetir que es estúpido «cargar» la memoria con cosas que se llevan más cómodamente en el bolsillo. Y ese campesino castellano era para él más filósofo que muchos

que en esa facultad se doctoran. Con ocasión de la publicación de un libro suyo, oí decir —aunque no a él directamente—, que dijo: «Este libro, en cuanto salga a la luz, me lo condenarán seguramente varios obispos, y entonces, venta segura». Parece, sin embargo, que ningún obispo se lo condenó, y que la venta no fué muy abundante.

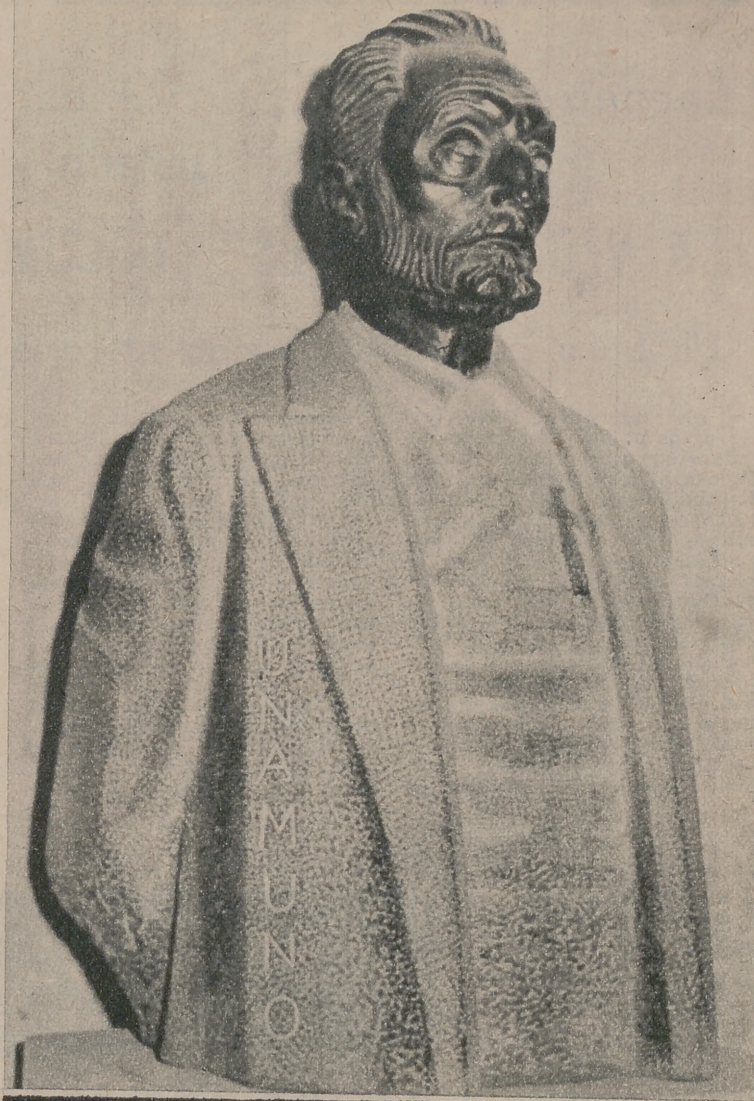
Para terminar estos recuerdos, pienso que acaso alguno se haga esta pregunta: ¿Cómo se compaginan todas —o muchas— de esas cosas con el resto de su vida y de sus escritos, en que se encuentran doctrinas o afirmaciones tan contrarias, tan heterodoxas...? Eso yo no lo sé. Quizá un poco más de humildad le hubiera resuelto por completo «el problema» que tanto le atormentaba. Mientras vivía, hemos dicho alguna vez que si don Miguel veía llegar la muerte, teníamos la esperanza de que habría de llamar a un dominico para confesarse, porque a esa hora pesan ya mucho menos las preocupaciones que aquí nos esclavizan.

La primera, y creo que única vez, que me visitó en Santo Domingo el Real de Madrid, donde estaba entonces la Redacción de la revista «La Ciencia Tomista», quedó admirado de la cantidad de revistas extranjeras que allí se recibían. Y me dijo: «Esto está muy bien: ustedes lo que necesitan es airearse un poco». Pero don Miguel no vió llegar la muerte. Inescrutables juicios de Dios. ¡Lástima de hombre!

¿QUE QUEDA?

Y, para terminar podríamos ahora plantearnos la siguiente cuestión, que en la «Cátedra Pío XII» de Bilbao escogió no hace mucho como tema un conferenciante: «¿Qué queda de la obra de Unamuno?» Ignoramos lo que ese conferenciante dijo. Y desde nuestro punto de vista, no entra en nuestro plan responder a ella. Pero siempre, desde este nuestro punto de vista concreto, nos parece que no quedará gran cosa de sólido y coherente. Unamuno defendía siempre con calor el derecho del hombre a contradecirse. Lo cual, como derecho subjetivo (derecho a cambiar de opinión, cuando un mayor concimiento a ello nos fuerza), está bien. Pero si se entiende en forma absoluta, hasta llegar a contradicciones simultáneas, entonces de la verdad ¿qué queda?..

Bien es verdad que el mismo Unamuno afirmaba, en plan netamente escéptico, que no importa llegar o no al conocimiento de la verdad, lo que importa es «luchar por alcanzarla»: no tiene importancia la idea, sino el camino para llegar a ella: el pensamiento. «Lo difícil —y al parecer lo sabroso para él— es pensar», repetía. Y así se debata, y en cierto modo se solazaba, con una especie de masoquismo, en la tortura interior de su alma, en ese «sentimiento trágico de la vida», en esa «agonía» —lucha— «del cristianismo», mal entendida, porque la consideraba con ojos de literato —o de esteta— y de filósofo, es decir, con lentes con los que no se puede alcanzar la alteza y la profundidad de «esos misterios». De ahí su constante debatirse en «juicios de palabras», en minuciosos



Estadua de don Miguel de Unamuno, obra de Victorio Macho, instalada en la Universidad de Salamanca

análisis de crítica logística y destructora, con los cuales nada podrá nunca edificarse.

«Hay que guardarse mucho —dice el padre Cocagnac («Vie esprituelle» marzo del 54— de considerar con ojos de esteta nuestra participación en la tortura del mundo), en ese «sentimiento trágico» y esa «agonía del vivir cristiano» —ya que el cristianismo es «lucha» por la perfección, por vernos «libres de este cuerpo de muerte», como dice San Pablo—; pero ese vivir cristiano con sus luchas, sus torturas, sus anhelos, sus temores y esperanzas, tiene un sentido profundísimo y teológico, que en ascético-místico se resuelve, y que nada tiene que ver con esas comedias sentimentales y literarias del antiguo o del nuevo romanticismo, o del actual existencialismo.

Y si ese esteticismo es malo, tal vez es peor aún analizar nuestra angustia espiritual con criterio puramente filosófico —existencialistas—, sigue diciendo el mismo autor. «Hacer del sentimiento de nuestro sufrir interior el concepto fundamental

de un sistema es fijar deliberadamente el puesto superior de nuestra vida espiritual al nivel de nuestras dudas e incertidumbres. Y aun si llegara alguna vez a darse en este clima una verdadera vida cristiana, tan sólo sería presuponiendo excepcionales gracias de preservación, o multitud de inconsecuencias íntimas, que de algún modo neutralicen en nosotros ese veneno cerebral. «En el fondo de todo eso suele haber un «buscarse a sí mismo» —no la verdad, no el bien, no a Dios...— más o menos disimulado y hasta más o menos inconsciente.

Así aparece por de fuera, a través de mis recuerdos, el halo que envuelve la personalidad de don Miguel de Unamuno. Penetrar más en su interior no es cosa nuestra; ni siquiera echar un vistazo a su obra literaria en general. Si todos y cada uno de nosotros lleva consigo algo de contradicción, Unamuno la lleva en grado sumo. Y esa contradicción no superada —y sólo se supera en la cruz de Cristo—, destruye no edifica.

Fr. Albino, obispo de Córdoba

JUAN ANTONIO ZUNZUNEGUI HA ESCRITO UN

Encontró la clave para encararse con los temas más peligrosos, sereno y concienzudo

"LA VIDA COMO ES", DOCUMENTO DE CALIDAD

Un buen puntal de la vida literaria y de la obra literaria

JUAN Antonio Zunzunegui acaba de hacer su última botadura con un barco de muchas toneladas de sabiduría humana. Es una novela más, una de las muchas que Juan Antonio Zunzunegui ha publicado y tiene que seguir publicando, pero en ésta la experiencia humana del novelista y el giro del estilo adquieren matices de obra entera y arriesgada.

«La vida como es», es un documento de calidad para estudiar no sólo la picaresca de una época, sino para medir y definir sobre seguro la técnica novelística española en el momento presente. Porque en esta obra se

conjugan de modo curioso, sorprendente, hábil y magistral, todo lo que es tradición y magisterio clásico con las formas más nuevas y audaces de la narración. Los personajes y el ambiente navegan por cientos y cientos de páginas con habilidad y gracia realmente extraordinarias. «La vida como es» es una novela que no sabemos si dará que hablar; pero lo que sí es cierto es que dará en qué pensar. Sobre todo en los novelistas, en los que están en el secreto del género. Nada extraño que Zunzunegui tenga cada día más lectores. Encontró, al fin, la clave para encararse con los te-

mas más peligrosos, sereno y concienzudo como un gran barco en manos de un capitán no menos tranquilo y experto.

EN LOS DIAS GRISES LOS VASCOS SE CRECEN

La Naviera Zunzunegui tiene su domicilio social en Viriato, 55, sexto, interior, derecha. Es un piso estupendo. Aquí es donde duerme y trabaja el novelista. En la cabecera de la cama tiene un retrato de Pérez Galdós, «corpore insepulto», con la última crecida de barba que le conocemos. La biblioteca de Juan Antonio Zunzunegui es amplia, cuantiosa, pero con solera y aroma.

EUROPA, DE PASO

Por Antonio RODRIGUEZ JIMENO

CUANDO entre nosotros se renunció al descenso como meta, se sabía que la paz no ha sido nunca proyecto. La paz es hoy una esperanza deformada por el miedo o el resultado puro de la renuncia a la ilusión. Suiza, que no crece, aunque, según dicen, progresa, es el ejemplo vivo de lo segundo. Europa—lo que, por el momento, se llama Europa—, la expresión melancólica y, por cierto, bella, de una realidad desesperanzada, y sin capacidad, por otra parte, para renunciar a la ilusión. La pequeña Europa no puede convertirse en la Gran Suiza, porque su organización o su asamblea actuales carecen de proyecto y de poder, mientras el sueño hegemónico de Francia, por ejemplo, es eso: puro sueño, sin fuerza ni esperanza.

El miedo de Europa no es el medieval del milenario. Es un miedo cerval, un miedo sin remedio, porque el miedo normal es capaz de buscar el alivio tras la muralla, y el actual, en cambio, no tiene alivio después que la muralla se mostró deleznable. En Francia, donde la mitad de los libros que se exhiben son traducciones del «americano», no se traduce hoy del alemán. Y ya sea resentimiento o miedo, Francia se ha envuelto su cabeza en él.

Alemania trabaja; mas, ¿para qué? La organización cantonal de los «lander» quiso, sin duda, aproximarla a Suiza. Pero Alemania quiere, hasta cierto punto, la unidad. Y ante la unidad de Alemania, ¿está la paz? Tras un brindis ibérico por la liberación de la Prusia oriental, la sorpresa y el miedo convocaron la presencia de la ilusión en los ojos amortecidos del destinatario. En Alemania no se habla de Kant por miedo a evocar la medida

emoción estética. ¿De dónde sacan espíritu y fuerza para que la gracia corone proyectos de la construcción? Y sólo hay un desorden: junto a las oscuras y pesadas torres de Colonia se levanta un rectangular y aéreo, un edificio comercial que en el crepúsculo es una estructura sostenida por luz. El trabajo, según dicen, es paz; una realidad sin duda, pero no un proyecto. Y ¿cuál es el proyecto de Alemania?

Los materiales nuevos de construcción—el aluminio, el cemento, el cristal—parecen debatir en vano no al inminente estilo que les cuadra. Pero el hierro y el carbón no han encontrado aún su estilo arquitectónico. La Alta Autoridad—pretencioso nombre—que los gobierna no tiene ni la pequeña autoridad necesaria para imponer sus pequeñas medidas económicas. Y en Francia se quejan que Alemania las incumple, y temen, como es lógico, al mayor accionista del que llamaron «pool» sobre el acero, no alivia el miedo, no crea, al parecer, unidad, no crea siquiera mercado común porque Inglaterra se reserva, porque Francia reserva, porque Alemania trabaja y, por tanto, se reserva. Y llegamos así a la única posible solución, a la única vía de esperanza que le queda a Europa, si la Commonwealth no fuera un espacio acotado, si Inglaterra hubiera cedido en su presión industrial, si no fuera un espacio acotado el imperio que ahora se llama Unión Francesa, si Francia misma no hubiera hecho imposible hegemonía, incluso cultural.

del tiempo en el
loj de Koenigsber

En Alemania, a
cambio, la arquitep
tura nueva promue
ve, en ocasiones,

LA QUE DARA EN QUE PENSAR

formas más nuevas y
fases de la narración

“SOY INVENTOR”

novela tiene que ser realista

Como una buena bodega. En seguida se ve que el novelista tiene predilección por los nombres respetables ya con gloria hecha. No exagera las novedades de editorial. Para él la literatura es lo que queda de las historias y manuales cuando de cien nombres se quitan noventa. Se ve que Zunzunegui ha comenzado a sentir la seguridad en sí mismo y la confianza en su obra. Todas las demás celebridades contemporáneas le dejan bastante insensible. Lo que se había propuesto, lo va consiguiendo poco a poco; lo ha conseguido en novelas y páginas que no podrán olvidarse tan fácilmente.

Han llegado a Viriato, 55, dos novelistas, uno en potencia y otro en acto. Castillo-Puche va a recibir su bautismo con «La muerte al hombro», Castresana ha publicado ya varias, y una de las últimas, «La muerte viaja sola», ya recibió el «placet»



Juan Antonio Zunzunegui
en su mesa de trabajo

de la crítica. Ninguno de los dos —según Giner, psicólogo de mostrador, librero y lector— son autores pesimistas a pesar de tanta muerte en los títulos.

—¿Queréis una copa de coñac?—dijo de repente Zunzunegui.

—Hombre, ya que te pones así.

—Si es por lo menos Fundador o Veterano...

Juan Antonio nos sacó un coñac con cincuenta años de historia. Allí estaban las lágrimas de la Fornarina y las de Canalejas, las de Prim e Isabel II. No era cosa de despreciar tan corajudo lingotazo. No hay nada que ayude a la imaginación a trazar esquemas y síntesis como una botella polvorienta, no de simple coñac, sino de la madre del coñac, de la misma madre del coñac padre.

El novelista tiene uno de esos días optimistas. No le pesa echar la casa por la ventana. Está crecido. No siente ni pizca de frío.

—Entonces, me voy—dijo Giner, el hombre entendido en libros que había ido seguramente a ofrecerle al autor alguna ganquita.

—No, hombre, no. Por nosotros puedes quedarte. Es más, vas a intervenir en la entrevista.

—¡Eso! Así tocamos a menos.

—O a más—añadió Zunzunegui pensando acaso en pedir responsabilidades al final.

No nos sentamos. Cada uno con nuestra cuartilla en la mano comenzamos a pasear por el amplio salón dando taconazos en el suelo y con la copa en la mano. De vez en cuando nos vamos parando en las estanterías. No hay espacios para más libros. Muchos se amontonan en el suelo. Zunzunegui es muy amigo de los grabados, los dibujos, las fotos, los recortes y toda clase de curiosidades que, sin mucho orden, están clavados en las maderas y en las paredes.

—¿Comenzamos ya?

Es decir, llegamos a la esperanza deformada e imposible. Europa, que impuso su equilibrio—y su desequilibrio—a la política mundial, no puede convertirse en una Gran Suiza, porque no sabe renunciar al poder dividido y hegemónico, ni puede tampoco renunciar a él, porque sólo podría ser Suiza disponiendo de un mercado exterior común. Inglaterra vive aún como imperio, porque lo tiene. Francia, porque en parte lo tiene, sueña aún y teme por él. Alemania, fatalmente, lo busca para su industria en expansión.

Y sobre tanta industria y tanta técnica flota el recuerdo de lo que fué ayer y, sobre todo, de lo que aún es hoy. Sobre la nula ilusión y la desesperanza se vive como se puede, se vive al día, pensando en conservar lo que sólo siendo común, no sólo como mercado, puede crear la esperanza, y todos acaso pendientes de una conferencia en cuya mesa vayan a sentarse desde luego América del Norte y Rusia, Inglaterra y, según dicen, Francia también, en ausencia de Europa.

¿Estados Unidos de Europa? Los Estados Unidos de la realidad, los que conocemos, se formaron mezclando toda la demografía de Europa sobre una geografía capaz de fundir y asimilar razas y naciones. Una geografía, por cierto, exterior a ellas. Los Estados Unidos son los únicos Estados Unidos de Europa, al menos, según Toynbee. Y lo seguirán siendo exclusivamente mientras Europa no se haga otra vez de sí misma (la esperanza es siempre «otro mundo»), dejando de soñar con su ombilico; mientras no se deje de concebirlo como un equilibrio de hegemonías basadas en los cotos coloniales exclusivos de dos o tres naciones y, en fin, mientras no pueda hablarse de un problema de asimilación, blanco o negro, pero nunca intereuropeo, de los Estados Unidos de Euráfrica.



Zunzunegui respondiendo a las preguntas de nuestros colaboradores

BATERIAS: CARGUEN. PREPAREN, FUEGO

Zunzunegui estira la piel de las mandíbulas. Los tendoncillos del cuello le tiran y se le mueven en un tic nervioso. Está pronto para el ataque. No es Juan Antonio hombre que se deje pisar el terreno fácilmente. No es recomendable como enemigo. Sabemos cómo defenderá su patri-

monio artístico: a dentelladas si es preciso.

Algunos días a Zunzunegui parece que le crezca la barba por minutos.

El primero en sacar el lápiz es Castresana.

CASTRESANA. — En Bilbao hay lectores que esperan con impaciencia sus novelas y otros

que de manera automática le atacan a usted en cuanto publica una nueva obra. ¿Por qué?

ZUNZUNEGUI.—Los frustrados forman legión en todas partes. Yo tengo una gran simpatía por Bilbao y sus gentes humildes. Si en el extranjero se conoce a Bilbao no es por los señoritos frustrados, sí no por mí.

CASTRESANA. — ¿Es cierto que varios estudiantes de Universidades extranjeras preparan o han escrito ya diversas tesis doctorales sobre su novelística?

ZUNZUNEGUI.—Sí, es cierto.

CASTRESANA. — ¿Ha influido mucho el paisaje bilbaíno en su obra?

ZUNZUNEGUI.—He nacido en Portugalete, mi padre es de Deusto, Baracaldo, y mi madre de la Plaza Nueva de Bilbao, así que jalonamos la ría. Mi padre tuvo una fábrica de ladrillos en Lasasane y me llevaba muchas veces consigo por aquí y por allá. Yo he pateado todos estos lugares. Creo que en mis novelas he dado el ambiente y he reflejado con fidelidad este mundo.

CASTILLO.—¿Se siente influido por Deusto?

ZUNZUNEGUI. — Deusto tiene una cosa importante, y es la educación religiosa de cuantos allí hemos estudiado. Con los vaivenes que tiene uno en la vida esta educación, estos sólidos principios, son una gran defensa.

GINER. — ¿Hay algún antecedente de escritor en su familia?

“Juan Antonio, desde los comienzos de su navegación, sabía dónde iba y lo que quería”, dice su primo Luis María

JUAN Antonio de Zunzunegui, único varón entre seis hermanas, soltero él y con su vida consagrada por entero a los personajes de sus novelas, tiene cincuenta y dos años, es fortachón, tenaz, zurdo, con vocación única de escritor, rizada melena casi a la «federica» y de carácter bondadoso y anifiado.

Nació en Portugalete, donde el vascoence se ignora y donde el castellano se habla «aflecado» de bilbainismos.

De niño fué habilísimo patinador, buen jugador de pelota y de zancos y en el fútbol muy destacado («extremo izquierda», que hubiera podido llegar a excepcional en este puesto si a su rapidez y sus «zurdazos» los hubiera acompañado con una mayor decisión y acometividad.

Para ser escritor, Juan Antonio tuvo que vencer la oposición constante de su familia y las continuadas bromas e invectivas de sus amigos sobre el porvenir «metálico» de su futura profesión. ¡Era muy fuerte en la época de juventud de Juan Antonio volver la espalda a los negocios para consagrarse a la adoración y cultivo de su pluma!

En la intimidad, en la abandonada confianza de la charla confidencial Juan Antonio sigue siendo deliberadamente, y pese a su vastísimo conocimiento del idioma, un «bilbainazo».

Entre sus compañeros de estudios, fué primero «Tofín», y más tarde (después de sus balbucesos literarios) «Zalacaín», porque así firmó alguno de ellos. De sus amigos, todos los que no se han dedicado a escribir le quieren entrañablemente por la bondad y la ingenuidad de su carácter; los compañeros de profesión generalmente he observado que no perdonan ni disimulan la molestia que les causa el paso firme y victorioso, la decisión y la constancia con que Juan Antonio subraya en toda su vida su entera dedicación a la novela.

Escribo sobre Juan Antonio con este convencimiento y claridad porque pertenezco al grupo de

españoles que saben rendir tributo de justicia hasta sus amigos y parientes y nunca fuí hombre dispuesto a oscurecer mi criterio y aun a paliar el modo de expresarlo disimulándolo o torciéndolo por miedo al qué dirán.

Admiro muchísimo a mi primo Juan Antonio como escritor; me deleita y me entretiene su personalísimo modo de decir; le encuentro novelista de cuerpo entero. Y si opinara lo contrario, al cabo de cincuenta y un años de vida independiente, lectura ininterrumpida y culto a la lealtad para conmigo mismo, ni le leería con la fruición que lo hago ni me prestaría al elogio encariñado y familiar.

Estudié con Juan Antonio en Orduña, colegio de padres jesuitas y cuna del fútbol vasco, a la sombra y bajo el manto de la Virgen de la Antigua. Nos educaron los mismos maestros, de quienes conservamos gratísimo recuerdo, y juntos admiramos, de chavalillos, la elegantísima oratoria del padre Gonzalo Coloma, que predicó para nosotros por aquel entonces una maravillosa novena. Juntos también hemos comentado algunas veces lo que nos costó perdonar a un bonísimo profesor que los dos tuvimos y que nos repetía frecuentemente que Maura era un orador medianejo y Pérez Galdós un novelista de quien no merecía que se ocupase el texto de literatura española que estudiábamos. Continuamos nuestros estudios en la Universidad de Deusto y uniéndonos también nos encaminamos a Salamanca para avanzar con mayor ritmo en nuestros estudios. Los dos teníamos prisa. Juan Antonio, sobre todo, por liberarse de obligaciones de estudiante para entregarse a sus creaciones y para empezar libremente a engendrar personajes novelescos.

Las huelgas de estudiantes, las escaramuzas con los «romanones» de entonces, las meriendas en Tejares o en casa de don Luis Maldonado, aquel bon-

ZUNZUNEGUI. — Por parte de mi madre, mi abuelo Loredo. Fué seminarista y se encontró con una morena guapa que le torció la carrera. Mi abuelo fué periodista, llegó a dirigir un periódico y perteneció a la Comisión de Fueros. Hay un libro de la colección «Vascongadas» de Amigos del País en que vienen los discursos de Miguel Loredo. Fué el hombre que más intervino en la Comisión y defensa de los fueros desde el periódico que él dirigía. Cánovas le quiso llevar a la política española y que dejara la cosa foral. Le prometió un acta de diputado, pero mi abuelo no aceptó. Por cierto que Miguel Loredo murió en Madrid muy joven, a los treinta y siete años de edad.

CASTRESANA.—A él, pues, es a quien dedicó usted «El chiripí», su primera novela.

ZUNZUNEGUI.—Eso es.

CASTILLO. — ¿Qué maestros aceptaría usted en novela?

ZUNZUNEGUI. — Tal vez, de modo preferente, a Pirandello, a quien estudié mucho en Italia. También he estudiado atentamente a Proust; éste me parece también muy interesante, aunque a la hora de ponerme a escribir escojo un camino distinto al suyo. De los españoles, las novelas de la literatura clásica y Galdós y don Pío.

CASTILLO. — ¿Qué tendencia cree que prevalece en la actual novelística española?

ZUNZUNEGUI. — La novela tiene que ser realista o no es novela, pero todo depende, claro, del toque que sepa dar el autor: En la manera de partir el pan conocieron los discípulos de Emaús a Cristo. Y, así, el nove-

lista debe saber dar ese toque. esa divinidad a cuanto cree.

GINER.—¿Realismo?

ZUNZUNEGUI. — El hombre no puede prescindir de lo que le rodea. Y como la novela es creación, el hombre crea sobre lo existente y vivido, sobre lo que Ortega llamaría su «circunstancia». Luego hay manera y manera de dar esta «circunstancia». La novela tiene que ser creación. Es preciso recalcar esto, porque no hace mucho una distinguida escritora salió diciendo que las buenas novelas se parecen cada vez más al reportaje. Se parecerán al reportaje las buenas novelas de esa señora; pero las buenas novelas de los grandes novelistas siempre se han alejado del reportaje. Las buenas novelas han sido siempre creación o adivinación, y el buen reportaje no pasa de ser fotografía.

CASTILLO. — ¿Qué opina de los premios literarios de ahora?

ZUNZUNEGUI. — La tragedia es que no siempre, pero sí en general, los miembros de los jurados son inferiores a alguno de los aspirantes a los premios.

CASTILLO.—¿Cree que en algún caso los jurados, novelistas ellos también a veces, pueden tener interés en desviar la atención de una obra realmente buena?

ZUNZUNEGUI. — La aspiración de todo escritor es crear. Nadie tiene como profesión ser crítico. Se es crítico por regla general, cuando no se puede ser creador, cuando se ha frustrado la creación. El arma del escritor frustrado es la confusión, que no se sepa quién es quién. No todos, pero sí algunos jurados, van con esa intención. Creo, por ejemplo, que los premios de la

Academia son los más justos, porque los académicos, como consagrados, están por encima de estas pequeñeces.

GINER.—¿Cree que de los premios ha salido algún auténtico valor?

ZUNZUNEGUI. — Sí. Buero Vallejo, Delibes, Carmen Laforet, Elena Quiroga.

CASTILLO.—En lo que se refiere a la novela, ¿cómo ve el momento actual?

ZUNZUNEGUI.—Creo que estamos en un momento novelístico bueno, pero no genial, como se dice. Hay muchos que han empezado a hacer la carrera de bicicletas de la novela. Algunas han pasado ya por delante de la ventana de la novia. Pero las carreras de bicicletas son auténticas carreras cuando se ha llegado a la meta... Hay algunos con grandes condiciones de novelistas, pero son muy jóvenes aún y tienen la moneda en el aire...

CASTILLO.—¿Podría vivir como vive solamente de la producción literaria?

ZUNZUNEGUI. — Andaría un poco apurado. Sin embargo, he de reconocer que desde que estoy con el editor catalán Noguera gano mucho más dinero. Noguera es un editor generoso, inteligente y con un sentido espiritual del negocio.

CASTRESANA.—¿A qué idiomas han sido traducidas sus obras?

ZUNZUNEGUI. — Tengo una traducción inglesa, de Norteamérica, para los colegios, y traducciones al alemán, francés, italiano y holandés. Pero no me preocupa mucho la traducción a no ser que trate directamente con la casa traductora. Ni ten-

dadosísimo y docto rector de nuestra época, fueron fundiendo nuestro parentesco y acrisolándolo en amistad indestructible.

Con Juan Antonio, y como socios del Casino, asistíamos a diario a la tertulia de Unamuno, formada en su mayor parte por catedráticos de Medicina, y de nosotros dos como únicos estudiantes que tuvieron la suerte y el honor de poder frecuentarla como contertulios.

A Juan Antonio le quería muy devotamente don Miguel, le aconsejaba frecuentemente sobre sus aficiones y adivinó rápidamente en él la fuerza de su talento y de su vocación de escritor. Recuerdo perfectamente que en más de cuatro ocasiones, y en nuestros paseos por la carretera de Zamora o ya subiendo por la calle de la Clerencia hacia la casa de «Las Muertes», donde vivía don Miguel, éste me dijo alguna vez: «Su primo llegará mucho más lejos de lo que ambiciona, y lo digo dándome cuenta de que es enormemente ambicioso».

Toñín, perdón, Juan Antonio, ha leído muchísimo, infatigablemente, casi viciosamente, con esfuerzo, delectación y sacrificio de estudioso. Se recreaba y acompañaba a tal extremo con sus lecturas, se aislaba e inhibía en tal modo que en muchas ocasiones nos divertía separarnos de él, sin que se diera cuenta, para reírnos viéndole dar vueltas, solitario y ensimismado, por la grandiosa plaza de Salamanca, entre gestos nerviosos y comentarios casi en alta voz, en soliloquio admirativo, para el último capítulo de lectura que hubiera tenido entre manos.

De Derecho estudió Juan Antonio lo justo, no así de Letras, para no hacer nunca mal papel en los exámenes, pero sin el menor apego ni afición a los códigos.

Años más tarde, a su vuelta de Italia y Francia, donde pasó grandes temporadas y estudió de firme para formarse como escritor, le he leído línea a línea y le he comentado con él sus producciones, casi con saña, como un fiscal implacable. Ello no obs-

tante, he tenido que irme entregando al continuo progreso de su profesionalismo, hasta reconocer su absoluto dominio del idioma, la fuerza de sus creaciones y el riguroso mando con que se desenvuelven en el mundo de sus novelas los personajes que crea.

De Juan Antonio, hoy, leo cualquier página, en especial de sus cuatro últimas novelas, y me divierte cualquier escena de sus personajes por el habla rica, suelta y desgarrada con que los desenvuelve.

Su última novela, «La vida como es», me la he estudiado; a sus editores, Noguera, personas de cultura y de buen gusto, les ha encantado. La crítica, siempre justa con Juan Antonio, pero meticulosa como la labor del profesor que examina un alumno puntero, se le va entregando, pese a que alguien ha catalogado su última novela entre «aquellas en catarata, inacabables o de proporciones desmesuradas». No me impresionan esos comentarios porque en catarata, inacabables o de proporciones desmesuradas son las novelas de Dickens, de Galdós y de Cervantes y de los mejores novelistas del mundo. En los libros, como en las ciudades, lo que importa es el conjunto armónico de la creación, sin que abruma el tamaño. Yo prefiero siempre la gran ciudad al villorrio de espadaña y de «esquilitas», y, ¡qué caramba!, me encanta el «Quijote» y me parece estupendo «La vida como es», de Juan Antonio.

A Zunzunegui, escribiendo, le ha favorecido enormemente la seguridad en el rumbo de su flota; la ha pilotado con tal firmeza que hoy puede asegurarse que navega en «Empopada», porque sí, como dijo Séneca, «no hay viento favorable para el que no sabe dónde va», a mí, que le sigo desde niño, no me cabe la menor duda que Juan Antonio desde los comienzos de su navegación sabía dónde iba y lo que quería, y no ha perdonado esfuerzo alguno para capear los temporales que se oponían a su noble ambición de escritor...



El retrato de Galdós en su lecho de muerte, en la alcaoba de Zunzunegui

go ni quiero agentes intermediarios que se llevan la parte del león.

CASTRESANA. — Cerezales decía que «La vida como es» es una de las pocas novelas españolas que pasará a la posteridad. ¿Qué dice a esto?

ZUNZUNEGUI. — Yo, por lo menos, las escribo con ese propósito. Cerezales es muy generoso; ya veremos qué pasa.

GINER. — ¿Es verdad que es usted rico?

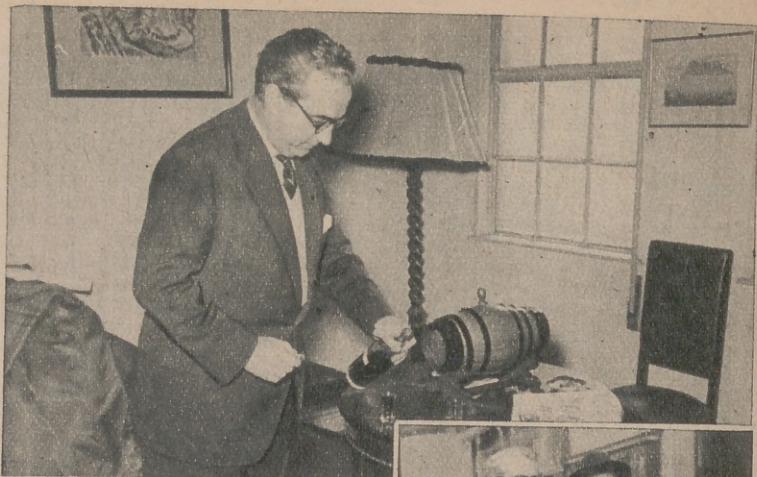
ZUNZUNEGUI. — Con lo que me dejaron mis padres sólo tengo para el desayuno.

CASTILLO. — ¿Por qué en «La vida como es» buscó esos ambientes?

ZUNZUNEGUI. — Responde a la vida que yo conozco. Mi generación es la de la taberna y los barrios bajos, hasta nuestra guerra civil. Luego esta generación se ha desarrollado entre los mismos personajes barriobajeros, pero formando ya una nueva aristocracia que ronda en torno a las cafeterías de la Gran Vía. Yo pienso crear una nueva novela sobre este salto de la taberna a las cafeterías de la Gran Vía.



Un recuerdo escolar. De estos niños, el que lleva el anda izquierda de delante es Juan Antonio Zunzunegui



El novelista anima el diálogo escanciando un viejo coñac

CASTRESANA. — ¿Tiene ya título?

ZUNZUNEGUI. — Sí; se titulará «La batuta de Dios».

GINER. — ¿Cuánto vale su biblioteca?

ZUNZUNEGUI. — Yo no la daría en 250.000 pesetas.

CASTRESANA. — ¿Se considera escritor católico?

ZUNZUNEGUI. — Por formación, por convencimiento y educación, me considero católico. Además, ya sabe que tengo una hermana religiosa y un sobrino cartujo.

GINER. — ¿Le gustaría hacer un guión de cine?

ZUNZUNEGUI. — Creo, como Azorín, que es esa una labor de escritores, a pesar de lo que opina el mundo de los directores de cine.

CASTILLO. — En su estética literaria, ¿hay más influencia pictórica que auditiva?

ZUNZUNEGUI. — Yo lo que creo es que soy inventor. Me sorprende muchas veces pensar cómo imaginé ciertas cosas. Creo que mi virtud principal es la adivinación, esa adivinación que es, según el doctor Marañón, la virtud más esencial del escritor.

CASTILLO. — ¿Damos la voz de «¡Alto el fuego!»?

ZUNZUNEGUI. — Por mí cuando queráis, estoy en vuestras manos como un pobre corderillo.

No hace falta decir que esta bucólica frase no pasa de ser una metáfora. Zunzunegui tiene uñas de león o de gato montés.



Juan Antonio, con su primo Luis María, por la Gran Vía madrileña

LA OTRA ENTREVISTA, LA QUE NO SE DA

Luego vino la otra entrevista, la que no se publica, la que no es posible dar al público, sin que a Zunzunegui le peguen, sin que él nos pegue a nosotros y sin que nosotros tengamos que pegar con uno y con otros.

Es Juan Antonio Zunzunegui un buen puntal de la vida literaria, de la tertulia literaria y de la obra literaria. A temporadas se aísla y se retira a escribir, pero cuando se cansa o se le agota un poco su incontenible y agotadora vena, acude a los cafés y allí hay que verlo dando a diestro y siniestro. Claro que la mayoría de las veces que da no hace más que defenderse. Zunzunegui es y será siempre punto de contradicción y maledicencia, clave de elogios y críticas teatrales, porque su ambición es grande y porque sus novelas pesan y cuentan, se mire al género «novela» por el ojo de una cerradura o por lo alto de un puente eléctrico.

A la botella de coñac, con cincuenta años de historia, cincuenta, ciento y mil nombres de novelistas presuntuosos que se llevó la historia, en un período considerado como de los más creadores de nuestra novelística, todavía le quedaba un culillo.

—¿Dejamos algo para mañana o la apuramos?—dijimos.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy—dijo el maestro.

Y como lo dijo el maestro, pues, punto redondo.

(Fotografías de Basabe y Archivo.)

LA GUERRA BACTERIOLOGICA

La más grave amenaza para la humanidad

Por Emilio NOVOA

(Director de la Escuela Oficial de Telecomunicación)

MUY recientemente el físico atómico George Gamow, profesor de la Universidad de Washington, ha considerado la «guerra bacteriológica» como la más grave amenaza para la Humanidad, al utilizar elementos exterminadores más eficaces que los que integran la mortífera bomba de hidrógeno; con una sola botella de gérmenes apropiados puede causarse un daño extraordinariamente mayor.

Aunque tal declaración del profesor Gamow no ha sido compartida por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, se considera que por lo menos ese medio de destrucción masiva representa peligro terrible para la vida humana y es medio seguro para la destrucción absoluta de ganados y cosechas.

LOS GERMENES COMO ELEMENTO AGRESIVO

En términos generales, la guerra bacteriológica, microbiológica o simplemente biológica como la denominan otros, supone el empleo de virus y otros agentes de aniquilamiento de la vida orgánica; el elemento agresivo son gérmenes muy nocivos que tienen gran poder de multiplicación y de rápida difusión. Estos métodos comprenden el lanzamiento de gérmenes y otros agentes peligrosos, como bacterias, virus, bacilos, toxinas, hongos microscópicos y elementos semejantes, que pueden ser propagados como parásitos cultivados sobre ratas, moscas y otros animales para su debida difusión en campo enemigo.

Los aviones y proyectiles especiales pueden transportar al lugar deseado esos elementos de contaminación dañina para su difusión en extensas y alejadas tierras, en las aguas o en el aire.

Estudios de guerra química y biológica se realizan con carácter ultrasecreto en los diferentes países, particularmente Alemania, Inglaterra, Japón. Estados Unidos y Rusia han llegado a conclusiones de suma importancia, en métodos y resultados, en diversas ocasiones y épocas. Ninguna dificultad técnica ofrece la obtención y almacenamiento de gérmenes patógenos o toxinas purificadas; de extraordinario peligro por su virulencia.

La eficacia bélica de estos elementos se halla condicionada a muy diversas circunstancias; se considera, no obstante, que la

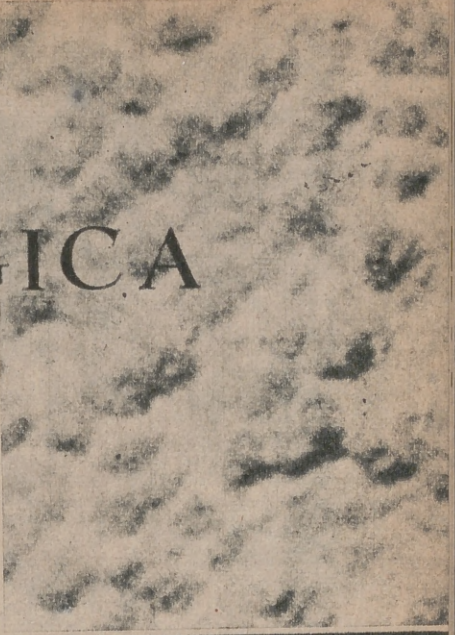
defensa del hombre, basada en el empleo de novísimos antibióticos, es prácticamente débil; y la dificultad aparece cuando se trata de preservar los animales no domésticos y resulta particularmente imposible la defensa de la vegetación alimenticia.

EL INSTITUTO DE MICROBIOLOGIA BELICA DE MOSCU


Se sabe que Rusia mantiene intensa investigación sobre las posibilidades de la guerra química y biológica en su gran Instituto de Microbiología Bélica a cargo de sabios tan eminentes como Riskow, de la Academia de Ciencias de Moscú. Pero se reconoce que los americanos ofrecen superioridad de conocimientos sobre los medios de agresión biológica y sus preventivos, que son estudiados en Camp Dietrich, en ciudad aislada, construida al efecto, en el departamento de Maryland; la noticia de que Rusia dispone de gases especiales capaces de ser difundidos sobre extensísimas zonas, paralizando el sistema nervioso del hombre y los animales, ha sido considerada eficazmente por los investigadores norteamericanos para determinar las adecuadas defensas.

La guerra bacteriológica ofrece la característica de que una vez desencadenada resulta muy difícil evitar o suspender sus efectos y aun localizarlos a lugar muy determinado; salvo esta circunstancia es de aplicación cómoda para el agresor, al no requerir grandes instalaciones industriales es particularmente útil para los países débiles, que han de protegerse del ataque de ejércitos poderosos.

La llamada toxina botulínica es un poderoso agente gastrointestinal. Para dosis mínima, en veinticuatro horas, produce efectos mortales para la Humanidad. Puede aplicarse descargándola sobre los depósitos de agua potable o en los ríos para contaminarlos, o difundiéndola en la atmósfera, manteniéndola en flotación mediante nieblas artificiales (aerosoles) para ingestión por vía respiratoria; se han imaginado otros medios, ingeniosos y variados, para realizar la propagación de virus de la fiebre amarilla y para desencadenar epidemias exóticas, desconocidas en el país atacado, y también métodos para la difusión de determinadas plagas agrícolas.

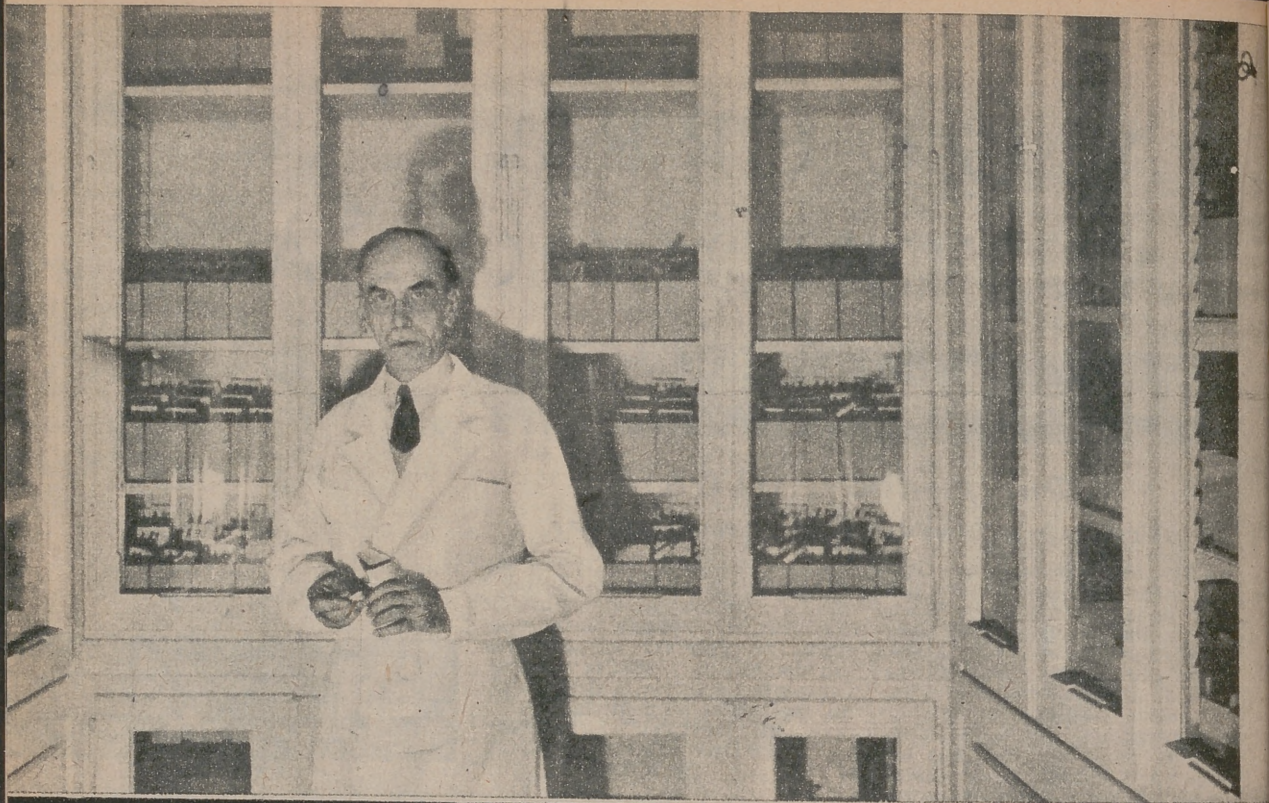


Las fotografías muestran tres campos de «virus» infecciosos vistos al microscopio electrónico con aumentos superiores a los 20.000 aumentos

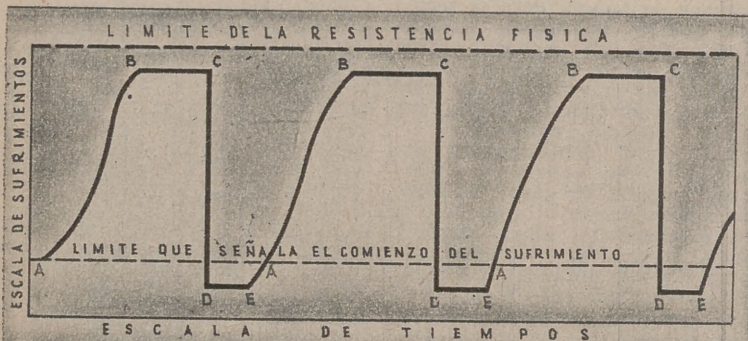


El estudio de los «virus» es esencial en los laboratorios que preparan o previenen los métodos de guerra bacteriológica





En Lausanne (Suiza), y a cargo del profesor Hauduroy, existe un gran archivo microbiológico. En una pequeña habitación especialmente acondicionada se contienen miles de especies microbianas, algunas de ellas de rareza extraordinaria. Repartidos en más de veinte países existen cerca de un centenar de laboratorios especializados en esta clase de estudios sobre «virus» y bacterias. La guerra bacteriológica se basa en el conocimiento de estos agentes difusores de enfermedades



La técnica soviética del sufrimiento y de la degradación para obtener «confesiones». El paciente es sometido a un gradual aumento del sufrimiento hasta el límite máximo que es capaz de resistir, y antes de que se quebrante la resistencia física humana y sobrevenga la muerte; desde A hasta B se incrementa el estado de tortura, hasta el límite en el que se mantiene al paciente los tiempos que corresponden al espacio BC; inmediatamente se pasa al paciente al estado tranquilo y satisfactorio DE, y así sucesivamente, hasta conseguir la degradación moral y física que permita las «confesiones conscientes y voluntarias».

El general Wait, en su calidad de jefe del Servicio Americano de la Guerra Química, ha declarado las grandes posibilidades de esta nueva técnica bélica, que ha descubierto tipos de toxinas extraordinariamente mortíferas, que con sólo treinta gramos de las mismas pueden ocasionar en plazo brevísimo la muerte de millones de seres humanos.

«PROYECTILES VENENOSOS»

La profilaxis que puede indicarse para estos supuestos es de difícil aplicación. La dificultad afecta igualmente a la localización de la acción de los gérmenes, que aunque sean lanzados

a gran distancia, con «proyectiles venenosos» no hay garantía de que no alcancen los gérmenes difundidos a la propia zona ocupada por el agresor.

En general, todos los países pueden preparar el desencadenamiento más o menos amplio de una guerra de este tipo; el día que la agresión pueda localizarse y las investigaciones permitan defensa eficaz del agresor, tendrá, sin duda, seguro empleo; hasta ahora los métodos bactericidas y de agentes contrarios no han llegado a tal grado de aplicación que inmunice al atacante.

En todos los conflictos modernos han existido acusaciones recíprocas sobre el empleo de estos

elementos agresivos; ello mismo indica lo fácil que resulta para todos su empleo, y, a la vez, el temor de todos los beligerantes a su uso. Consta que el mismo Hitler mostró profunda vacilación respecto a la procedencia de emplear estos métodos de guerra, conteniendo finalmente sus ímpetus por el temor de recibir ataques de igual naturaleza.

Los comunistas han acusado, hace unos meses, a los americanos de haber arrojado sobre Corea del Norte gérmenes patógenos e insectos envenenados de fácil propagación; la acusación tomaba origen en campaña mantenida al efecto durante todo el año de 1952.

Científicos notables como Joliot-Curie, Orsel, Prenant, acompañados del deán rojo de Canterbury, todos fieles servidores de la táctica comunista, secundaron aquellas graves afirmaciones. El propio general Ridgway, bajo voluntario juramento, mantuvo su enérgica negativa; también el delegado americano en la llamada Comisión de Desarme, M. Coen, después de rechazar la acusación del ruso Malik, llegó a proponer que la propia Cruz Roja Internacional practicara la correspondiente investigación en territorio norcoreano, sin perjuicio de que se acordara la ratificación del protocolo de Ginebra de 1927 prohibitivo del empleo del arma bacteriológica.

Los rusos, según táctica conocida, acusaban a la vez que imposibilitaban toda imparcial investigación. Al mismo tiempo, operando sobre un centenar de aviadores capturados, bajo tortura, sólo 16 sucumbieron para prestar falso testimonio público de haber sido actores de la guerra bacteriológica al servicio de las Naciones Unidas.

Con motivo del canje última-

mente realizado de prisioneros, se ha adquirido pleno conocimiento de los métodos soviéticos aplicados para arrancar aquellas falsas confesiones, en las que apoyar la perversa propaganda comunista.

EL CASO TRAGICO DEL CORONEL SCHWABLE

El Pentágono acaba de examinar el caso trágico del coronel Schwable, que habiendo participado en la propaganda de Radio Pekín, sobre la guerra bacteriológica atribuida por los Estados Unidos, se retractó de sus propias manifestaciones al ser liberado en septiembre último. Se reconoce el bárbaro sistema de torturas mentales y psíquicas que por los chinos le fueron aplicados al mencionado coronel desde que fué capturado, al ser abatido su avión, en 8 de julio de 1952, aseguran sus compañeros de cautiverio que la transformación operada sobre el coronel Schwable era tal que estaba como loco y reducido a la condición de una bestia por la degradación moral a que había sido sometido. La preocupación del Pentágono era precisar hasta qué punto podría atribuirse culpa por la colaboración prestada bajo un tal estado moral y mental.

Los fenómenos psíquicos denominados «reflejos» son bien conocidos de la técnica soviética a partir de las investigaciones del ruso Pavlov, que son los que basan el tratamiento vejatorio utilizado por los soviéticos para obtener esa clase de «voluntarias confesiones». De modo vulgar y en términos periodísticos basta indicar que a tales extremos se llega después de someter al paciente a largos procesos de extrema fatiga, en tal magnitud que decididamente se apetece la muerte, que cuidadosamente se evita; el sujeto se mantiene en estado de gradación científica del sufrimiento y de la fatiga, tan próximos a la misma muerte, que el sujeto acepta entonces y no dejará de someterse después a las deseadas confesiones en los mismos términos que le son impuestas.

La tortura se hace peor que la muerte misma; el sujeto desea morir como término de redención. Pero se le mantiene, entre los límites de la vida y la muerte, días y semanas para destruir las facultades anímicas, convirtiendo al ser humano en instrumento inconsciente de los instintos más bajos y abyectos.

Esta ferocidad comunista, puesta de manifiesto y acreditada incuestionable, con el martirio o exterminio de más de 30.000 prisioneros de guerra capturados en la lucha de Corea, señala el método de tortura moral y física seguido especialmente con los aviadores norteamericanos. La gran Prensa, hace varias semanas, planteó el problema de las «confesiones» obtenidas y que basaron la falsa e intensa propaganda de Moscú y Pekín del empleo de los americanos del arma bacteriológica, con ánimo de provocar un sentimiento mundial antiamericano.

DE LAS PIEDRAS, PAN

EFICACIA Y HUMILDAD

PARECERA contrario a todo instinto periodístico el escribir en un semanario de información y reportaje algunas notas sobre la humildad. Se puede hablar en un artículo de la ambición, la actividad, la eficiencia y el espíritu organizador, porque la ambición, la actividad, la eficiencia y espíritu organizador son preocupaciones unánimes, compartidas, símbolo de nuestra sociedad. Pero la vieja virtud de la humildad parece un tema de pequeña revista parroquial, una inquietud de reducidos núcleos confesionales, una palabra que únicamente se oye en los sermones y en las conferencias de tipo religioso. Al hombre de hoy no parece interesarle para nada la humildad. Es mucho más brillante y sugestiva para nosotros la idea de amor propio. Y la humildad parece oponerse al amor propio. En último extremo, muchos hombres de hoy aceptan la desesperación, se aferran a su amor propio y prefieren gustar el extraño placer, la voluntaria tortura de saberse perdidos y derrotados.

Empero, sobre la manera de ser de nuestra época, sobre nuestro estilo vital debemos poner, como periodistas católicos, lo que constituye el ideal y la aspiración de una sociedad más perfecta y más feliz. Hoy vemos muchos hombres entristecidos, angustiados, desesperados. El médico y el abogado saben, sabemos—todos somos abogados en España—, de esas posturas a través de la actividad profesional. El enfermo, el aparentemente vencido por la vida, el negociante infortunado, pasan momentos de una tortura excesiva y voluptuosa. El orgullo contrariado hace surgir esos dramas, representativos de nuestra época, que únicamente puede conocer en toda su dimensión quien ha tenido ocasión de vivirlos. Sólo la vieja y antiliteraria virtud de la humildad puede dar a los hombres agobiados o aplastados por el peso del infortunio la dimensión exacta y real de ese supuesto daño. La humildad contiene en sí misma la respuesta a todos los grandes problemas que nos afectan en lo más inmediato y en lo más personal. En la humildad hay también la fuerza suficiente para

renovarnos, para renacer de nuevo a la auténtica grandeza de la propia dignidad. Recientemente leíamos en Thomas Merton, el certero escritor cartujo norteamericano, unas frases llenas de sentido sobre la necesidad y urgencia que tenemos los hombres actuales de ser humildes. «Sin humildad—decía—nos hacemos incapaces de gozo; sólo la humildad puede destruir la concentración en sí mismo, que hace imposible el gozo. Si no hubiese humildad en el mundo—proseguía—, hace tiempo que todos nos hubiésemos suicidado.»

No creemos que la humildad resida en ese montón de excusas y protestas con que habitualmente se reciben los elogios de los demás. Esas excusas pueden ser una simple actitud externa. Son muchas veces una habilidad para defendernos de la posible acusación de orgullo. Tampoco podemos aceptar que exista humildad en el extremo opuesto, o sea en absorber, devorar o papar elogios tranquilamente y sin pudor. Pensamos que la humildad es algo mucho más profundo. Produce como consecuencia la continuidad y permanencia de cada uno en sí mismo, nos «ajeniza» a todos los azares externos.

En este sentido, y como escribimos para los hombres de ahora, nosotros queremos ver en la humildad un sagaz egoísmo. Si se quiere, una fuerza extraordinaria. La máxima fuerza no reside en la ambición, sino en el espíritu humilde. El hombre que posee ese espíritu no teme al fracaso. No teme a nada. La perfecta humildad nos impulsa a realizar las cosas que en conciencia entendemos que debemos y estamos capacitados para realizar, al margen de las consecuencias humanas que un fracaso pudiera suponer para nuestro amor propio. En una época en que se habla tanto de la acción, de la productividad, de la ambición, de la prosperidad, es curioso que no se haya pensado en todo lo que una auténtica humildad puede representar para la felicidad humana y para el mismo éxito de las empresas que realizan los hombres.

Claudio COLOMER MARQUES

SIETE POEMAS DE GOETHE

en el número 26 de

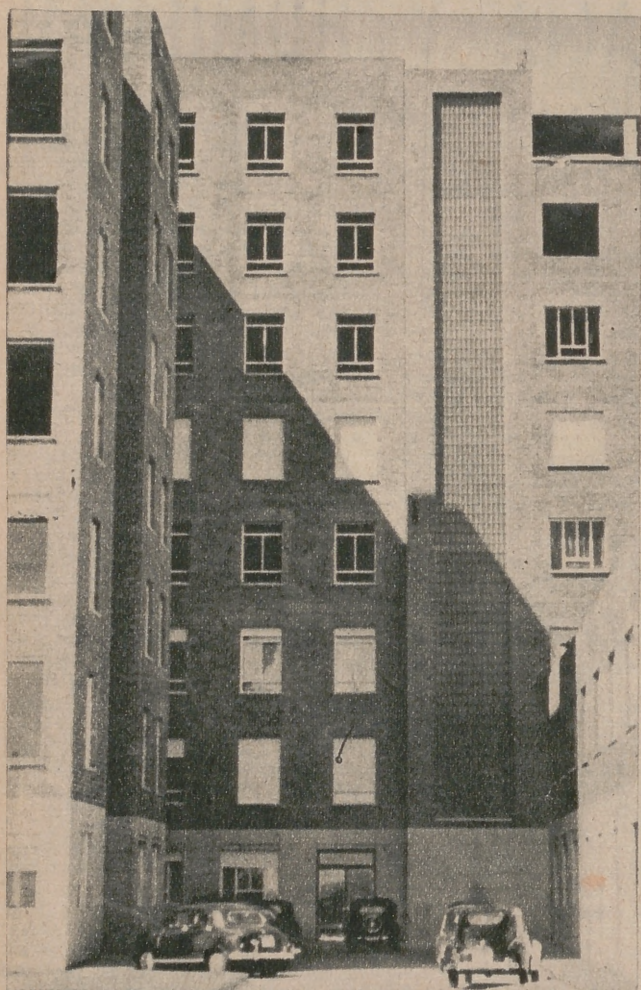
POESIA ESPAÑOLA

(Notas y versiones de Fernando Allué y Morer)

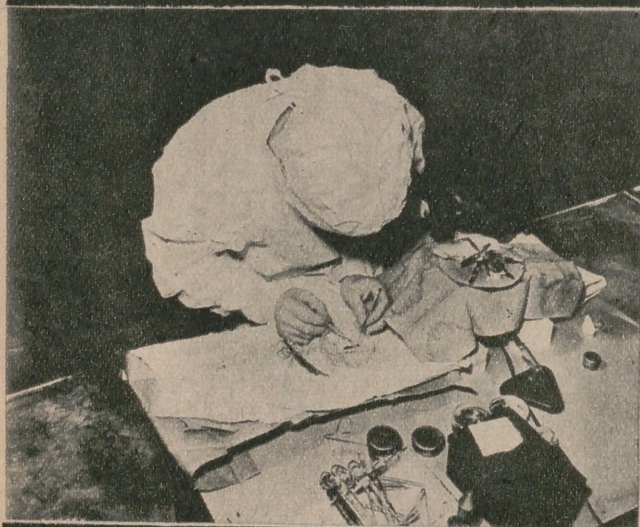
Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Administración, Pinar, 5.—MADRID

¿A QUE SE DEBE EL AUMENTO



Fachada y puerta principal del Instituto Nacional del Cáncer, instalado en los terrenos de la Ciudad Universitaria de Madrid



La campaña de propaganda sobre la lucha contra el cáncer, según los especialistas, ha de estar orientada principalmente hacia los médicos y estudiantes de Medicina. Esta fotografía recoge el trabajo de control de un investigador del cáncer

LOS ESPECIALISTAS DE ACUERDO EN CUANTO A

UNA ENCUESTA DEL INSTITUTO NACIONAL DEL CÁNCER PUBLICADA ENTRE CANCERÓLOGOS

EN materia científica, el hecho de que una opinión esté más o menos difundida no altera su valor. Sólo la comprobación empírica de su contenido puede reforzarla o invalidarla. Si el uso del tabaco aumenta o no la probabilidad de adquirir el cáncer, lo dirán los resultados de los experimentos que los médicos están realizando.

Esta encuesta se ha realizado entre expertos. Sus opiniones no son, pues, gratuitas. Se apoyan en hechos observados por ellos. Todas, aun las sustentadas por uno solo, tienen algún valor y merecen ser consideradas. Es posible que alguno haya deducido conclusiones imperfectas, pero el resultado no se altera por ello.

Hemos intentado una sistematización de todas las opiniones emitidas sin ponderar las coincidencias, esto es, considerándolas igualmente valiosas. En general, nunca son contradictorias. La aparente discrepancia se debe a que han visto el problema desde distintos ángulos o alguno ha aportado nuevos hechos.

Alguno de los cancerólogos consultados anuncia que se están realizando experimentos formales sobre algunas de las cuestiones objeto de esta encuesta (influencia del tabaco, de la herencia, del medio geográfico, del ambiente...). Mientras sus resultados no sean conocidos esta exposición puede servir como un avance de la situación actual.

I.—¿A qué cree usted que se debe el aumento progresivo del cáncer?

Mayor longevidad	60 %
Mejor diagnóstico	44 »
Aumento de toxas cancerígenas ...	2 »
Causas extrínsecas	22 »
No saben o no opinan	11 »

(Los por cientos exceden de 100 debido a las respuestas dadas en puestas dobles.)

A) *Aumento relativo.*—1) En primer lugar, es mayor el número de enfermos, porque ha aumentado la población. La mayoría lo atribuyen al aumento de la duración media de la vida y a la consiguiente supervivencia de más personas (en edad de cáncer). La causa de este fenómeno es la menor morbilidad de otras enfermedades, especialmente las infecciosas y la mortalidad infantil. Hay que advertir que desde el punto de vista de un individuo concreto:

a) El aumento relativo del cáncer no disminuye, en general, su probabilidad de sobrevivir. Habrá más cancerosos entre los que se libren o se curen de otras enfermedades.

b) La probabilidad de enfermar de cáncer aumenta directamente con su longevidad. Antes estaba libre de este peligro, porque estaba libre del peligro de llegar a viejo.

c) El que se diagnostiquen más casos no quiere decir que haya más enfermos. Como causas del aumento de diagnósticos señalan: el progreso de los medios de exploración y en el conocimiento de los síntomas, el aumento del nivel económico, que permite a más enfermos acudir al médico, y el incremento cultural, que hace perder recelos frente al reconocimiento médico.

B) *Aumento real.*—Los cancerólogos no parecen estar de acuerdo en cuanto a sus causas ni aun en cuanto a su realidad. Señalan como causas:

¿PROGRESIVO DEL CÁNCER?

¿PARECEN ESTAR CÓMO A SUS CAUSAS

EXAMEN DE LA OPINIÓN DE LOS MÉDICOS ESPAÑOLES

En su opinión, ¿cuál de estos factores es en primer término productor del cáncer: geofísico, dietético y profesional?

En su opinión, ¿cuál de estos factores es en primer término productor del cáncer: geofísico, dietético y profesional?

En su opinión, ¿cuál de estos factores es en primer término productor del cáncer: geofísico, dietético y profesional?

En su opinión, ¿cuál de estos factores es en primer término productor del cáncer: geofísico, dietético y profesional?

En su opinión, ¿cuál de estos factores es en primer término productor del cáncer: geofísico, dietético y profesional?

Profesional	52 %
Geofísico	19 »
Dietético	17 »
Institucional	15 »
Contestan	17 »

Factor decisivo es el constitucional. Muchos médicos lo afirman, a pesar de que esta respuesta quedaba excluida por los términos de la pregunta (se refería a la importancia relativa de los factores profesional, geofísico y dietético). El cáncer se produce en organismos tarados (con predisposición, tal vez, hereditaria) para recibir esta influencia. Es un proceso reactivo anómalo frente a estímulos externos. Pero su aparición no está determinada por el estímulo externo, sino que éste sólo ocasiona para que se manifieste una tendencia interna.

cuanto a la importancia de los distintos estímulos tenemos:

Factor profesional.—Es el más importante o conocido. Especialmente se ha observado en algunas profesiones (cocineros, barmans, bodegones, deshollinadores, sucios...). En general, en este capítulo todas las causas extrínsecas que se señalaban en la pregunta anterior.

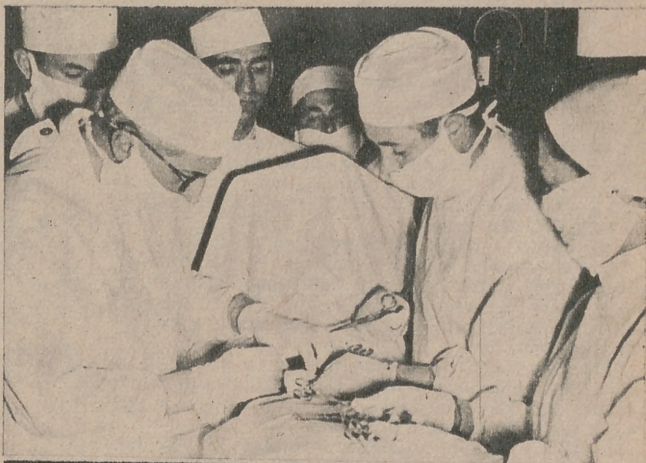
estímulos relacionados con la vida profesional aparecen, en especial, ciertos tipos de cáncer:

Factor geofísico.—El cáncer es más frecuente en algunas regiones: norte de la meseta castellana.

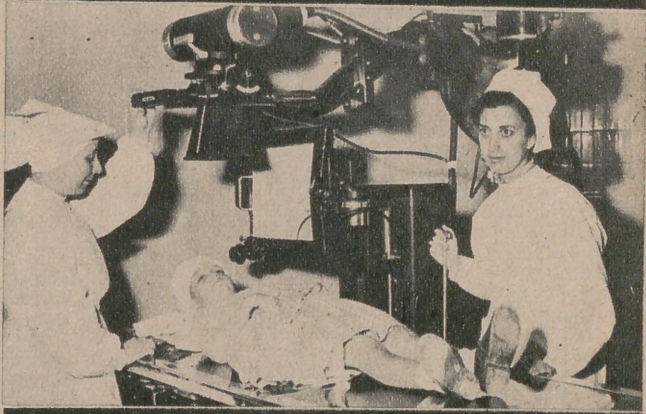
cuanto a estímulos relacionados con el medio geofísico, parece ser que influyen los minerales (uranio...). Entre los relacionados con el geofísico, los rayos ultravioleta de la luz solar causan el cáncer de piel.

Factor dietético.—Parece más importante en ciertos tipos de cáncer: estómago, hígado... En general, la dieta carental disminuye la incidencia del cáncer y otras dietas favorecen su desarrollo.

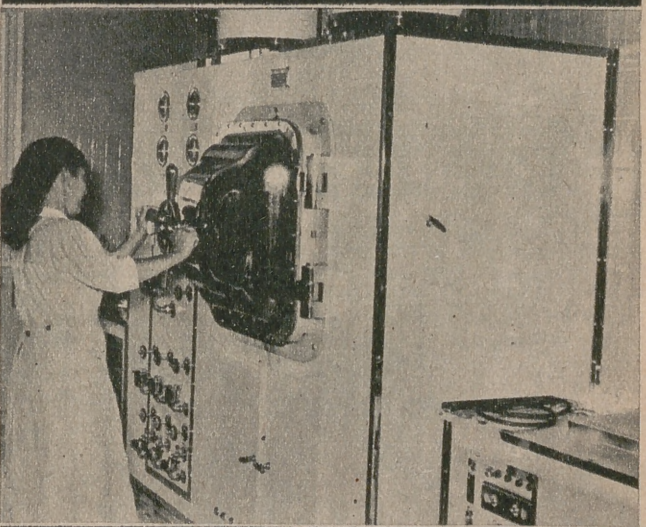
Para determinar la influencia de un factor hay que seguir los caminos: método estadístico, comparación del número relativo de enfermos cuando aparece y cuando no aparece una condición, y el método causal, que consiste en el estudio de la influencia de ciertos agentes cancerígenos que aparecen bajo esas condiciones. En la práctica, naturalmente, ambos métodos se complementan: comprobada empíricamente la existencia de un efecto se va a la investigación de sus causas.



La preparación de nuestros cancerólogos se ha puesto de manifiesto en los congresos internacionales. Una escena en el quirófano del Instituto durante una intervención quirúrgica



Las clínicas de la lucha contra el cáncer están dotadas de modernos aparatos, atendidos por personal especializado



Nos muestra la fotografía la sala de desinfección de una clínica del Instituto Nacional del Cáncer, equipada con máquinas de último modelo, que revela en su montaje la magnífica dotación de este establecimiento

III.—¿Y cuál de estas sustancias: tabaco, humo, grasas supercalentadas, comidas y bebidas demasiado calientes?

Tabaco	54 %
Humo	35 »
Comidas calientes	21 »
Grasas supercalentadas	17 »
Otras sustancias	8 »

Pueden dar lugar a localizaciones cancerosas algunos agentes (sustancias, radiaciones...) cuando en el organismo falla el mecanismo equilibrador del crecimiento armónico de las células en órganos y tejidos, sistema reticuloendotelial, complejo hormonal... Entre estos agentes señalan, rayos infrarrojos y ultravioleta, radioactividad, calor, arsénico volatilizado, hidrocarburos, traumatismos, quemaduras, cicatrices...

En cuanto a algunos agentes especiales:

1) *Tabaco*.—La mayoría cree en su peligrosidad. Los agentes carcinogénicos del tabaco son el humo y quizá el arsénico volatilizado, absorbido por la planta en algunas regiones, que actúa como cocarcinogénico.

Entre las clases de tabacos creen, en general, que es más perjudicial el rubio que el moreno, el cigarrillo que la pipa. Estas conclusiones están apoyadas por estadísticas danesas.

El tabaco puede ocasionar cánceres en la lengua, labio, laringe, pulmón. La pipa influye en el cáncer de labio principalmente, pero se duda si es efecto del tabaco o del traumatismo continuado.

Entre las mujeres fumadoras es raro el cáncer en las vías respiratorias ocasionado por el tabaco. Podría ser que el organismo femenino no esté constitucionalmente predispuesto (distinto complejo hormonal...) para reaccionar anómalamente al estímulo del tabaco.

2) *Humo*.—Señalan en este capítulo, como causa general, la atmósfera de las urbes industriales; como causas especiales, gases y sustancias volatilizadas procedentes de la combustión de hidrocarburos (especialmente de antracenos cíclicos): alquitrán, aceites pesados, carbón de piedra.

Estos agentes influyen en los cánceres de piel y vías respiratorias.

3) *Calor y sustancias calientes*.—Influye la ingestión de sustancias calientes (comidas, aceites vegetales y minerales, humo del carbón de piedra...) en cánceres de esófago y estómago.

El calor ocasiona un cáncer localizado en el vientre, donde tienen una especie de braseros, en ciertos pueblos asiáticos.

4) *Otras sustancias*.—Alimentación por productos químicos, que altera el equilibrio celular (falta de vitaminas...). Radiaciones. Algunos señalan el alcohol.

IV.—El cáncer, ¿es hereditario?

Sí	12 %
Se hereda predisposición	35 »
Se hereda o cáncer, o predisposición.	6 »
No	40 »
No opinan	7 »

Es un hecho la carga familiar del cáncer. En algunas zonas españolas la predisposición es tan grande que supera a todos los refinamientos y estímulos de la vida moderna. La explicación de este hecho es:

1) La mayoría cree que se hereda cierta predisposición somática al cáncer de carácter genotípico. Por ejemplo, la piel fina y blanca con tendencia a las pecas es más sensible a la acción carcinógena de los rayos solares.

Algunos creen que la predisposición es fenotípica: se heredan hábitos y costumbres que pueden facilitar el desarrollo interno del cáncer o la acción de agentes externos.

2) Algunos dudan entre explicar la carga familiar por la herencia de predisposición o por la herencia de la afección.

3) Otros creen en el carácter hereditario del cáncer. Generalmente esta creencia viene asociada a la opinión de que está ocasionado por virus.

V.—¿Y contagioso?

No	80 %
Sí	10 »
Sí, bajo ciertas condiciones	8 »
No contestan	2 »

Bajo el nombre de cáncer se agrupa una serie de afecciones con algunos caracteres análogos, quizá distintas en su etiología y en su terapéutica. Hay que tener en cuenta este hecho para interpretar las respuestas:

1) La mayoría no cree que el cáncer sea contagioso, en términos generales.

2) Otros lo admiten bajo algunas condiciones:

a) Hay quien se limita a formular la hipótesis de que sería contagioso de estar producido por virus.

b) No es contagioso en el hombre, pero sí inoculado a ratones en el laboratorio.

c) Algunas afecciones neoplásicas, producidas quizá por un virus, adoptan formas locales de contagio en papilomas, laringe...

VI.—¿A la vuelta de cuántos años cree usted que se habrá dominado esta enfermedad?

Menos de veinticinco	12
De veinticinco a cien	16
Más de cien	2
Señalan un plazo	30 %
Imposible de contestar	40
Seguramente pronto	14
Probablemente nunca	4
No señalan plazo determinado... ..	58 »
No contestan	12 »

El desconocimiento de su etiología y la probable comprensión bajo la palabra cáncer de varias enfermedades hacen muy difícil contestar a esta pregunta y dilatan la solución del problema:

1) La mayoría la creen incontestable. No hay cáncer, sino cánceres, y dominarlos todos llevará un tiempo considerable, si se logra alguna vez. Por lo demás, no ven una orientación terapéutica que ofrezca la posibilidad de resultados contundentes.

2) Entre los que señalan un plazo hay tal dispersión de opiniones que más bien parecen traducir las esperanzas de los cancerólogos (y algunos así lo dicen), siendo la dispersión función de su mayor o menor optimismo. Las respuestas señalando plazo son, en general, hipotéticas: «Quizá dentro de diez años»...

3) Algunos se muestran vagamente optimistas. Estas son las razones de su optimismo:

a) Seriedad de las investigaciones. Éxito de la Medicina en otros sectores.

b) Progreso que supone la aplicación de la energía atómica y de los antibióticos.

c) Perfeccionamiento del diagnóstico precoz, que hará posible atajar la enfermedad.

4) Otros son más bien pesimistas. He aquí sus razones:

a) El cáncer obedece a factores endógenos poco influibles. ¿Cómo atacar a una enfermedad que se origina por el crecimiento de la propia sustancia?

b) Pero cabe la esperanza de la curación sintomática y el aumento del número relativo de enfermos curados.

VII.—¿Qué es más decisivo en la lucha contra el cáncer: llegar a una exacta determinación de la causa o perfeccionar la terapéutica sobre las experiencias sabidas?

Investigación de la causa	41 %
Perfeccionamiento de la terapéutica.	15 »
Ambas son igualmente importantes.	25 »
Ambas son importantes, pero más la causa	13 »
No contestan	2 »
Lo importante es el diagnóstico precoz	4 »



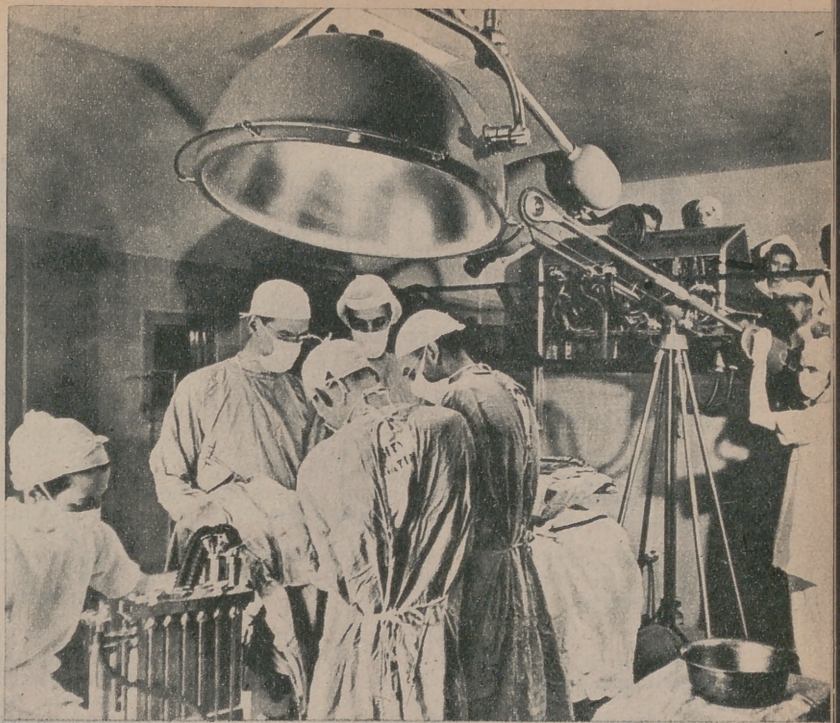
Enfermeras en la cámara de preparación de dosis

1) Para lograr el perfeccionamiento de la terapéutica es preciso un previo conocimiento de la etiología del cáncer. La investigación causal es anterior. Sin embargo, esto no parece, sin más, posible con los medios actuales. Por otra parte, la pluralidad de causas determina una pluralidad de efectos (cánceres).

2) En vista de la marcha lenta de la investigación causal, lo más efectivo es, hoy por hoy, dedicar los esfuerzos a perfeccionar la terapéutica, especialmente.

- a) Técnicas quirúrgicas.
 - b) Tratamientos físicos.
 - c) Un problema terapéutico importante es hallar el medio de no destruir las células sanas a la vez que las enfermas, como ocurre en muchos de los tratamientos realizados hasta ahora.
- 3) Sin embargo, para una lucha decisiva contra el cáncer el tratamiento empírico y sintomático ha de ser sustituido por un tratamiento causal.

El estudio de las causas es también importante si se piensan establecer medidas profilácticas para dejarlas inactivas.



Televisando una operación de cáncer en el hospital de la Universidad de Pensilvania, de los Estados Unidos

VIII.—La energía atómica, ¿será el instrumento más eficaz para su diagnóstico y tratamiento?

Para ambos	17 %
Sólo para el tratamiento	19 »
Sólo para el diagnóstico	6 »
No	17 »
No se puede contestar aún	15 »
Es un instrumento más junto a los otros	13 »
No contestan	13 »

1) No.—Entre los que no creen que la energía atómica vaya a ser decisiva hay distintos matices:

- a) Los que afirman, sin más, que no.
- b) Los que creen que es aún pronto para poder contestar. Las investigaciones se realizan en silencio en los laboratorios y muchos cancerólogos no tienen suficiente base empírica para contestar con seguridad. A este respecto será necesario:

a') Completar estas investigaciones con la del íntimo mecanismo del metabolismo fermentativo y celular, para conocer los efectos de la radioactividad sobre el organismo.

b') Hoy por hoy, son más radiosensibles los tejidos críticos (sangre...). Ello exige prudencia en su aplicación.

c) Finalmente hay quienes creen que tendrá importancia, pero no decisiva. Será un elemento más junto a los rayos X, radio, técnicas quirúrgicas para el tratamiento e histológicas para el diagnóstico...

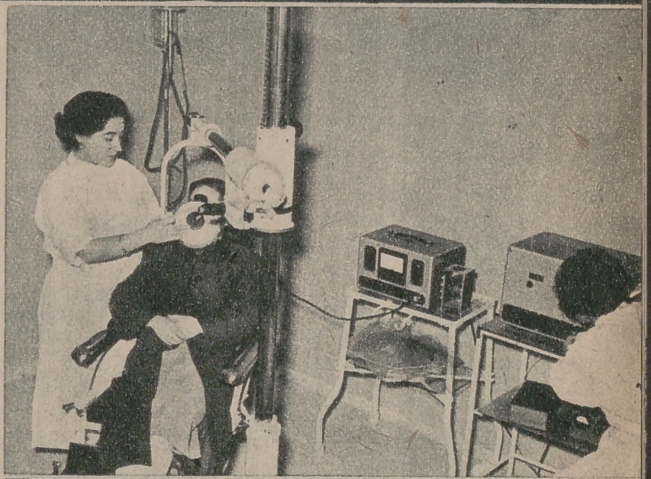
Hay incluso quien cree que, aunque hoy es importante, su importancia disminuirá cuando progresa la investigación de las causas del cáncer.

2) Si.—También aquí las opiniones forman casi un continuo de intensidad:

- a) Hoy sólo se utiliza como medio diagnóstico en afecciones del tiroides o en procesos situados superficialmente o accesibles desde el exterior. Su acción terapéutica también está circunscrita a afecciones muy localizadas. Esta respuesta es complementaria de la b') y supone una esperanza en que se alivien aquellas dificultades.
- b) Opinión contraria a la c). Hoy se utiliza empíricamente y un poco a ciegas; cuando se conozcan las relaciones entre la electrónica y la biología su importancia será decisiva.
- c) Sí, será decisiva.

IX.—¿Cuáles de estos medios utiliza usted preferentemente para el diagnóstico del cáncer? (Técnicas químicas, roentgenográficas, biológicas, isótopos radiactivos.)

Técnicas roentgenográficas	66 %
Técnicas biológicas	53 »
Técnicas químicas	13 »
Isótopos radioactivos	7 »
Exploración clínica	13 »
Técnicas físicas	2 »



Cada día cobra mayor interés la lucha contra el cáncer que todos los países vienen desarrollando. La propaganda es el medio más eficaz para crear una conciencia nacional contra la terrible enfermedad

El procedimiento diagnóstico del cáncer depende de la localización de la neoplasia. En cada caso se emplea una técnica. Por otra parte, en un mismo caso se pueden utilizar distintas técnicas. Estos resultados dan una idea de las técnicas que se emplean, en general, en todos los casos.

Conviene advertir que esta pregunta se refiere a una situación de hecho. El empleo de una de estas técnicas no implica un reconocimiento de que es la mejor, sino todo lo más que es óptima dentro de los medios de que se dispone. Muchos aclaran que no emplean los isótopos radioactivos por no disponer de instalaciones.

1) Es un síntoma del alto grado de standardización de la Medicina el reducido número de médicos que ponen énfasis en la exploración clínica. No obstante, para algunos sigue siendo fundamental.

2) Las técnicas físicas (electroforéticas, polarográficas, interferométricas...) no dan la fase precoz e inicial del cáncer.

3) Los isótopos radioactivos se emplean poco, como dijimos, por falta de instalaciones.

4) Técnicas biológicas.—Se emplean la biopsia, la microbiopsia, frotis clásico y endoscópico, citología vaginal bajo control colposcópico... Las técnicas biológicas, incluso el uso de fermentos con aislamiento de los mismos en la orina, denuncian claramente el comienzo del tumor.

Algunos de los que utilizan otros medios diag-

nósticos aseguran su confirmación por un histopatólogo.

5) *Técnicas roentgenográficas.*—Son el medio más utilizado. Para muchos son indispensables. A veces proporcionan imágenes tardías de la evolución tumoral. Hace falta emplear la roentgenografía para descubrir tumores internos en fase de operabilidad.

X.—¿Cree usted que la foniatria disminuye el malestar de las personas operadas de laringe?

Sí 60 %
No tengo experiencia 40 »

La cuestión no ofrece duda. Los que tienen experiencia de ella certifican sus efectos favorables. Cualquier facilidad para hablar mejor acelera el restablecimiento psicológico del laringectomizado.

XI.—En los casos en que usted ha intervenido, ¿ha observado, en general, resignación en los pacientes?

Sí 64 %
No tengo experiencia clínica 15 »
No conocen su enfermedad 13 »
No 4 »
Depende del temperamento 4 »

- 1) Algunos creen que el cáncer no modifica la psicología. Que el enfermo esté resignado o no depende de su temperamento, cultura, educación...
- 2) Sin embargo, la mayoría se muestra resignada e incluso eufórica. Esperanza iluminada en todo posible remedio que se rompe si el pretendido remedio no lo es.

XII.—¿Estima usted importante la aportación española en la lucha universal contra el cáncer?

Muy importante 22 %
Suficiente a sus posibilidades 41 »
Insignificante 33 »
No contestan 4 »

Para descubrir el sentido de estas respuestas hay que tener en cuenta la casi total privación de medios de investigación en que viven nuestros especialistas. El coste elevadísimo que supone el montaje de un gran laboratorio no lo pone, ni mucho menos, al alcance de una fortuna privada.

- 1) Pese a ello, en los congresos internacionales se ha puesto de manifiesto la preparación de nuestros cancerólogos.
- 2) Todas las respuestas se podrían condensar quizá en una media de este tipo: «Se ha hecho muy poco; pero, dado los medios de que disponemos, hemos hecho mucho.»

XIII.—¿En qué sentido ha de orientarse la aportación del Estado en la lucha contra el cáncer?

Económica 65 %
Preparación de médicos 18 »
Divulgación 18 »
Diagnóstico precoz (reconocimiento) 7 »
Capacidad y honradez del personal. 7 »

Estas cifras indican muy poco; toda realización tiene un contenido económico... Nos limitaremos a sistematizar todas las respuestas emitidas:

- A) *En el orden nacional.*—1) *Medios materiales.*—a) Creación y dotación de centros coordinados de investigación y terapéutica.

Algunos ponen énfasis en el sostenimiento de los existentes.

a) Creación de un gran Instituto del Cáncer, centro de investigación de gran estilo, y establecimiento central de tratamiento.

b) Poner mucho cuidado en la organización de esfuerzos, dirección unificada, localización de centros...

2) *Medios personales.*—a) Poner personas capaces y honradas al frente de las instituciones.

b) Estimular los conocimientos de cancerología entre los médicos de Medicina general, que son los primeros que se enfrentan con los enfermos.

c) Creación de un cuerpo de especialistas perfectamente dotados.

- a) Investigadores; y
- b) Clínicos.

3) *Medidas de policía.*—a) Estimulo del diagnóstico precoz mediante el reconocimiento periódico obligatorio de los mayores de treinta y cinco o cuarenta años.

b) Limitar el uso de sustancias cancerígenas; impedir el cultivo del tabaco en tierras que contienen arsénico...

c) Dar título de cancerólogo. Impedir el diagnóstico y tratamiento del cáncer por los no especialistas. El empleo, sobre todo, de radio, rayos X y energía atómica es muy delicado.

4) *Orientación y propaganda.*—a) Crear una conciencia nacional de lucha contra el cáncer y preparar a la gente para someterse a las restricciones que esta lucha imponga.

b) Divulgar medidas profilácticas.

B) *En el orden internacional.* 1) Enviar especialistas a prepararse a los mejores centros de cancerología extranjeros.

2) Coordinar esfuerzos con los de otros países. Intercambio de técnicos. Muchos medios de investigación (energía atómica...) están vedados a nuestro país.

XIV. ¿Considera conveniente una campaña popular de propaganda?

Sí 82 %
No 12 »
No contestan 6 »

1) Los que son partidarios de esta campaña modulan así su opinión:

a) Algunos creen que, en principio al menos, debe orientarse hacia los médicos y estudiantes de Medicina. Sólo después, al público.

b) Lo fundamental es fomentar el reconocimiento periódico obligatorio que facilite el diagnóstico precoz.

c) La opinión se divide aquí. Los más creen que no hay que excederse en la divulgación de síntomas para no alarmar al público y crear un estado de neurosis colectiva y una falsa opinión de autosuficiencia. Se debe tender a despertar confianza en la ciencia y en los médicos.

También señalan la conveniencia de enviar a los médicos tarjetas periódicas con síntomas de los distintos cánceres.

Otros no limitan la divulgación de síntomas.

2) Los que no creen en la conveniencia de tal campaña temen la exaltación de ánimos y el alarmismo.

XV.—¿Qué opinión le merece la Asociación Española contra el cáncer?

Excelente 27 %
Buena 20 »
Buena la intención, pero... .. 24 »
Ignoro su existencia 22 »
No contestan 7 »

1) Es grande el número de especialistas que desconocen su existencia. Es chocante, aun teniendo en cuenta su reciente data. Algunos advierten que muy centralista debe de ser cuando no se han enterado de que existe.

2) Las opiniones favorables al futuro de la Asociación aun no se conoce; son opiniones esperanzadas. Esta esperanza se funda en la calidad de los hombres que están al frente y en el éxito de instituciones similares en otros países.

3) Algunos reconocen que es un primer paso interesante, pero que de ahí no pasará. El pesimismo se apoya en la experiencia de fracasos de instituciones similares en nuestro país.

POESIA ESPAÑOLA

publica en su número 26 un interesante trabajo de Carlos Edmundo de Ory titulado

“POESIA Y DEFINICION”

(Extracto de Diario)

HUELVA

EN LA HISTORIA Y EN LA INDUSTRIA

LA "METROPOLI
DE LA GAMBA"

LA RUTA COLOMBINA

CADA PAISAJE ES EXACTAMENTE LO QUE UNO ES CAPAZ DE VER EN EL

VINIENDO del frío de Madrid da gusto encontrarse con que aquí la primavera es ya realmente un hecho.

No hay duda, como anuncian las guías turísticas, de que Huelva es una excelente estación invernal.

Nada más bajarme del tren, inesperadamente trabé conocimiento con un «compañero de armas» local, que al enterarse de que vengo a hacer un reportaje a Huelva abre mucho los ojos y me dice, mientras me conduce a la pensión «La Alegría», que ha de ser mi cuartel general en estos días onubenses:

—¡Pero si esto es «mu» pequeño! ¡Si aquí no hay una que ver!

Al cabo de una semana me va a costar trabajo ordenar mis papeles para meter todo lo que he visto en las pocas páginas que me concede EL ESPAÑOL. Muchos recuerdos quedan, necesariamente, archivados. Para futuras ocasiones.

COSAS DE ONUBA

Lo primero que hago a la mañana siguiente es arrumbar el abrigo en la maleta. Lo segundo, irme a dar una vuelta por la ciudad, para ir entrando en atmósfera.

La antigua Onuba de los romanos, y más tarde Welba, de los árabes—de donde deriva su nombre actual— es una ciudad blanca recogida en torno al puerto que se abre sobre el Odiel. Delante de los muelles hay unos jardines, poblados por el bullicio marítimo de nifios y paseantes. Deambulando por ellos descubro, semioculto en una glorieta, un sencillo monumento de piedra. Tiene el monumento, en su parte alta, una a modo de hornacina, y en ésta, el busto de un hombre de facciones amables. Unas facciones que hablan, al mismo tiempo, de voluntad y de sonrisa. Es el busto de Miguel Siurot. Justamente, el 27 de febrero, según leo en la placa del monumento, se han cumplido catorce años de su muerte.

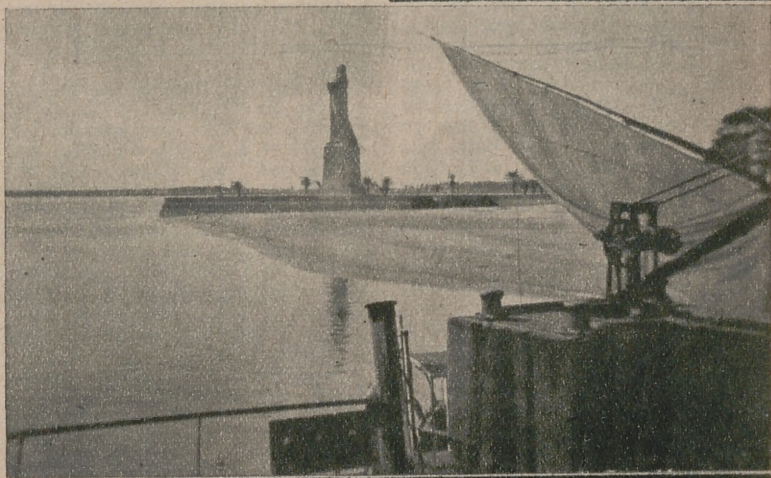
Huelva, y la Huelva infantil sobre todo, tiene que estar agradecida a este hombre. Miguel Siurot, maestro, nacido en Palma del Condado, fué un gran pedagogo. Un pedagogo con sentido humano, que es más importante todavía. Siguiendo las normas pedagógicas del padre Manjón, consiguió que los rapazuélos a su cargo se interesasen de veras por el estudio: con él, las clases eran un espectáculo continuo y siempre varío. En Historia, por ejemplo, cada chico representaba el papel de un personaje.

Pero Siurot no se ocupaba sólo de sus propios alumnos. Fundó un Seminario para maestros y escribió ese famoso «Cada maestro tiene su librito», que todavía anda por ahí en las librerías onubenses. A sus esfuerzos se debe la fundación de las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, para niños pobres, que aun continúan en el mismo edificio donde él logró iniciarlas: el antiguo convento de San Francisco, lindante con el Ayuntamiento de la ciudad.

Humanamente era Siurot un hombre alegre y campechano, que gustaba de alternar con los marineros y con los pescadores, y que por primera vez recogió en un librito, bajo el título de «La sal del Odiel», muchas tradiciones y relatos marineros, que hasta entonces sólo por tradición oral se



Por este mismo camino subió Colón hacia el Monasterio, que se ve al fondo, entre los árboles



Sobre las arenas de Punta del Cebo se alza, como una proa, el monumento a Colón



El pequeño pueblecito de Niebla está lleno de recuerdos históricos. En su interesante iglesia pueden verse superpuestos los vestigios de tres civilizaciones

conservaban. Un gran hombre para Huelva este Miguel Siurot...

De todo ello me va hablando Manuel Zamorano, locutor de Radio Nacional de Huelva, que por pura efusión de su amabilidad se ha convertido en mi guía y cicerone.

—Sí, hombre. ¡Si aquí tenemos las cosas más curiosas! ¿A que tú no has oído hablar nunca de unos santos que se llaman San Cereal y San Jétulo?

No me queda otro remedio que confesar mi ignorancia.

—Pues ahí les tienes, en la iglesia parroquial de Palos. No dejes de verlos cuando pases por allí.

Andando, andando, pasamos por delante de la iglesia de San Pedro, que es uno de los más antiguos templos onubenses, pues data de los tiempos de la Reconquista, aunque ha sufrido ya muchas modificaciones a causa de los terremotos de 1722, 1755 y 1758. Pero todavía conserva algunos bellos arcos de estilo mudéjar.

Casi todos los edificios de la ciudad sufrieron con los terremotos del XVIII. La antigua iglesia de la Concepción, lo mismo que la de la Merced destinada a catedral de Huelva, están totalmente restauradas. Pero, sin embargo, desprenden todas ellas un no sé qué extraño perfume, como si el espíritu de los tiempos en que ésta fué la tierra de la empresa descubridora hubiera querido quedarse afeitado a sus piedras para siempre, por debajo de la cal nueva.

—Y en esta calle... bueno, en lo que fué esta calle—me dice mi amigo Zamorano, señalando un solar con desmontes, en el que desembocamos viniendo de la plaza de las Monjas—aun se dice que están enterrados muchos tesoros de los que trajeron los hombres de Colón a la vuelta del primer viaje. Leyenda o no, no creas que no hay mucha gente que no piensa en hacer sus excavaciones antes de construir...

Pensábamos acercarnos hasta el santuario de la Cinta, que co-

rona la ciudad desde una loma, pero hace ya mucho calor y decidimos dejarlo para otro día. En su lugar nos vamos a tomar unos blancos con gambas, que son otros de los «monumentos» más importantes y más sabrosos de la región.

LA GAMBA, LA RICA GAMBA

Dejar pasar el día en Huelva sin sentarse algún rato a tomar el sol en los bancos del parque de las Monjas y sin entrar varias veces, «como al descuido», a tomarse unos blancos en alguno de los muchos bares que se encuentra uno al paso, sería pecar contra el horario onubense y sus más queridas tradiciones.

Claro que esto de «tomarse unos blancos» trae su cola. En cuanto se han tomado los dos primeros, uno no sabe ya si lo hace por el vino, que en realidad es muy bueno, hay que reconocerlo, o por las «tapas» que acompañan a cada vaso (y que aun son mejores).

Las principales riquezas de Huelva son: el vino, el cobre... y la gamba. Y desde luego, la profusión con que éstas se sirven en las «tapas» haría la envidia de cualquier buen catador madrileño, de esos que cuando ven llegar el vaso solo le preguntan al chico del mostrador: —Oye, niño..., y el pinchito, ¿dónde está?

Aquí no hay que preguntar nada. Aquí lo difícil es tomarse el vino solo. Inmediatamente después de servido se queda el mozo esperando, mientras anuncia su menú:

—¿Higado..., langosta con mahonesa..., carne asada..., «choco»... gambas?

Parece que vamos a comer. Pero, no; se trata sólo de un pequeño aperitivo. Claro que si yo sé esto antes me ahorro de tomar pensión completa y me vengo a copenar con los amigos a la hora del almuerzo y de la cena. Bien es verdad que el vino a pesar de ser una de las riquezas de la provincia, cuesta aquí un poco más caro que en otros lugares de España; pero si descontamos el «acompañamiento» aun tendríamos que dar las gracias a la casa por la invitación. El «choco», que antes os habréis quedado mirándole con cierto recelo al verle entre sus comillas, es aquí el plato popular: especie de jibia o calamar, que se come frito o de otras mil maneras. Pero la reina es aquí, entre todos sus congéneres, la gamba. En calidad y en cantidad pesada.

Al año, por término medio se cobran en Huelva de 33 a 35 millones de kilos de pescado. Lo que equivale, en pesetas, a un valor de más de 200 millones. Se refiere esta cifra al total pescado por la flota onubense, que asciende a unos 140 barcos—entre los movidos a vapor y a motor— y que ejercen su actividad marítima en una zona que se extiende desde el cabo Sines, en Portugal hasta el cabo Blanco, en Africa.

Del total anterior, unos 28 millones corresponden a peces, y el resto a moluscos y crustáceos. El «choco» puede adjudicarse por

si solo unos 500.000 kilos, y la gamba unos tres millones y medio de kilos, que se convierten nada menos que en unos 55 millones de pesetas, es decir, casi un cuarto del valor total que los pescadores onubenses arrancan al mar anualmente.

No sin razón le cabe a Huelva el título sabrosamente honorífico de «Metrópoli de la Gamba».

Antes, cuando se hablaba de las riquezas naturales de la provincia y de su capacidad industrial, solía establecerse el siguiente orden: minera, pesquera, agrícola. Hoy día, sin lugar a dudas, su producción pesquera ha pasado a la cabeza de las otras dos.

—¿Choco..., carne asada..., aceitunas?... está ya preguntando el niño, mientras nos llena otros dos vasos.

—¡Que sea otra de gambas, hombre!

POR LA RUTA COLONINA

Si alguien dice que la ruta de Colón es ya «un tópico turístico» me limitaré a contestarle que cada paisaje es exactamente lo que uno es capaz de ver en él.

El caso es que yo no me siento en absoluto turista cuando subo al autobús que ha de llevarme a Punta del Ceb: para tomar allí el transbordador que me traslade a la otra margen: la margen de La Rábida.

En la misma playa de la Punta, junto al embarcadero del transbordador, se alza la monumental estatua de Colón, que conmemora la gran aventura. Es una estatua gigantesca, de piedra maciza, con un aire de mascarón de proa en todo su es-corzo, apoyado como está sobre la cruz. Pero al barquero, acostumbrado a verla todos los días del año un par de veces, le parece que me detengo demasiado tiempo contemplándola.

—¡Eh, amigo; que se va usted a quedar en tierra...!

La maniobra del transbordador para zarpar con su carga se desarrolla de esta manera: primero, entran los pasajeros, en su mayor parte lugareños de Palos o de Moguer que regresan con sus compras de la capital. Luego, los coches, si hay alguno, embocan la plataforma giratoria de la barcaza... Baja ésta como un ascensor para dejarlos a nivel de la cubierta, se sueltan las amarras, viramos de bordo para poner proa donde antes estaba la popa, y embocamos la corriente. Antes de consumir el pitillo que encendi al emabbarcar, estamos ya en la otra margen.

Ante mí, en la pequeña plazuela de palmeras que da comienzo al camino, se alza un Icaro de bronce conmemorando la segura gesta gloriosa del salto del Atlántico: el primer vuelo directo hasta Argentina de los aviadores Franco, Durán Ruiz de Alda y Rada, en una avioneta por entonces no más segura de lo que en su tiempo lo fueron las carabelas.

La mañana está clara y soleada.

Detrás de las palmas, sobre la colina, se silueta contra el azul del cielo el rectángulo blan-

co del Monasterio. Sube por la misma senda, entre eucaliptus, por la que un día subiera el Almirante con su hijo Diego, cuando vino a hablar con el padre Marchena... ¿Es tónico sentir una cierta emoción al pisar por esta misma senda? Entonces es que el mundo, cuando habla de una hazaña, lo hace automáticamente... como pudiera leer un número de circo en el periódico, o la sección de alquileres de pisos.

Cantan algunos pájaros entre las hojas de las palmas, y al llegar arriba oigo, como continuación y fundido de este cántico, un murmullo grave, que viene, apagado casi, del otro lado de los muros. Por lo visto, he llegado a la hora de los rezos. Es curioso y grato al oído este tránsito fonético del trino a la oración. En realidad, todo es grato en esta mañana soleada, en medio de esta paz azul y verde.

El padre Serafín Ruiz de Castroviejo, prior del Monasterio, me enseña personalmente el edificio y sus reliquias. Es un hombre sanguíneo y cordial, de la buena raza que debieron ser aquellos otros del Descubrimiento. Mientras me enseña el patio mudéjar (único vestigio del antiguo morabito—que fué antes que convento—), las pequeñas maquetas de las carabelas que se conservan en la galería alta, y la sala que se supone que fuera «la de las conferencias», me va hablando de muchas cosas el padre Serafín... Entre ellas, y con cierta amargura, de lo poco que se cuida realmente nadie de la conservación del Monasterio.

—Ya ve usted, se salvó de que le echase abajo la piqueta en el siglo pasado después de la funesta desamortización... y ahora va a irse cayendo a pedazos, poco a poco. ¡Fíjese en esas goteras! Y en esas grietas... No sé cuántas veces he hablado de ello y pedido recursos oficiales. Pero siempre es «mañana». ¿No podría usted llamar la atención sobre este abandono desde su periódico?

Le prometo al padre Serafín que así lo haré. Los frescos de Vázquez Díaz, ya a punto de despedirnos en el vestíbulo, son testigos de mi promesa. Y ahora la cumplo. Porque realmente es una desdicha que La Rábida llegase a ser un día—como ya se intentó en un tiempo—soberanamente un obelisco con una lápida conmemorativa que dijese: «De aquí fué de donde...»

SOMBRAS DE PLATERO

Palos es todo blanco, sobre su fondo de marisma desecada.

La Fuentecilla en que cargara Colón el agua dulce para sus naves pasaría inadvertida en su insignificante modestia, como una fuentecilla más a la salida de un pueblo cualquiera.

En la iglesia desde cuyo púlpito se leyó la Pragmática de los Reyes Católicos convocando la leva de marineros para la gran aventura veo, en efecto, sobre azulejos pintados a un lado y a otro del altar mayor las dos imágenes de los extraños mártires—San Jétulo y San Cereal—



Entre el límpido azul del cielo y las chumberas se recorta la blanca silueta de Nuestra Señora de la Cinta

de que me hablo mi amigo Zamorano.

Por detenerme a sacar una foto de la estatua de Martín Luis Pinzón, capitán de la «Pinta», que se alza en medio de la plaza de Palos para honrar a su hijo más famoso, estoy a punto nuevamente de perder mi autobús, en esta tierra donde, por curiosa paradoja, nadie tiene prisa para nada.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Por qué no me ha dicho que no había subido todavía?

—Si no había subido todavía..., ¿cómo quiere que se lo dijese?

Delante de nosotros, la carretera blanca, entre campos verdes. Por una vereda lateral trota, con sus alforjas a los lomos, un burrillo color plata sucia, pequeño, peludo y suave. Muy bien podía llamarse «Platero»...

Moguer, por fin. Blanco y encajado hasta hacer daño a los ojos. La torre de Nuestra Señora de la Granada, en el corazón mismo del pueblo parece una pequeña Giralda vista de lejos.

En uno de los altares del convento de Santa Clara hay una placa de bronce que dice: «En esta iglesia estuvo orando Colón a la vuelta de América, el 16 de marzo de 1493». Casi a los pies

de la placa se ven unas hermosas estatuas yacentes, talladas en alabastro. Son los sepulcros de los Portocarrero, señores y protectores que fueron del convento y de la villa.

Al salir, delante mismo del pórtico, me encuentro parado otro «Platero», que ha venido, sin duda, a traer su carga de harina o de legumbres para las monjas. Me mira el animal con su cabeza bobalicona y un poco nostálgica cuando paso por su lado...

En todas las calles de Moguer, y en toda la campiña, se encuentra uno burrillos como éstos. Blandos, juguetones, «como si estuviesen hechos de algodón». «Platero» no fué solamente un bello acorde casual, nacido a capricho de la pluma del poeta. No; «Platero» es el símbolo mismo de estas marismas verdes y de estos caseríos blancos. Tan es así, que el escudo de Huelva debería llevar, sobre la orla en que se lee la divisa—«Portus maris et terrae custodia»—, entre el ancla, el castillo y el olivo, la cabeza grabada en plata gris de uno de estos borriquillos, pequeños y peludos.

Antes de marchar de Moguer me acerco a contemplar, por encima de las bardas de Fuentepi-



La torre de Nuestra Señora de la Granada, en Moguer, es como una pequeña Giralda vista de lejos



Junto a la hostería de la Rábida, Ríved charla con el padre Serafín de las cosas que necesita el Monasterio

ña el pino bajo cuyas raíces reposan los huesos de aquel, entre todos los de su especie, que tuvo la suerte de vivir en la casa del poeta. Y jugar con la perra «Diana». Y ver—un poco asombrado—cómo los niños se asustaban de la sombra de su cabezota desde el otro lado de los cristales...

Luego, el autobús, traqueteante como una diligencia motorizada, me lleva otra vez hacia Huelva entre una nube de polvo.

LA TERTULIA DEL LITRI Y LA TUMBA DEL INGLÉS

Las mañanas de Onuba pertenecen al sol y al deambular solitario. Por la noche suelo ir a hacer un rato la tertulia en la Redacción de «Odíel», el periódico local, mientras funcionan las linotipias y Carmelo Martínez, el director, se lamenta de que «en el mundo no pase nunca nada con qué romper la monotonía de las noticias standard».

Allí está también Jiménez, escribiendo su «Perfil», entre anécdota y anécdota. Francisco Jiménez, director de la radio, cronista del periódico, crítico taurino,

Ya está a la venta el número 26 de

POESÍA ESPAÑOLA

con colaboraciones de Angel Valbuena Prat, Trina Mercader, Rafael Santos Torroella, Francisco Martínez Llácer, E. Gutiérrez Albelo, Fernando Allué y Morer, Carlos Edmundo de Ory, Pablo Cabañas, Rafael Millán, Ramón de Garcíasol, José M. Naveros, Rafael Núñez Rosáenz, Jaime Balet Portabella, Miguel Arteche y Rogelio Buendía

Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5
MADRID

editor de la revista «Huelva Ilustrada»...

A través de él he conocido al Litri, que era—personal ésta, desde luego—una de mis curiosidades al pasar por Huelva.

Yo no sé nada de toros; pero pesa sobre este muchacho taciturno y hermético un extrañío «no sé qué», una rara predestinación, que ha de llevarle de nuevo a los ruedos y a los aplausos delirantes. Aunque él lo niegue con sus monosílabos escuetos. No tiene todavía el último descendiente de los Báez aspecto de ganadero que pueda pensar sólo en sus cortijos... Y la «Tertulia Litri», mantenida durante tres generaciones allá en la típica calle de Jesús de la Pasión, sigue esperando, necesitando de nuevo a «su» torero. Al torero de Huelva.

Si no, al tiempo.

Aunque, según parece, como el tiempo no se para por los humores de los hombres, ya empieza a apuntar por ahí otra nueva gloria onubense: un tal Chamaco nacido en Alosnc—la tierra del fandango—, que tampoco es manco con el capote.

De todo esto y de otras muchas cosas se habla en la tertulia de «Odíel». Tampoco faltan las novelas de aventuras; por ejemplo, la de aquel naufrago inglés recogido por los pescadores en alta mar pocos días antes del desembarco aliado en Italia. Un cadáver que casi estuvo a punto de cambiar el curso de una guerra.

A primera vista parecía un aviador ahogado. Para hacer más perfecta la «misse en scène», cerca de él flotaban los restos de un bote de goma y un remo de aluminio. Cosa corriente en días de guerra. Los pescadores entregaron el muerto a las autoridades. Al registrársele para identificarle se vió que llevaba entre sus papeles los planes completos de un próximo desembarco en un lugar determinado de la costa italiana. Incluso una carta escrita de puño y letra de Churchill. Sin duda, se trataba de un correo especial, cuyo aparato había sufrido un accidente en vuelo... El asunto resultaba de una envergadura prodigiosa. Y por mucho que se quiera guardar el secreto en estos casos, siempre hay oídos del enemigo atentos a escuchar rumores. Que era, precisamente, lo que se proponía el «Intelligence Service» inglés al tender su finta con un cadáver hábilmente preparado ya desde Londres. Incluso el muerto según se supo años más tarde, lo era de pulmonía, que es la enfermedad que produce en la autopsia síntomas más semejantes a la asfixia de los ahogados.

La trampa, tendida al espionaje enemigo, que indudablemente estaría atento a olfatear el suceso, no podía ser más hábil. Y aquí, en tierra de Huelva, quedó, mientras la guerra continuaba su curso, aquel pobre cebo humano camuflado de alto emisario...

Como tengo curiosidad por ver de cerca los vestigios de este famoso suceso, que bien merezca por sí solo toda una novela del F. B. I., subo al día siguiente hasta el cementerio en compa-

ña de mi amigo Zamorano, que me va completando detalles por el camino. Está el recinto en un tranquilo atilío, a tres o cuatro kilómetros de la ciudad, y las palmeras que crecen en el interior de sus muros, entremezcladas con los cipreses, le dan un aire dulce y acogedor.

Aquí está, por fin, en un ángulo, semioculta por la retama, la tumba del famoso inglés: «Mayor William Martin, de la Royal Air Force...», dice la lápida.

NUESTRA SEÑORA DE LA CINTA

En el mismo camino que trae del cementerio está el santuario de Nuestra Señora de la Cinta. Es una iglesia blanca y luminosa, con uno de esos campanarios planos, del Sur, que parecen de juguete.

Desde su altura se domina gran parte de la ciudad, el mar y la ría, y a lo lejos, el panorama de Palos, Sierra Morena y La Rábida.

En su interior se venera la imagen de la Virgen de la Cinta, ante la cual cuenta la tradición que vino el Almirante a cumplir una promesa, hecha en alta mar durante la tormenta, cuando los marineros, cansados de no ver tierra, estaban a punto de amotinarse. A uno de los lados del altar hay un ingenuo cuadro de azulejos representando la escena.

Al otro lado hay un cuadro semejante, en el que se ve a un pastor trepando a un muro para escapar de un toro bravo. Sobre el muro, lo mismo que en el otro, entre las nubes, aparece la imagen de la Virgen.

Según me cuenta la guardesa, ésta es la historia del origen de la ermita: un pastor, huyendo un día por estas lomas de un toro bravo que se había arrancado tras él, se encaramó a un muro ruinoso que encontró al paso. Y al desmoronarse la piedra se apareció la imagen de la Virgen, que los moros habían enterrado durante su dominación... Una leyenda muy semejante a la del Cristo de la Luz, en Toledo.

Sin duda, la historia debe ser más larga; pero mi modesta propina no da para más.

—Y... ¿por qué se llama la Virgen de la Cinta?

—Pues porque la primera vez que se apareció lo hizo a una mujer que iba embarazada, por un camino, y para remediarla de sus dolores le dijo que se pusiese la cinta que ella le tendía...

—¿También fué eso en tiempo de los moros?

—¡Huy, no... Eso fué mucho antes!

Actualmente la capilla está en reparaciones. Por cuenta del Litri, que, según parece, se está convirtiendo en mecenas de muchas cosas de Huelva. Tal vez se haya acordado del toro de los azulejos...

EL NUEVO PUERTO DE ISLA CRISTINA

Isla Cristina, en la linde ya de Portugal es uno de los puertos pesqueros más importantes de la

provincia y posiblemente de todo este trozo de litoral.

En la actualidad está viviendo los primeros días de su resurgimiento con la construcción de un nuevo dique—el dique de Coquimar—y el dragado del puerto para extraer de él los bancos de arena, las rocas y los despojos de toda clase que el tiempo ha ido acumulando en su fondo. Con ello se conseguirá aumentar extraordinariamente el calado de la barra, permitiendo la entrada de barcos de mayor fondo que llegan a este punto desde todo el litoral, y evitar al mismo tiempo que la propia fletilla de Isla Cristina tenga que recurrir a otros puertos para vender su cargamento, como ha venido ocurriendo durante algunos años.

Durante la primera fase del dragado se han extraído ya las viejas escolleras del antiguo puente Carreras, que fué destruido para sustituirle por el moderno puente metálico que existe actualmente, y a través del cual se une el caserío de Isla Cristina con la tierra firme.

La piedra extraída sobrepasa ya los 3.000 metros cúbicos, y los resultados comienzan ya a apreciarse claramente, pues de los 75 centímetros que tenía de calada la barra antes de iniciarse las obras ha aumentado hasta los dos metros y medio, dando con ello mayor pujanza a la entrada de la corriente, que por sí sola contribuirá en gran manera a las obras de limpieza.

Otra de las tareas emprendidas es, como ya hemos dicho la construcción del nuevo dique de Coquimar, con objeto de dejar en seco las marismas que rodean el casco urbano, dándole su carácter de isla. Este dique está destinado a salvar un brazo del estuario allí por donde el agua corre a unirse con el brazo principal de la ría.

Al mismo tiempo se están adecuando los muelles y modernizando el aspecto general de la población. Pronto Isla Cristina, con sus fábricas de salazón y su flotilla propia de más de 400 embarcaciones, dedicadas especialmente a la sardina, habrá recuperado el rango que merece entre los puertos pesqueros del Sur.

DE PASO POR NIEBLA

Antes de abandonar Onuba no he querido dejar de pasar un día por Niebla, posiblemente uno de los pueblos más antiguos de la Península. En sus excavaciones se han ido encontrando vestigios escalonados de las sucesivas civilizaciones, hasta llegar a las hachas de sílex del hombre paleolítico.

Todavía actualmente se encierra el caserío dentro de la formidable muralla romana, con incrustaciones de las alcazabas y morabitos que los árabes levantaron más tarde.

En uno de ellos está el que fué Museo Arqueológico de la villa, fundado y mantenido por aquella extraña mistress Whistow, la inglesa que se hacía transportar a la iglesia en parihuelas y que—según palabras del municipal que me acompañaba en mi visita—iba recogiendo «toas» las perruqueras que se encontraba entre la tierra...

Pero gracias a ella y a sus desvelos llegó a reunirse este Museo considerable, hoy casi en ruina desde su muerte.

Para visitarlo tengo que correr una odisea curiosa: primero se trata de localizar al Alcalde, que, como es mediodía y el sol aprieta, está tranquilamente sentado delante de su gazpacho y—según le noto en la cara—no tiene ningunos deseos de que nadie venga a interrumpirle con arqueologías. Una vez hecha mi presentación, el Alcalde le da la llave al municipal... es decir: me da a mí el encargo de que le busque por el pueblo para que venga a recoger la llave.

Por fin quedamos reunidos los tres—llave, acompañante municipal y yo—, después de unos chatos de vino para compensarle al hombre de su interrumpida partida de tute, nos dirigimos hacia el Museo.

Da pena ver sus condiciones actuales. Un dedo de polvo sube las vitrinas con sus clasificadas estatuillas romanas, sus azulejos moriscos, sus cráneos y sus hachas neolíticas... Algunos pisos se están hundiendo.

—Claro que con trescientas pesetas que hay concedidas al año «pa» su conservación no se puede hacer mucho...

La pena es que aquí no haya ningún padre Serafín, como en La Rábida, que al menos abogue y pida por sus piedras. Porque muchos gritos llegan al cielo alguna vez.

Fuera todo es historia también, bajo el bochorno de la tarde: el viejo castillo de los Medinaceli, cubierto de hiedra, y hundidos los fosos. La iglesia, en cuya graciosa silueta se superponen los vestigios de tres civilizaciones...

—Bueno, muchas gracias. Ya puede irse usted a continuar su partida de tute.

¡ADIÓS, HUELVA!

Ya no puedo alargar mi estancia por más tiempo

Se han acabado mis días de sol y hay que volver de nuevo a Madrid. ¡Adiós, Huelva, donde, según me dijeron al llegar, no había casi nada que ver!

Ignacio RIVED.
(Enviado especial)

(Fotografías del autor.)



Patio del convento de Santa Clara Moguer



La estatua de Martín Luis Pinzón Palos



Un rincón curioso de Huelva: la Palmera de la Hiedra en el llamado «Pasello del Bacalao»

CON el otoño llegaron las primeras lluvias.

Amarillearon las hojas, se mustiaron, cayeron sobre el barrizal. Primero vino algo así como un viento arrebatado y turbio que arrastraba en torbellino el polvo, los palitos y los papeles de la calle. Casi en seguida el cielo, oscureciéndose en el gris acerado, comenzó a llover. Cayeron las primeras gotas, gruesas, duras, enteras como granos de moscatel, sobre la tierra reseca, calcinada por el sol del verano; resbalaron, sin penetrarla, por su piel endurecida, y después, en riada, corrieron desmontes abajo hacia la ciudad, a perderse tal vez por las oscuras galerías del alcantarillado. Llovió con ligeras pausas durante toda la semana, y el cielo continuaba igual de gris, sin trasfondo, cada vez más sucio. Unicamente la tierra, en las pinas y estrechas callejas del barrio, se ablandó y se hizo fango, un fango rojizo, cenagoso, oscuramente vetado de negroamarillo, como un vómito de bilis.

Pedro Fernández llegó hasta la casa sorteando los charcos. Se le pegaban, al andar, en el barro las alpargatas. Traspuso la verja y sintió el repiqueteo de la campanilla sobre su cabeza. El jardín estaba solitario, oscurecido. Venía, sin embargo, como una insospechada profundidad de luces del rojo, del amarillo húmedo de las hojas, de por entre los árboles del fondo. El edificio, de una sola planta, despedía también un leve resplandor rojizo. Pedro esperó, mirando distraídamente los bloques de mármol en bruto, sobre la hierba, y las losas, ya pulimentadas, amarillas de orin, cuidadosamente

bandonadas contra el tapial del cobertizo. El jardín, de trecho en trecho una cruz o alguna lápida a medio acabar, parecía un pequeño precementario. Era dulce, de todos modos. Y hacía bien mirar hacia aquellas cosas.

Desde la ventana, detrás de los cristales, el señor Bonifacio le hizo señas para que entrase. Pedro Fernández entonces caminó el senderito, subió los escalones y empujó la puerta de madera des pintada:

—Pasa, pasa, hijo. Y descansa.

Le invitó el señor Bonifacio. Pedro dió las «buenas tardes» y entró. En la habitación se estaba bien de verdad. El maestro, adelantándose al tiempo, había encendido la estufa y el calorcillo se dejaba notar.

—Ya sé a qué vienes—le dijo el señor Bonifacio—. Pero antes acércate al fuego, anda. Y quitate esas alpargatas y sécalas al calor, que buena falta les hace.

Pedro arrimó la silla y se descalzó las alpargatas. Estaban húmedas, barrosas, enormemente agrandadas por la ancha huella de su pie.

Pedro Fernández, a decir verdad, estaba triste y poco tenía que decir. Venía a pedir un última favor al maestro. Porque Pedro a la mañana siguiente se iría del barrio. A vivir a la otra punta de la ciudad. Eran muchos años aquí para que no le doliera ahora la marcha; no vayáis a creer otra cosa. Pero la ciudad crecía. Terrenos que siempre fueron de nadie de pronto tenían dueño, y un día llegaban las excavadoras, los obreros y demolían las humildes viviendas, cegaban las cuevas y estropeaban la sementera de los pequeños huertos. La ciudad crecía con su ímpetu de cemento y nadie podía detenerla. Crecía. Como un animal gigante, elefantástico, devoraba, trituraba los huesecillos del suburbio. Porque no había tierra de nadie. Ni un palmo. Pedro se lo sabía muy bien. El mundo estaba repartido desde hacía mucho tiempo y no



LA MUDANZA

NOVELA

Por José María de QUINTO

quedaba ni un cachito de suelo para hacerse uno su casa

con sus propias manos y plantar la simiente de uno, algunos tomates y unas pocas lechugas, y cuidar que no se desgraciasen. El mundo estaba condenadamente perdido.

El señor Bonifacio, cuando Pedro hubo callado, sacó la petaca y le ofreció un cigarro:

—Entonces mañana es el traslado, ¿no?

—Sí, mañana. El plazo que nos dieron se cumple el lunes.

—¿Y el carro te lo quieres llevar ahora?

—Sí... Vamos, si a usted no le parece mal. Lo trataré como si fuese mío y a la tarde lo tendrá usted aquí.

El señor Bonifacio echó una bocanada de humo y se quedó como pensando.

—Siento que te vayas, Pedro—dijo luego con la voz velada—. Siento que te vayas. Y no podemos hacer nada contra eso.

—No, no se puede hacer nada—repitió Pedro—. Un hombre vive estrechamente en una covacha, que la ha ido haciendo suya, habitable, con sus manos, con su aliento, pedazo a pedazo, y un buen día se entera de que tiene que dejarla. Y no puede hacerse nada contra eso.

El reloj de números romanos que había en la pared dió siete campanadas. Sonaron lentas, distanciadas, lúgubramente suspendidas por unos segundos en el cálido ambiente, Pedro Fernández entonces retiró las alpargatas de debajo de la estufa. Estaban ya secas, como acartonadas.

—¿Tienes prisa?

—No, no es que tenga prisa.

Se disculpó Pedro. Pero ya el señor Bonifacio se había levantado. Arrastró los pies hasta la cómoda y allí estuvo hurgando en un cajón.

—¿Recuerdas los viajes que me hiciste al ce-

menterío?... Pues todavía te debo algo... Unas cincuenta pesetas debe de ser...

—Pero ¡sí ya me pagó usted!—protestó Pedro. —Sí, sí...—el señor Bonifacio se aproximó—. Pero he hecho un reajuste y... No te dará vergüenza de coger lo que es tuyo.

Pedro todavía vaciló, pero, al fin, tomó el billete que le ofrecía el maestro. Lo que éste sentía —le hablaba dándole palmadas en la espalda—era que los tiempos no fuesen muy buenos y no hubiese faena que encargarle. Pero ahora las gentes no podían permitirse lujos y enterraban a sus muertos de cualquier manera.

—Y no es que no les tengan devoción—prosiguió—. Por Difuntos pasa mucho personal por ahí, camino del cementerio... Da gusto verles con los brazos llenos de flores... Pero ahora una lápida, cualquier cruz, en cuanto lleve algo de mármol, ya se sabe...

El señor Bonifacio le acompañó luego hasta el cobertizo del jardín y le ayudó a sacar el carro de mano. «Ya sabes que no corre prisa», le repetía en tanto. Después abrió la puerta de la verja, y hasta que no vio a Pedro tirando del carro alejarse por la calle se quedó allí extrañamente pensativo.

La carretera a su principio estaba adoquinada, como una calle. Por la carretera salían ponerse los puestos. «Flores para los muertos.» (El cementerio distaba pocos kilómetros, y de ahí salían los autocares.) En los puestos se vendían también pipas de girasol, tabaco, caramelos y fritos variados: tortillas, buñuelos, morcillas y gallinejas. Por las aceras, pegados unos con otros, se sucedían los tenderetes como en una permanente y misera feria cotidiana. Se entremezclaban los pregones y se extendía un humo denso, grasiento, desagradable, de las freidurías. La gente se apretujaba camino de sus casas. Venían con la jornada de trabajo cerrándose los ojos y la tartera envuelta en una servilleta, vacía, sonando a hueca cuando la hacían chocar adrede contra las esquinas. Las tabernas a esas horas empezaban a llenarse. Podía verse a través de sus empañados cristales grupos de hombres hacinados en torno a una mesa, con una o más botellas en el centro. A veces alguna canción, amortiguada, salía a la calle.

Pedro Fernández dejó el carro en la calzada y se acercó a uno de los puestos de fritos. Camino de casa había pensado que a Valentina habría de alegrarle si llevaba algo. Y por eso se había detenido a comprar dos tortillas de patatas; eran pequeñas, negras, hechas como con harina y recalentadas horas después de haber sido fritas. Pedro compró también en otro puesto un cucurucho de aceitunas y otro de variantes (pepinillos, zanahorias, cebollas), por dar un poco de alegría a su mujer. Hoy iba a ser una noche sonada. Se imaginaba al comprar la cara de sorpresa que iba a poner ella y se sentía feliz. Pagó, se abrió paso entre las gentes y, tirando del carro, empezó a subir la cuesta.

Iba muy próximo al encintando por temor a los coches, veloces, vertiginosos ante la cercanía de la carretera libre. Por el camino principió a caer la noche y apareció allá arriba una luna redonda, blanca e irreal, como pintada en un telón de teatro. Debían ser cerca de las nueve. Los coches llevaban ya encendidos los faros. Aparecían a su frente, y al pasar le cegaban con su luz amarillenta. Por las aceras, de tarde en tarde un farol, se escurrian las sombras. Las tiendas echaban los cierres. Una farmacia, un taller de plancha, una zapatería... En las paredes, el cartel de la película en proyección aquella semana: «Débil es la carne.» «No, no debe ser de fieras», pensó.

Era muy larga y pina la cuesta. Y el carro le impedía ir más de prisa. Se detuvo un momento. «El señor Bonifacio? ¡Oh, era un buen hombre! Favores le debía tan sólo. En cuanto tenía una faena le mandaba llamar, y a veces hasta se la inventaba...» Prosiguió el camino. Le daba en el rostro un vientecillo frío, húmedo, que venía de lo alto. Poco a poco fueron quedando atrás las casas de la barriada, levantadas a ambos lados de la carretera, partidas por aquella raya oscura que se perdía a lo lejos en busca de otros pueblos, de otras ciudades. De abajo, del comienzo de la cuesta, venía el renqueante esfuerzo de un tranvía, lento, chirriante, abarrotado. «Mañana tendría que dejar todo aquello» (lo pensaba tristemente). Con un solo viaje que echase sería bastante; cabría todo en el carro. Por la mañana, bien temprano, cargaría, y a eso de la hora de comer habría terminado. El cambio, verdaderamente, no era

muy sensible. En lo que tocaba a vivienda, ni mejor, ni peor. Por detrás del estadio había encontrado un sitio bastante bueno, al menos resguardado del viento norte. Había aprovechado el paredón de unas ruinas y construido el chamizo. No le fué muy difícil. Lo había techado con algunas tejas y dos láminas de hoja de lata bien sujetas por el peso de unos cascotes. No, no le había quedado mal. Luego, más adelante, con el tiempo, ya lo reforzaría... Pero de todos modos ahora, al pensar en el traslado, se sentía invadido por la tristeza. Porque eran ya varios años viviendo en este barrio y se había hecho a él y le gustaba su cueva en el campo, hermoseaada por los maceteros que solía cuidar Valentina, con su huertecito a la entrada y las dos piedras en que solían sentarse Valentina y él las tardes de sol a mirar cómo se perdía el campo a lo lejos. El hombre, cuando vivía como él, con estrechez, miserablemente, pero pegado a la tierra, se afincaba, echaba raíces y le costaba mucho tener que partir.

Los edificios, amontonados, informes, como una colmena de sombras, se habían quedado muy atrás, allá abajo, encendidas pálidamente sus ventanas. Pedro Fernández torció a su derecha. El campo, levemente ondulado, tierna de fango la tierra, le advirtió de la proximidad de su vivienda.

En cuanto estuvo a punto el agua, echó las cabezas, las raspas del pescado y lo dejó hervir. Después salió a la puerta a esperar a Pedro.

Venía la noche a ras de los campos oscureciéndolo todo. Valentina se bajó las mangas y, acurrucada, tomó asiento en la piedra, los ojos en la carretera próxima, el vientecillo jugando, humedeciendo sus lacios cabellos. Debía de ser tarde. Pedro ya estaría al llegar. Le notaba triste, como enfermo, en estos últimos días. A ella, lo del traslado no le importaba mucho. Le importaba Pedro nada más. Desde hacía tres años—el tiempo que llevaban de casados—no había deseado otra cosa que verle feliz. Pero eso se hacía bastante, cada vez más difícil.

Ahora, por si no fuese suficiente la vida que llevaban, había llegado lo de la mudanza. Sí, se tenían que mudar. Un día vinieron unos señores y empezaron a tomar medidas y a discutir entre ellos. Ni siquiera la saludaron. Poco después, no habría transcurrido la semana, aparecieron otros y les dijeron muy por las claras que se tenían que ir porque no tardarían en edificar. Aquel día Pe-



dro estaba presente y se temió cualquier cosa. Pero, afortunadamente, no sucedió nada. Le enseñaron papeles, unos pliegos muy grandes pegoteados de sellos, y él entonces, humildemente, se calló. Luego, tan pronto se hubieron marchado, Pedro se sentó en la piedra y se estuvo sin hablar durante un largo rato. Permaneció quieto, con la mirada perdida, lívido, tal si se hubiera quedado sin sangre en las venas. Y ella le miró asustada, pero sin atreverse a preguntarle. Más tarde, siempre en silencio, cogió la chaqueta y echó a andar, a andar en dirección de los campos. Y ni siquiera la miró ni le dijo «adiós» cuando salió de la cueva. Y Valentina aquella tarde se quedó llorando, muy triste, como angustiada, oscurecida la cabeza por tristes augurios. Porque cuando ella era niña su padre salió un atardecer de un modo parecido y por la noche tuvieron que sacar su cuerpo, destrozado, de un pozo. Y le habían estado esperando inútilmente. Y aquello lo tenía tan dentro de sí, tan próximo pese al tiempo transcurrido, que siempre le daba miedo esperar.

A ella no le importaba lo del traslado, de verdad. Le importaba Pedro, que empalidecía según iba acercándose el momento; Pedro solo, sin apenas palabras, triste, como enfermo, mirando hacia las tomateras, pisoteándolas en un acceso de rabia y de impotencia. Eso era lo que verdaderamente importaba a Valentina. Lo demás, las estrecheces, el hambre, el largo frío del otoño y del invierno, podía soportarlo con tal de que él fuese feliz. Porque Pedro era bueno y bondadoso y la quería y—fijaos bien—nunca le había levantado la mano.

Por la mañana, apenas amanecido, cuando el frío los echaba de la cama, se levantaban los dos; ella, un poco antes. Y encendía el fogón. Y le veía aún en el camastro, encogido su cuerpo bajo las mantas, queriendo y no queriendo despabilarse. Y de sólo verle perezoso como un niño se sentía feliz, tan feliz que a veces en un impulso corría hasta él y le besaba. Era muy hermoso aquello, de verdad; incluso en el invierno. Luego desayunaban uno junto al otro, y ella le veía tomar las sopas—a veces de ajo; otras, puré de «San Antonio» como embobada, llena de contento. Y más tarde, mientras trajinaba en la casa, solía asomarse de vez en cuando sólo por verle trabajar en la huerta. Se inclinaba bajo los surcos y cuando estaba alegre cantaba, y lo hacía con una voz muy hermosa. ¡Oh, aquello sí que era vivir! Claro que a mitad de la mañana Pedro acostumbraba a marcharse por ver el modo de sacar el jornal. Pero en cuanto regresaba—sin necesidad de preguntarle—le decía dónde había estado. Bien en la marmolería, por si había algo que hacer, trasladar lápidas en la carretón de mano, acarrear piedras, o en la carbonería de Vicente a servir sacos a domicilio. Porque Pedro trabajaba, y ella lo sabía muy ciertamente.

Cuando no les alcanzaba el dinero o no lo había por falta de trabajo, Valentina, lejos de arrojarse, cogía la bolsa y se iba a la plaza. Para eso era muy entera. El mercado solían ponerlo y desmontarlo cada día en un solar próximo a la carretera. A eso de las tres de la tarde, cuando todo parecía comprado, acaso también comido, los comerciantes comenzaban a desmontar los puestos. Y ése era el instante de los pobres. Valentina, con ellos, recogía del suelo la fruta desecha—los granos de uva uno a uno, como en la recolección de la aceituna—, las hojas y los tronchos de la verdura, las cabezas y las tripas del pescado. Todo estaba allí, en el suelo, perfectamente aprovechable una vez limpio y cocido. No había más que agacharse entre el estruendo y la beraúnda de los tenderetes abatidos, convertidos en simples tablas, y recoger, recoger. Era muy fácil. De todas maneras, nunca se atrevió a decirselo a Pedro por miedo a preocuparle y entristecerle más.

La noche fingía sombras. Pero Valentina sabía muy bien que ninguna de ellas era la de Pedro. Le había esperado tantas veces que le era muy fácil distinguirla, casi adivinarla, por muy nublada que estuviera. Hoy, de todos modos, Pedro se retrasaba. ¿Le habría ocurrido algo, por acaso? No, no. Trataba de tranquilizarse, pero no podía evitar el desasosiego, el amago de angustia que le acometía en las esperas. La luna, demasiado próxima y blanca, le permitió verle venir, allá lejos, arrastrando el carro, haciendo «eses», virajes, por evitar los montículos.

Y se levantó. Y corrió gozosa hacia él.

Cuando terminaron de cenar, Valentina estaba

guapa a la luz del candil. Ella había gozado lo suyo, porque Pedro, aunque triste, le había sonreído y se había acordado de ella. Los variantes estaban muy ricos. Había sido un detalle difícil de olvidar.

Pedro, sentado frente por frente, se la quedó mirando.

—¿En qué piensas?

—Estaba pensando...—se lo soltó repentinamente. —¿Por qué no vamos esta noche al cine?

La pregunta le dejó desconcertada.

—Pero...

—Sí, sí; al cine—insistió él—. Echan una película que debe estar bien. «Débil es la carne», me parece que se titula. No debe ser de fieras, pero no importa...

—Pero, Pedro...—protestó débilmente ella, en el fondo halagada, a punto de estallar de puro contento.

—Anda, anda, no te preocupes. Tenemos un poco de dinero. Y hemos de despedirnos del barrio como corresponde.

Caminaron hacia el barrio, bajo la blanca luz de la luna, temblorosa y difuminada por un halo gris, pegados a la cuneta por evitar los automóviles. Valentina sentía un poco de frío y se apretujaba contra él, y veía por delante de ellos el borroso contorno de sus sombras, unidas, apretadas, hechas una sola, caminando, bamboleándose a su capricho. Pocas veces se había sentido tan contenta como hoy. Al cine y del brazo de Pedro. Se sentía realmente importante y feliz. Era, además, sábado. El barrio de trabajadores prolongaba el día en las tabernas. Venían canciones broncas, tristes, nostálgicas, como un milagro de vino. La carretera, por donde los edificios principiaban a colgarse de sus flancos, se llenaba de vida, acaso sólo de rumores.

Entraron en el cine. La sala era sucia, pero íntima, casi familiar en las caras conocidas de todos. Destartalada, costrosa de polvo y de inmundicias, estaba llena y oía a humanidad poderosa y caliente. Con las alfombras desgarradas, sobre las que se fosilizaban las cáscaras de pipas de girasol, contrastaba el descolorido dibujo púrpura oro de las cenefas del techo y de las paredes. «El palacio de las pipas», solían decir en el barrio. Durante la proyección se oía continuamente el chasquido que hacían los devoradores de la tal semilla. La sala era así; pero en cuanto se apagaban las luces surgía el sortilegio. Sobre la pantalla—los ojos atónitos—aparecían mundos, ciudades, salones, hombres y mujeres felices, y si infelices, por problemas hermosos, tal vez hermosos, que nada tenían que ver con los del pan de cada día. Ellos, allí olvidaban por dos horas su vulgaridad y vivían las aventuras de los grandes actores. Se sentían bellos, ricos, poderosos, inteligentes, terribles, y se hacían el amor y tenían hijos, y hasta sufrían, pero ¡era tan maravilloso sufrir de aquella manera, Dios bendito!

La película parecía malvada, pero vino el arrepentimiento y arrancó lágrimas y suspiros de alivio. Y casi en seguida sobrevino el final y se abrieron las puertas, y en la calle lloviznaba levemente y era muy oscuro. Y Pedro se entristeció.

Arrastró a Valentina y entraron en una taberna encendida a pocos metros de allí. Entraron. Estaba casi vacía y la luz era triste. «Acaso debemos beber un poco de vino», pensó Pedro. Y eligió una mesa apartada. Y se sentaron en silencio, Valentina un tanto extrañada, sin atreverse a replicar. Y él entonces pidió una botella de tinto. Y ella le dejó hacer.

Pedro llenó los dos vasos.

—He pensado—dijo en tanto los llenaba—que quizá debemos beber un poco. ¿No te parece?

Valentina, por toda contestación, se limitó a retirar su vaso y a mirarle triste, muy tristemente. En su mirada no se advertía ni el más leve reproche; acaso se leía tan sólo una inmensa piedad. Pedro—no había más que mirarle, que oírle hablar como si no fuese con ella—volvía a sentirse solo.

—¿Es que no quieres beber?

Valentina negó con la cabeza.

—Entonces lo haré yo por ti—dijo.

Y apuró de un solo trago el contenido del vaso, y ya no volvió a mirarla. «Pedro ya no está aquí», pensó entonces ella. Y se sintió desolada, tal si se hubiese quedado vacía por dentro. Pedro volvía a sentirse solo, y ella no podía hacer nada contra aquello. Le era imposible penetrar su frente, intuir, cuando menos, la palabra que le hiciera sentirse acompañado, confortado en su angustia.

—Pedro—él retiró sus manos del rostro y la miró, como si de pronto se hubiera dado cuenta de su presencia—, Pedro, tú estás preocupado...

—No, que va...

—Sí, sí que lo estás... Y, lo que es peor, no quieres decirme por qué... Si es por lo del traslado, no te importe... A mí no me importa, Pedro... Te lo digo de verdad... Ya verás cómo allí nos las apañamos bien...

La voz de él sonó lejana, ronca, como si viniera de otra habitación.

—¿Sabes, Valentina?... Si no fuera por ti...

Se detuvo y bebió otro vaso.

—¿Qué querías decir?—preguntó ella.

Y él calló y volvió a servirse.

—Vámonos, Pedro...

—No, deja...

—Vámonos...

Acabó la botella en silencio. Valentina le veía beber y no se atrevía a contrariarle. «Pedro—le hubiera gustado decir—, vas a hacer que me ponga a llorar.» Pero se calló. Era preferible. Le miró beber y se sintió muy débil, insignificante, incapaz de ayudarle, de hacerle sentir su presencia. «Pedro, vas a hacer que me ponga a llorar.» Pero no, no se lo dijo. Porque sabía que con decirse lo no arreglaría nada. Y se aguantó las lágrimas. Y se calló. Y le miró beber. Y le acarició la frente. Y le quiso como una madre puede querer a un niño pequeño. Y luego, cuando hubo acabado. le susurró al oído:

—¿Vamos?

Y él entonces obedeció.

Regresaron, dirección a la cueva, en silencio. Lloviznaba y la luna no era más que un débil resplandor ceniza en el cielo. Lloviznaba, Pedro, mu-; do; Pedro, solo; Pedro, triste, la llevaba del brazo. Parecía como ausente del camino, de las cosas.

Pedro de repente apretó a Valentina por los hombros. Fué como una crispación que se hizo después caricia suave, dulce, larga.

—¿Sabes, Valentina?—le musitó—. Si no fuera por ti... Te quiero...

Y su voz, ensanchándose, ensanchándose, fue como si llenara la noche. Al menos así se lo pareció a ella.

II

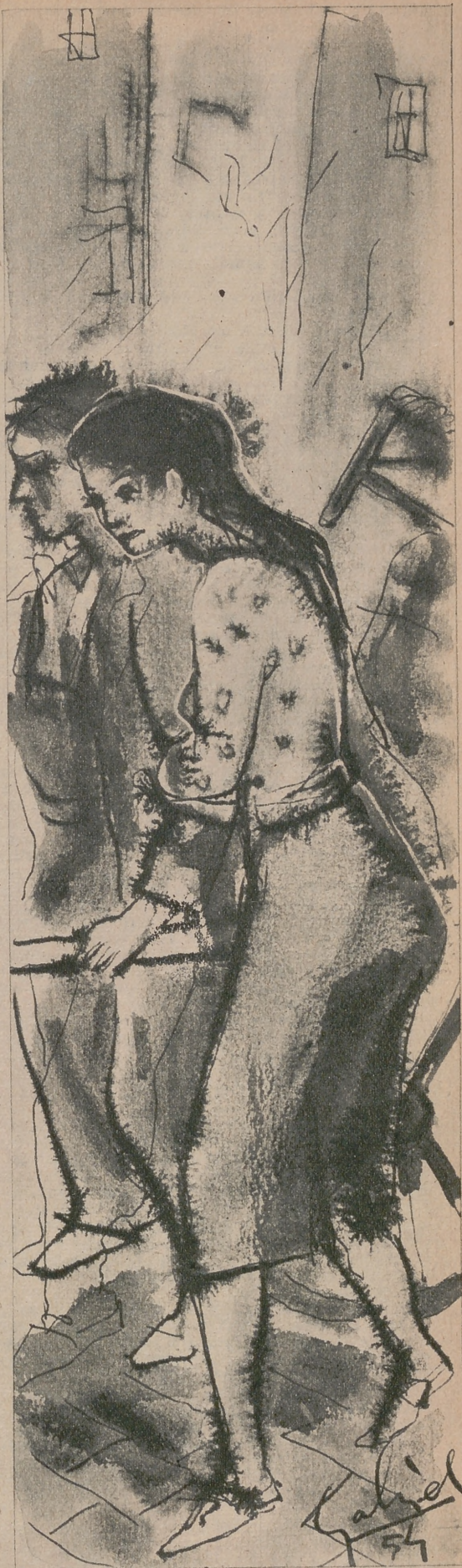
Hasta bien entrada la mañana no dejó de llover. Era domingo.

Pedro había paseado, de un lado a otro de la cueva, inquieto, intranquilo, examinando de continuo por el tragaluz la inmensa mancha gris del cielo. Llovía, llovía. Estaban levantados desde las ocho, aproximadamente. Valentina, sentada, con los brazos cruzados, veía a Pedro caminar nervioso, impaciente; asomarse a la puerta y regresar como desesperanzado. «Séntate», le había pedido en más de una ocasión, pero él apenas lo hacía. sentía seguidamente la necesidad de levantarse.

Los enseres estaban ya recogidos, amontonados en un rincón en espera de ser cargados. En realidad, poca cosa tenían que llevar. El camastro, convertido ahora en unas pocas tablas y dos barquillos; el colchón, que estaba ya enrollado y atado con una cuerda; la mesa, tres sillas, unos pocos cacharros de cocina y el arcón-baúl donde guardaban alguna ropa. ¡Ah! Y también la gran fotografía, en coolres y con marco dorado, del día de la boda, donde podía vérselos estirados y serios, ella con un blanco ramo de azahar y él sin saber donde colocar las manos. Eso era todo.

El carro había aguantado mucha lluvia aquella noche. Estaba junto a la puerta y desde dentro podía vérselo, con los palitroques tensos y la madera oscurecida y húmeda. Por la chapa de metal de la matrícula escurría el agua. Pedro, durante la noche se había despertado muchas veces, desasosegado, con la preocupación de la lluvia cayendo sobre el carretón. Porque la madera a fuerza de llover y llover se abarquillaba y pudría, y él había prometido devolverlo en buenas condiciones al señor Bonifacio.

A eso de las once dejó de llover. Pedro salió de la cueva y miró por unos minutos al cielo. Era como una gran lámina gris plomizo que no dejaba entrever ni el más mínimo resquicio de luz. Un cielo sin esperanzas, de lluvias eternas, parecía cernerse sobre él. Valentina, desde la puerta, en silencio, le veía dudar. Sabía que, en tanto no le preguntase, debía permanecer así, callada, mansa, sin inmiscuirse en los pensamientos de Pedro. El hombre era quien debía decidir.



Pedro volvió sobre sus pasos y la vió en la puerta, muda, silenciosa, en espera de su orden.

—¿Vamos?—dijo.

Y entraron en la cueva. Y uno a uno fueron sacando los bultos. Y los cargaron en el carro, ajustándolos, atándolos luego. Y, cuando todo estuvo dispuesto, se quedaron como mirándose, indefensos, tal si tuvieran piedad el uno del otro. Y volvieron la mirada hacia la cueva, hacia lo oscuro de su entrada. Y la miraron con los brazos caídos, abandonados a lo largo del cuerpo, y sintieron como si algo entrañable les hubiera abandonado, y les invadía un frío que les hizo sobrecogerse. Valentina entonces, a tientas, buscó la mano de Pedro y la notó fría y temblorosa, y la apretó fuerte, muy fuerte, como si no tuviera dónde agarrarse para no caer por aquella pendiente sin final.

—¿Vamos?

Ahora había sido ella. Pedro pareció volver de otro lugar.

—¡Vamos!—dijo. Y apretó los dientes.

El carro se hundía en la tierra barrosa. Pedro y Valentina empujaban con todas sus fuerzas y sus pies hundíanse también en las roderas y en los charcos. Atravesaron el huerto—¡el huerto!—, con las tomates deshechas, pisoteadas, encharcadas, ahogadas bajo la lluvia. La cinta de la carretera brillaba húmeda, gris bruñido, tal un reflejo del cielo. Se adelantaron en ella y, cuesta abajo, se les hizo más fácil el camino. Atravesaron la barriada, con las tabernas abiertas y un temblor de domingo en el aire. Algunos les miraban pasar y acaso sonreían. Ellos no miraban a nadie; sólo a su frente. Caminaban uno junto al otro, perfectamente serios y unidos. Pedro, sujetando el carro porque no se le fuera por la pendiente, y Valentina, los ojos bajos y el corazón engurruido.

«Cuanto antes dejemos esto, mejor», pensó Pedro. Deseaba llegar en seguida a su nueva vivienda, estar lejos de allí, alejado de aquellas miradas y sonrisas que no necesitaba ni había pedido a nadie. Valentina, como si lo hubiera intuido, posó su mano sobre la de él, agarrada a una de las varas, y acarició su dorso. El no necesitó mirarla. A su solo contacto comprendió lo que quería decirle. Y se sintió confortado.

Al final de la cuesta, mismamente donde comenzaba la carretera, había una gran plaza. Era el principio de la ciudad o el término, según desde donde se considerase. Allí comenzaban las líneas de los tranvías, que luego iban a perderse por las innumerables calles. Y se abría también la primera estación del Metro, ofreciendo su boca a la oscura red de galerías subterráneas. Pedro, al entrar en la plaza, se detuvo para mirar hacia atrás. Habían dejado el barrio, las casas amontonadas, terrosas, subiéndose unas sobre otras a nivel de la cuesta. «¡Adiós!» pensó para sí. «¡Adiós!» Luego enfiló su mirada por la calle que tenía enfrente. Era recta, ancha, un poco subida, orillada por grandes edificios y abriéndose allá lejos en una plazuela con un obelisco en el centro rodeado de verde. Empujó. Sonaron las llantas contra el adoquinado y prosiguieron el camino.

—Debemos ir de prisa—dijo Pedro, en tanto avanzaban—. Nos hemos retrasado. Y la ciudad es muy larga.

Valentina, a su lado, más bien detrás, le escuchaba y asentía a todo. «Sí, debían ir de prisa, muy de prisa. La ciudad—ella la ignoraba lo suficiente como para tenerla—eran kilómetros y kilómetros de calles y de gentes, y de automóviles... Un peligro largo, trepidante y extraño, que debían atravesar. Y, además, la lluvia. Todo continuaba lo mismo. El mismo cielo amenazador bajo sus cabezas. Era como de ceniza la luz de la mañana. Y los árboles empalidecían en el amarillo húmedo de sus hojas.

En la plazuela había una iglesia recién reconstruida, a juzgar por el rojo enterizo del enladrillado de su fachada. Frente a la iglesia, junto a la verja que la rodeaba las gentes parecían hacer tiempo. No pararon atención al verles pasar. Eran un hombre y una mujer empujando un carro de mano. Valentina, por el contrario, sí que los miró. Daba gusto verles endomingados, relucientes los zapatos, ellos fumando y ellas en animada charla. Por un instante, Valentina las envidió. Porque parecían felices, e iban muy bien vestidas, y algunas eran guapetonas de verdad, y...

—¡Cuidado!

El coche había pasado a bastante velocidad. Pedro, detenido el carro en seco, le miró atravesar la plaza y perderse por otra calle. Estaba pálido y le temblaban los labios.

—Es una mala bestia... Por poco...

Valentina, pasado el primer susto, le tomó por un brazo y pareció absorber el temblor de sus músculos. Cuando recomprendieron la marcha, las campanas comenzaron a llamar a misa de once y media.

Las gentes venían por las aceras, a contrapelo. El obelisco fueron dejándolo atrás a medida que se adentraban por la calle. Aquello era ya la ciudad. Pasaban los automóviles, las motos, las bicicletas, los tranvías, en tropel, casi rozando con ellos. Los autobuses, proboscidos del tráfico, les envolvían, al pasar, en una nube negra, densa, apestando a aceite pesado. «¡Cuidado, cuidado!» «¡Ese coche!» «¡Para!» La ciudad, poco a poco, iba devorándolos en el laberinto de sus calles, haciéndoles vivir su ritmo de pájaro loco, histérico, sobresalto tras sobresalto. ¡Qué grande era la ciudad! Un inmenso campo lejano, sin cosechas, apesado bajo el cemento, y por el que se apretujaban las gentes entre una baranda estrepitosa de pitidos, y timbres, y gritos, y zumbador de motores. Eso era la ciudad. «Adelante, adelante.» De vez en vez, las señales, estridentes, nerviosas, detenían la circulación. Entonces Pedro y Valentina, ante el impuesto descanso de breves minutos, se miraban y sonreían. «Todo va bien», parecían decirse con la sola mirada. Junto a ellos, los automóviles también quedaban detenidos, y Valentina, sin disminuir su asombro, solía mirar a su interior. Algunos eran lujosos como salones solamente vistos en películas. Aquello casi le parecía imposible. Y quedaba muda en la contemplación. Otras veces, cuando del coche salía una musiquilla, crecía su asombro. «Es que lleva radio, ¿sabes?», le aclaraba Pedro. Y ella, entonces, sonreía.

Atravesaron calles y más calles, tratándolo de no desviarse de la línea recta, dejaron a sus espaldas plazas, plazuelas, con sus ínfimas zonas de verde y sus grises monumentos. Llevaban más de una hora de camino. Pedro sentía como un hormigueo de cansancio en sus muñecas. Valentina, a su lado, caminaba como aturdida, cansada de andar y andar. Fué entonces cuando les vino el pitido del guardia. Sonó varias veces, insistente, como si fuese a ellos a quienes perseguía.

—¡Eh, eh! Los del carro.

La voz les hizo detenerse. Miraron atrás y le vieron venir a saltitos cortos, ridículos, con el silbato colgado de la solapa, golpeándole el pecho. ¿Es que acaso no sabían que no se podía circular por las calles céntricas con un carro a aquellas horas? No, no; ellos lo ignoraban, de verdad. ¿Una multa? ¿Decía una multa? Pedro Fernández le miró con una sonrisa que no era sonrisa.

—No tenemos dinero, señor...

El guardia pareció vacilar. Al fin, volvió a guardarse el cuadernito que había sacado. Bien, por esta vez, mejor sería dejarlo. Pero podían ya emprender el regreso. ¿El regreso? ¿Volver a desandar lo andado?

—Venimos de muy lejos—le temblaba la voz—. Y estamos cansados... Nos queda por lo menos una hora de camino...

Algunos curiosos se habían detenido y, desde la acera, parecían no perder detalle. A Valentina, nada más verles, le vino como una necesidad el deseo de esconderse, de esconder a Pedro y esconder también el carro con sus pobres enseres. Era sucio aquello, muy sucio.

—Lo siento, pero tienen que dar la vuelta.

—Nos va a retrasar mucho...

—No puedo hacer más que sentirlo. Estoy aquí para estas cosas...

Pedro calló de repente; agarró las varas como en una suprema necesidad de calmarse y recomprendió el camino en dirección contraria, Valentina siguiéndole a pocos pasos. Lentamente, el grupo de curiosos fué también desperdigándose.

—No te preocupes, Pedro. Verás como todo nos sale bien. Llegaremos un poco más tarde, pero no te importe...

«Valentina es buena—pensaba él—, pero eso no es suficiente.»

Habían pasado ya la plaza de San Francisco y

Suscríbese a POESIA ESPAÑOLA

ahora seguían dirección horizontal al punto de destino, en busca de calles menos concurridas por donde no les estuviera prohibido transitar. Era cerca de la una. Al pasar frente a un edificio, lo habían visto en el enorme reloj de su fachada. «La una, pronto sería la una.» El carro, ahora, se deslizaba suavemente sobre el macadam, y el chirriar del eje apenas si era perceptible. «La una, ya era la una.» Y el cansancio. Y el hambre. Y el frío. ¿Cuándo llegarían, Dios?

—No te preocupes, Pedro. Verás como todo sale bien.

Ella caminaba a su lado, dándole ánimos, ayudándole a seguir. Pero él sabía que aquello no era suficiente. De pronto, como si la calle fuese una vaguada o un ventisquero castigado por los vientos gigantes, vino como un soplo negro y de los árboles empezaron a caer las hojas, como un incierto vuelo de pájaros de papel, amarillos, rojos. Caían en bandada, en torbellino, y se sintieron rodeados, envueltos, como cegados por un extraño fenómeno de crujidos y colorines.

—¡Corre!

Gritó Pedro. Y la lluvia vino oblicua, casi horizontal, empujada por el viento, golpeándoles el rostro, impidiéndoles avanzar.

—¡Corre!

Pero, ¿a dónde? En un instante la calle había quedado desierta. Sólo los coches rápidos, como si la lluvia les impeliese a correr. Valentina, esforzadamente, empujó también de las varas. «Adelante, adelante.» Venía el agua a golpetazos de viento, girando como enloquecida, corriendo por el asfalto a borbotones, espumosa, negra, blanqueando en la boca de los desagües.

«El colchón se va a poner perdido—pensó Valentina—. Y esta noche no vamos a poder dormir.»

Después del primer esfuerzo, exhaustos, agotados, avanzaron bajo la lluvia despaciosamente. Sentían sus cuerpos mojados, pegadas las ropas y los pies tal si caminaran descalzos sobre los charcos. A Valentina le escurría el agua por el pelo lacio, apretado a las mejillas, cayéndole sobre los hombros. Pero no importaba ya. Caminaban bajo la lluvia con cara de ahogados. No importaba ya, de verdad.

Se guarecieron al fin, sin prisas, en el quicio de un mercado. Pedro, uno a uno, fué descargando los enseres. El colchón, las tablas, el baúl. Valentina lo iba colocando en las escalerillas del portalón cerrado por una verja de hierro. El retrato de la boda se había mojado también. Parecía como si estuvieran llorando en la fotografía.

«No importa, no importa.»

Pedro se guareció en el quicio junto a Valentina. Venía de dentro un olor espeso y potente a frutas podridas y un viento húmedo que les hizo temblar. A Valentina le castañeteaban los dientes.

«No importa, no importa.»

Seguía lloviendo. El viento y la lluvia se perseguían por las calles. Caía el agua sobre el adoquinado, reventándose sus gotas y salpicándoles las chispas.

—¿Tienes frío?

—No.

—Estás temblando.

Trató de cubrirla, de abrirla con su brazo y sintió sus ramalazos de frío como los estertores de un animal agónico.

—No, no tengo frío.

Y le temblaba la voz.

«Estamos como desnudos—pensaba ella—: tal si estuvieran viéndonos desnudos.»

Al rato pareció amainar la lluvia. Algunos pasaban de prisa bajo los aleros y se los quedaban mirando.

«El colchón sobre el que nos amamos, nuestro retrato de boda... Tal si estuvieran viéndonos desnudos.»

Le vino repentinamente un rubor que le culebreaba por el cuerpo.

—¡Vámonos!

—Espera.

—¡No; debemos irnos, debemos seguir!

Se debatía inútil, casi histéricamente, en el abrazo de él. Y, de pronto, comenzó a llorar. Lloraba mansa, suavemente, como si fuera una niña pequeña.

—¡Vámonos, Pedro, por Dios! ¡Son unos sucios! ¡Nos están mirando!

Cuando, desnudamente solos, reemprendieron la marcha, llovía tenuemente sobre los paraguas enlutados de los hombres.

Dejaron la inmensa mole del estadio a su derecha y frente a ellos apareció como una infinita llanura gris sobre la que resbalaba el brillo de los charcos. Llovía. Escurría el agua por sus cuerpos y sus pobres vestidos parecían como de hule.

—Ya estamos; ya casi estamos...

Se hundían las ruedas en el barrizal arcilloso. «Adelante, adelante.» Valentina también empujaba. Iba a su lado, como una soldadera tras de las tropas, y empujaba con todo su cuerpo. Venía de la lejanía gris un viento ancho y mojado que les amorataba el rostro. «Adelante, adelante.» Los temozos golpeaban las varas.

«Encenderemos fuego y nos secaremos las ropas. Y prepararé un poco de comida», pensaba ella.

En algunas partes el barro les llegaba a los tobillos, y a Valentina se le quedó una alpargata entre el barrizal. Pero, no dijo nada por no retrasar la marcha y siguió caminando descalza. Llovía, llovía. La lluvia cloqueaba contra la madera del carro, les mojaba el rostro y parecían sentirlo andar por sus huesos. Caía oblicua, empujada por el viento, pero a veces les rodeaba, estrechando sus círculos hasta dar con sus cuerpos. Sin embargo, ellos ya no la notaban. Llevaban el agua dentro de sí y no pensaban más que en empujar, ir hacia adelante, en llegar al refugio.

Apareció tras de una leve loma. Una pared de ladrillos rojizos.

—¡Ya estamos! ¡Es ahí, ahí!

Los gritos surgían salpicados de lluvia.

—¡Ahí, ahí!

En un último esfuerzo, en que crujieron hasta sus tendones, llegaron a pocos metros del paredón. Pedro Fernández abandonó el carro y se acercó unos pasos. Se detuvo. La sorpresa pareció petrificarse en el rostro. Todo estaba arrumbado, caído, a merced de la furia del viento. De pronto, se irguió cuanto pudo y prorrumpió en gritos—un extraño lamento de risas y gemidos—que horadaron el silencio de la llanura. Fué por un instante. La lluvia y el viento le golpeaban el pecho. Después, abatido, como sin fuerzas, se dejó caer contra la tierra y sus manos se hundieron crispándose contra el barrizal. Valentina avanzó hacia él y vió cómo hundía sus dientes en el barro.

—¡Pedro, Pedro!

Estremecieron el aire sus gritos.

—¡Pedro, Pedro!

Se arrojó junto a él. Llovía implacablemente sobre sus cuerpos.



FORTIFICACION ECONOMICA DEL CAMPO DE GIBRALTAR

Trabajadores de Algeciras, La Línea San Roque, Tarifa y Los Barrios, reunidos para estudiar los problemas humanos de la comarca

Un plan de industrialización dará aún más fuerza moral a la razón español

(De nuestro enviado especial F. COSTA TORRO.)

«AUNQUE suele creerse lo contrario, a los que vemos el Peñón todos los días nos pesa su realidad actual más que al resto de los españoles», nos decía un buen trabajador de este Campo. Y añadía, todavía más serio: «Nosotros lo padecemos muy directamente, y se equivocan quienes creen que alguna compensación de carácter económico que venga de aquella roca pueda resarcirnos del perjuicio moral que esta situación ocasiona en el individuo y las costumbres de todo el Campo de Gibraltar. Hay quien cree que estamos todos venidos, que nos hemos acostumbrado a la humillación y la propina, que pensamos con mentalidad de estómagos agradecidos y queremos ser lacayos del extranjero, siempre dispuestos a doblar el espinazo y a cobrar en divisas nuestra prostitución espiritual. Si alguien cree que no somos patriotas, que pensamos en inglés, que los habitantes del Campo de Gibraltar somos todos aspirantes a súbditos de la Unión, que nuestro patriotismo es nulo y en nuestros corazones se dibuja una silueta de piedra, le tenemos que decir que

está muy en lo cierto en lo que respecta a esto último. Desde pequeños se dibuja en el corazón de los habitantes del Campo de Gibraltar una silueta de roca animada por un deseo de restablecer en ella el derecho y plantarle la bandera que le corresponde en justicia.»

Duras palabras, pero llenas de realismo y con todo el valor que tiene el pensamiento de quienes viven de una manera más directa el problema. También hay que escuchar a los hombres sencillos sobre una cuestión de la que han hablado tanto los hombres eminentes de nuestro país, y no solamente en nuestros días, sino también en el pasado, hasta el punto que parece que la roca gibraltareña haya sido y sea algo así como la piedra de toque del gran pensamiento político español.

Podríamos citar toda una lista de personalidades españolas que sintieron viva esa herida nacional; hombres ilustres que, sin que existiese en el mundo de entonces el sentimiento, hoy cada vez más general, contra el antiguo colonialismo de zarpa y látigo, ya se adelantaron en la rebeldía contra un mito de fatalidad que no es irremediable.

SE VA A INDUSTRIALIZAR EL CAMPO DE GIBRALTAR

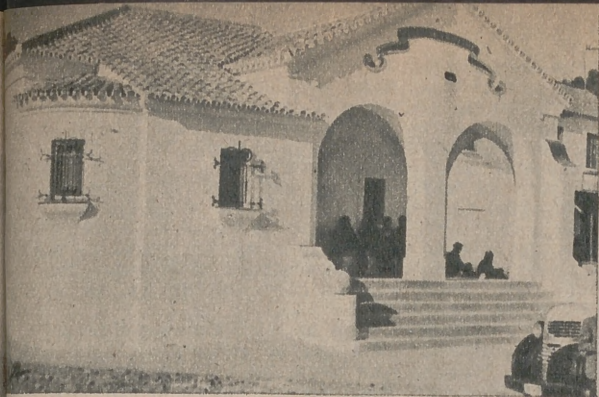
Poco lirismo ha tenido Gibraltar comparado con el que le habrían hecho, seguramente, otros países de haberlo padecido. Y he aquí que en este Campo se abre ahora paso una idea mucho más realista que lírica. De ella queremos hablar ampliamente.

Se trata de industrializar el Campo de Gibraltar, de una fortificación económica de todo este Campo para que tenga aún más fuerza moral la razón de España.

Reciente es todavía la liberación del servicio público de aguas de Algeciras, que estaba en manos de una Compañía inglesa, y ya los trabajadores de esta población han reunido a sus mandatarios para que, junto a los de La Línea, San Roque, Tarifa y Los Barrios, discutan toda una serie de soluciones económicas y sociales para la dignificación humana y el aumento del nivel de vida del Campo de Gibraltar.

Es indiscutible que la presencia inglesa en el Peñón influye decisivamente en la psicología de esta zona de la provincia de Cádiz, que presenta por ello ciertas y, en muchos aspectos, sensibles características diferenciales.





Cinco Municipios: Algeciras, La Línea de la Concepción, San Roque, Tarifa y Los Barrios, forman la zona o comarca española llamada Campo de Gibraltar, que es como el cinturón geográfico y humano que rodea a la lengua de arena y roca del Gibraltar propiamente dicho. Una especie de «hinterland» económico, del que el establecimiento militar británico se abastece no solamente de viveres frescos, y hasta de agua, sino también de trabajadores para la más penosa labor.

DOCE MIL TRABAJADORES ESPAÑOLES

Frente al Peñón, al otro lado de la bahía de su nombre, Algeciras es la capital de la comarca de todo el Campo, con vida económica propia, tráfico ferroviario, puerto pesquero y comercial de gran tradición en el tráfico de mercancías y pasajeros civiles y militares que van y vuelven de nuestro Protectorado de Marruecos por la plaza de soberanía de Ceuta o por la ciudad y puerto internacional de Tánger.

Los problemas económicos, sociales, de tipo moral y humano de esos cinco Municipios serán estudiados en el I Consejo Económico Sindical del Campo de Gibraltar, que es como una «Conferencia de Algeciras» de lo laboral, en la que el Sindicato de Trabajadores de Gibraltar lleva una parte principalísima en las ponencias y discusiones, que penetran frecuentemente en importantes aspectos de la moral pública.

Son más de doce mil los trabajadores españoles que ganan su pan en la labor de descarga de muelles, acarreo de material y perforación de túneles en la plaza de Gibraltar. Este es un tipo de obrero especial que, pese a las incomodidades que supone el traslado diario de ida y vuelta a aquella plaza, obtiene, al cambio de moneda, ciertas compensaciones económicas, que sitúan el jornal medio de un peón trabajando en Gibraltar en un término medio que alcanza a las cincuenta pesetas diarias.

EL PROBLEMA DE LOS TRABAJADORES QUE LLEGAN

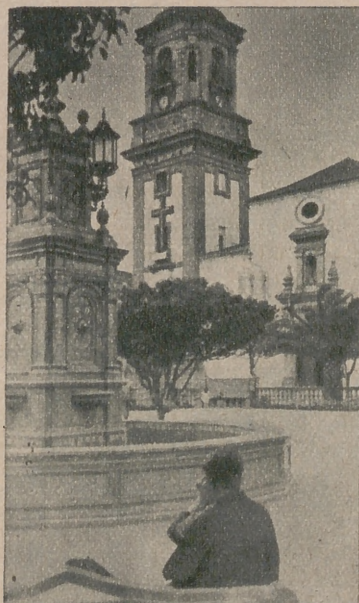
Entre los problemas humanos del Campo de Gibraltar que se van a ver en el I Consejo Económico Sindical está el de la población que, procedente de otras provincias españolas, llega a esta comarca, a veces sin contar con un oficio o profesión completamente determinada. Se trata de gentes, más o menos aventureras, que toman el Campo de Gibraltar como una pequeña América, en

Izquierda: Edificio de la Aduana del Toril, en «San Roque». — Derecha: Vista parcial del puerto de Algeciras

la creencia de que es en él muy fácil y rápido hacer fortuna. Esa idea falsa lleva a ese Campo una población heterogénea y de distintas procedencias, que llega al olor de un hipotético contrabando, que luego la realidad va a imponer como durísimo de realizar impunemente.

Las consecuencias morales que tiene una población desarraigada de la tierra y con un desmedido afán de enriquecimiento sin reparar en los medios, sean o no lícitos, también se pondrán de manifiesto en las reuniones del Consejo que comentamos.

Según el último censo, Algeciras tiene una población de hecho que llega a los 61.500 habitantes, lo que se debe, además de que la vida de esta ciudad se ha hecho más positiva y estable, a otras causas, entre las que podemos señalar el incremento de la riqueza pesquera con mayor valor del producto y una más grande necesidad de consumo. También debe destacarse la llegada de trabajadores del interior con destino a labores de interés militar. A este número añádate algunos llegados de nuestro Marruecos u otros que pretendieron pasar a África y se quedaron en Algeciras empleados en trabajos del puerto o en otras ocupaciones.



Iglesia de Nuestra Señora de la Palma, en Algeciras

En más de 33.000 habitantes ha aumentado solamente la población de Algeciras desde 1936 al día de hoy, lo que dará idea de la magnitud que representa la inmigración interior en el Campo de Gibraltar, y el problema de paro que puede suponer solamente la terminación de los túneles del Peñón, con el consiguiente despido de muchos millares de trabajadores españoles que encontrarían ocupados por otros del interior sus lugares de trabajo.

ALGECIRAS EL PRIMER PUERTO SARDINERO

Una elemental medida previosa aconseja la industrialización del Campo de Gibraltar y la puesta en valor de todas sus posibilidades económicas, en las que las industrias derivadas de la pesca y su acondicionamiento pueden ocupar un lugar muy destacado.

En el pasado año, solamente el puerto de Algeciras obtuvo 9.600 toneladas de sardina, colocándose a la cabeza de todo el litoral español de los tres mares. No obstante, la población de Algeciras sólo cuenta con dos pequeñas industrias de conserva de pescado, que son insuficientes para todo lo obtenido. Resulta antieconómico que grandes cantidades de sardina pescada en este litoral tenga que embarcarse con destino a las fábricas conserveras de Galicia.

También el capítulo de la industria corchera ofrece muy buenas posibilidades en el Campo de Gibraltar, que no carece de alcornoques, además de ser una buena salida al mar de la producción de corcho de otras zonas.

LA INDUSTRIA PAPELERA Y LA INDUSTRIA DEL CEMENTO

Otro aspecto muy interesante para los proyectos de industrialización de este Campo es el que ofrece la industria papelera, que ya cuenta aquí con un positivo ensayo fabril en el que se obtiene muy buena celulosa de la pita.

Además de todo esto, las fábricas de cemento tienen en el Campo de Gibraltar una situación estratégica y reditiva por el aumento de población y las continuas necesidades de edificaciones de nuevas viviendas.

Largo es también el capítulo de solicitudes de Obras Públicas que se discutirán en este I Consejo Económico Sindical, que tiene ponencias de abastecimiento de aguas; edificación de viviendas; mejora de la agricultura y ganadería; industrialización; salarios, paro y previsión social; pesca, con todos sus aspectos de fábricas

complementarias de frío industrial y conservas; transportes, etc.

Tampoco se descuidan aspectos tan interesantes como los de enseñanza profesional y técnica; repoblación forestal; medidas encaminadas a la atracción del turismo; mejoras del transporte de viajeros y mercancías por ferrocarril y carretera; ampliación del puerto pesquero de Algeciras; construcción de nuevas escuelas graduadas y de Artes y Oficios Artísticos. Pero demuestra una decidida protección al espíritu nacional en todo el Campo de Gibraltar y, muy especialmente, en aquellos lugares que por estar más próximos y en contacto con el establecimiento británico necesitan de una mayor defensa de la fe católica y del patriotismo entre las clases populares de la población desarraigadas de sus localidades de origen, presa fácil de la solicitud económica y el proselitismo de creencias religiosas respetables, pero que no coinciden con el sentir religioso del pueblo español.

El espíritu realista y altamente constructivo en la discusión de las ponencias y proyectos del I Consejo Económico Sindical del Campo de Gibraltar hace que se esperen de esta interesantísima reunión grandes frutos en problemas humanos y de naturaleza económico-social que hasta ahora estuvieron un poco abandonados, pese a su grande y compleja trascendencia como fortificación y refuerzo de la justa e imprescriptible razón de España en este Campo.

LA ESCASEZ DE AGUA EN GIBRALTAR

La liberación del servicio de abastecimiento de aguas de Algeciras nos ofrece oportunidad de contar la historia y anécdota de uno de los más curiosos «Gibraltar económicos» dados en la economía española y que tiene esta vez hasta una cierta concomitancia con el Gibraltar propiamente dicho.

Dicen por aquí que el Campo de Gibraltar necesita de una mejora conjunta en los abastecimientos municipales de aguas. Este es un problema sobre cuyas soluciones se insistirá en el I Consejo Económico Sindical de este Campo. Y se señalan a este respecto muy acertados remedios.

Pero el problema más grave entre todos los que en este abastecimiento municipal existe en la

zona, es el que tiene la plaza de Gibraltar, donde no existen manantiales y el agua de lluvia es recogida en el Peñón en unas rampas asfaltadas que terminan en aljibes; pero como esta medida no resulta suficiente ha tenido que procederse en aquella plaza al filtrado de agua del mar.

Es muy probable que la escasez de agua potable en la plaza gibraltareña fué el origen encubierto de Andalucía Water Company Limited, de la que hace poco se ha liberado, por fin, la población de Algeciras.

La pequeña historia de este caso es rica en incidencias y reclamaciones, en las que el actual Alcalde de Algeciras ha actuado un poco casi a lo Alcalde de Mostoles.

Resulta que el día 29 de abril de 1911, un señor llamado don Ubaldo de Azpiazu y Artazu presentó un interesante proyecto de abastecimiento de aguas al Ayuntamiento de Algeciras, del que solicitaba la concesión por un plazo de noventa años. El 8 de mayo de 1911, la Corporación Municipal algecireña acordaba la aprobación de aquel proyecto, así como las bases del correspondiente contrato y el reglamento por el que debía regirse el abastecimiento de aguas en la ciudad.

En aquel contrato había, sin embargo, una cláusula que parecía casi de relleno, y sobre cuya posible trascendencia política nadie puso mucha atención. Decía así la cláusula número 13:

«El concesionario podrá ceder la concesión con todos sus derechos y obligaciones a cualquier entidad española o extranjera, debiendo en este último caso nombrar tal entidad un representante con residencia oficial en Algeciras y con poderes suficientes y plena autoridad para atender en cualquier momento a las operaciones corrientes que se refieren a los trabajos y obligaciones contraídas por este contrato.»

LA COMPANIA INGLESA NO CUMPLE LOS COMPROMISOS

Esta concesión fué otorgada por el antiguo Ministerio de Fomento, mediante Real Orden de 22 de diciembre de 1911. Poco tiempo después, el 9 de agosto de 1912, don Ubaldo de Azpiazu y Artazu, en uso de la facultad que se había reservado en la cláusula

número 13 del contrato, vendió todos sus derechos y obligaciones sobre el agua de Algeciras a una entidad económica que empezó a llamarse Andalucía Water Company Limited.

Desde entonces, la Compañía inglesa estuvo a cargo del abastecimiento de aguas de Algeciras procedentes de los manantiales del Guadalmequí, engrosadas con alguna captación del río de la Miel.

Una de las obligaciones estipulaba que el concesionario tenía que pagar al Ayuntamiento de Algeciras un canon de diez céntimos de peseta por cada metro cúbico de agua que vendía en el muelle a los barcos extranjeros, y cinco céntimos de peseta a los de bandera española, exceptuando a los de guerra. Se disponía también que estos cánones se duplicaran a veinte y diez céntimos cuando la cantidad vendida pasase de 25.000 metros cúbicos.

Luego había de verse que la Andalucía Water Company Limited no cumplía con todas sus obligaciones. Que no atendió al riego de calles mediante autobombas y que descuidaba la ampliación de captaciones que asegurasen el aumento gradual de los suministros de acuerdo con las necesidades de la ciudad.

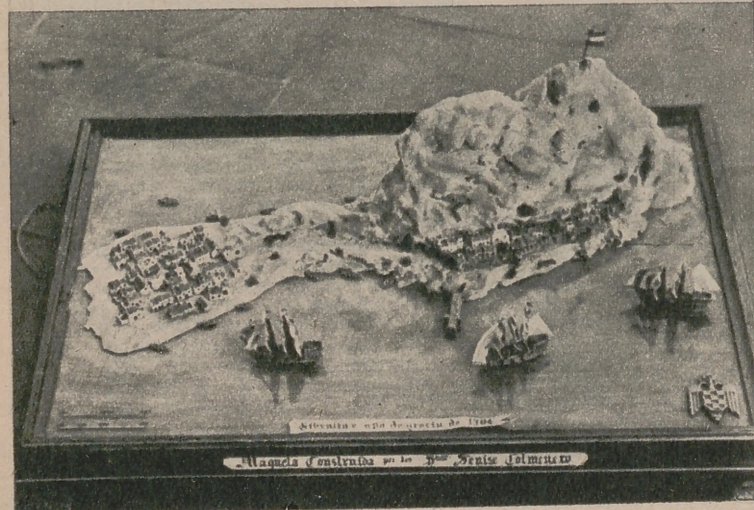
El gran aumento de la población de Algeciras, producido a partir de la terminación de nuestra guerra, agravó muy considerablemente el problema de la insuficiencia de agua. Y aunque muchos habitantes tomaron el espectáculo de las colas como un número más de folklore andaluz, no fué de la misma opinión el Ayuntamiento nuevo que se constituyó a principios de 1948.

En el nuevo plan de gestiones municipales no podía faltar el acuciante problema del agua. Se estudió bien el problema y se dirigieron a la Andalucía Water Company Limited solicitudes primero y advertencias después, que habían de caer unas y otras poco menos que en saco roto.

Ante la fiera de la Compañía inglesa, el joven Alcalde de Algeciras presentó en octubre de 1948 una moción a la Comisión municipal gestora en la que se proponía que la Compañía concesionaria de las aguas fuera requerida notarialmente para que repasando todos los defectos existentes en las captaciones, embalses y sistemas de conducción se diera exacto cumplimiento a lo contratado y hasta se realizaran obras de ampliación para conseguir un necesario aumento de caudal. En aquella moción hasta se previó que las obras ampliatorias podrían ser realizadas por el Ayuntamiento algecireño, que constituiría con la Andalucía Water Company Limited una Sociedad regular colectiva.

Se dió a la Compañía inglesa un plazo de treinta días para que contestara, antes de que la Corporación municipal entablase contra ella las acciones a que hubiese lugar.

El día 19 de noviembre se efectuó el requerimiento que, al ser conocido por los representantes en España de la Andalucía Water Company Limited, anuncian,



Maqueta de Gibraltar según las construcciones en el Peñón, en el año 1704

aunque con cierta dilación, una visita a Algeciras, que tiene lugar en enero de 1949.

Las promesas de que sería buscada la solución al problema del abastecimiento de aguas de esta ciudad, hizo que se amainara un poco el temporal, pero ante las nuevas dilaciones, el Ayuntamiento no quiso verse envuelto en una bruma de incertidumbres ni que una cortina de humo le apartase de un objetivo cierto como era el de la urgente solución del problema.

CADUCA LA CONCESION DEL SUMINISTRO DEL AGUA

Cansada hasta la saciedad la Corporación municipal algecireña de esperar inútilmente; agotadas todas las fórmulas amistosas, la municipalidad se decide a dar un importante paso, y el día 12 de abril de 1950 solicita del Ministerio de Obras Públicas declarar, por incumplimiento de contrato, la caducidad de la concesión que por el antiguo Ministerio de Fomento se había hecho a don Ubaldo Azpiazu y Artazu, y que éste había vendido a la Andalucía Water Company Limited.

Como consecuencia de tal petición, el «Boletín Oficial del Estado» de 9 de julio de 1952 publicó una resolución del Ministerio de Obras Públicas que, en su parte más esencial decía lo siguiente:

«Visto el expediente de caducidad de la concesión otorgada a don Ubaldo de Azpiazu, hoy Andalucía Water Company Limited, para aprovechar aguas de varios manantiales sitos en las laderas del río Guadalmeñí, con destino al abastecimiento de Algeciras (Cádiz), asunto en el cual ha dictaminado el Consejo de Estado,

Este Ministerio, oído a dicho Alto Cuerpo consultivo; por el espíritu de la concesión; por lo que en el presente momento histórico es norma de Gobierno para todo lo que se refiere a abastecimiento de aguas en el Campo de Gibraltar; y por la realidad de los hechos que demuestran el desamparo en que la Compañía ha tenido a Algeciras, a la que venía obligada a servir una mejor dotación de agua, ha resuelto decretar la caducidad de la concesión objeto de este expediente.»

Pero la Andalucía Water Company Limited no se resigna ante tal resolución, y entabla recurso ante el Tribunal Supremo.

Al mismo tiempo que esto ocurría, la Junta de Obras del Puerto tramitaba un expediente para aprovechar aguas del río de la Miel con destino al servicio de aguada de los buques y demás necesidades portuarias en este aspecto de los abastecimientos de agua.

Una resolución acordada en Consejo de Ministros ponía fin al expediente de la Junta de Obras del Puerto con la concesión de aguas del río de la Miel para las necesidades del puerto de Algeciras, parte de las cuales debían destinarse al abastecimiento de la población.

Pareció en un principio que la Andalucía Water Company Limited iba a beneficiarse del esfuerzo de los demás, que le re-



Plaza de Fariñas y Ayuntamiento de la Línea de la Concepción



Vista parcial del puerto de Cádiz

solverían el problema de un mejor abastecimiento de agua. Entonces fué cuando el Ayuntamiento acordó ofrecer a la Compañía inglesa la suma de tres millones de pesetas por la compra de todas las instalaciones, condición que la Compañía aceptó en seguida, dispuesta a vender por este precio todas las instalaciones y servicios de su propiedad afectos al abastecimiento de aguas de Algeciras.

Luego, los quebraderos de cabeza fueron del Ayuntamiento algecireño para lograr esta suma.

Se hicieron gestiones en varias entidades bancarias privadas, hasta que, por fin, el Banco Español de Crédito puso a disposición del Ayuntamiento de Algeciras la cantidad de tres millones y medio de pesetas para la compra de las instalaciones de la Compañía inglesa y los primeros gastos de las obras urgentes a realizar para el aumento del caudal de aguas.

LA ESCRITURA DE LA COMPRA, EN UN LUGAR HISTORICO

Como consecuencia de todo esto, el 22 de febrero de 1954 tuvo lugar en el histórico salón de sesiones del Ayuntamiento de Algeciras (el de la célebre Conferencia de Algeciras sobre Marruecos) la ceremonia de firma de escrituras de compra-venta, en la que la Andalucía Water Company Limited cedió todos sus derechos y obligaciones sobre el agua de Algeciras al Ayuntamiento de esta ciudad. Esta puede considerarse gestión resuelta, y más cuando a este problema ayudan también ahora los Servi-

cios Hidráulicos del Sur de España, que tienen en estudio el abastecimiento de la zona ensanche de Algeciras y de la barriada de La Bajadilla.

Ahora se le presenta a la Corporación municipal algecireña el problema derivado de la reparación, reforma y reposición de tuberías, además de obras muy importantes para el aumento de caudal. Debemos pensar que la población de Algeciras casi se ha triplicado desde la terminación de la guerra de España, y que todo plan de miras estrechas resulta pequeño hoy, y mucho más si se refiere a lo que el Campo de Gibraltar será en un futuro próximo si, como es de esperar, se llevan a feliz término muchos de los proyectos de puesta en valor de estas tierras mediante la industrialización y el riego.

Por ello, el abastecimiento de aguas de Algeciras dicen que debe ser acordado con un gran plan de obras hidráulicas para todo el Campo de Gibraltar; plan que se incluye en las peticiones que eleva a los Poderes Públicos del Estado el interesante I Consejo Económico Sindical, en el que toman parte todas las fuerzas laborales de la comarca.

Esta es la pequeña historia del agua de Algeciras y el proceso de su liberación. Es la pequeña historia de un «Gibraltar económico» bastante relacionado por proximidad, y hasta por suministro, a ese peñón de Calpe, a ese monte de Tarik, que desde que el legendario golpe de Hércules abrió el Estrecho que lleva el nombre de esa roca milenaria, está tan dentro del corazón de España.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

POLITICA EXTERNA DE SALAZAR

Por **MATOS GOMES**

MATOS GOMES

Politica Externa
de
SALAZAR

EDICIONES
ALEM

El prestigio de un país entre los demás se fundamenta, ante todo, en la cohesión política de su pueblo y en la conciencia nacional de su cultura.

El día 27 de abril de 1928, cuando Salazar tomó posesión de la cartera de Finanzas, había un problema que quedó resuelto por la Dictadura militar del 28 de mayo: el de la seguridad en las calles.

Con anterioridad a 1926 los partidos, las facciones, los grupos, los centros políticos mantenían un régimen de inseguridad, de revuelta, de huelga, de atentado, y de ahí se deducía la anarquía en las fábricas, en los servicios, en las calles, y, naturalmente, la imposibilidad de reaccionar, cualquiera que fuese el valor de los hombres y la rectitud de las intenciones. Las fórmulas políticas eran plantas exóticas importadas. Sometidos desde hacia varias generaciones a una dictadura masónica extracontinental, no dejábamos de copiar literatura y políticamente a Francia de un modo servil e indirecto.

Al proscribir definitivamente el liberalismo, el individualismo y las luchas de los partidos y sociales, el levantamiento nacional traía implícita la creación de una nueva ideología política, jurídica y social conducente al restablecimiento del Estado nacional autoritario, capaz de tomar resueltamente en sus manos las tradiciones aprovechables del pasado, las realidades del presente, los frutos de la experiencia propia y ajena, la previsión del futuro, las justas aspiraciones de los pueblos, el ansia de autoridad y disciplina de las generaciones de nuestro tiempo y construir un nuevo orden de cosas que, sin excluir aquellas verdades sustanciales de todos los sistemas políticos, se adapte mejor a nuestro tiempo y a nuestras necesidades.

En 1930, como consecuencia de los manejos del individualismo y del internacionalismo, los pueblos vivían en lo interno y en lo internacional en una época de debilidad del Estado. A la pulverización individualista seguía, sin solución de continuidad, lógicamente, el estatismo total del bolchevismo internacionalista: del hombre-soberanía, ebrío de libertad, se pasaba al hombre-átomo, océano sin gotas, desierto sin arena, sociedad sin derechos, cuerpo sin alma. Ni la religión, ni las razas, ni las fronteras nacionales escapaban a la rebañocracia materialista.

PORTUGAL, como España, no fué protagonista de la política exterior en el desdichado siglo liberal. Sufrió esa política y anduvo a remolque de Londres y París porque su ser nacional estaba siendo desvirtuado por filosofías importadas y extrañas a su idiosincrasia y a sus intereses: la masonería liberal, un romanticismo anarquizante y el materialismo marxista dieron al traste con la unidad interna de los portugueses, esterilizaron las virtudes de su pueblo y pusieron el imperio colonial en trance de ruina inminente, después de haber destruido la Monarquía secular.

También en Portugal fué el Ejército quien inició la obra salvadora, empezando por imponer el orden en la calle. Luego, Salazar impuso el orden en lo administrativo, en la hacienda, en lo social y en lo político. Liberado Portugal de las filosofías políticas extranjeras, recuperó inmediatamente la voz de su auténtica personalidad en el concierto mundial. Portugal se anticipó, igualmente, a las grandes potencias europeas llamadas democráticas y entendió la naturaleza de las grandes amenazas que pesan sobre el mundo y que había sufrido en su propia carne. Por eso ha estado al lado de España desde el primer momento del Movimiento Nacional.

Todo esto y la ejemplaridad de valor universal de la amistad de los dos pueblos es lo que refleja sobria y elegantemente el libro que resumimos, con especial atención hacia aquellas partes que más directamente aluden a España.

IMPERIO Y POLITICA MUNDIAL

El renacimiento de Portugal no podía limitarse a nuestra personalidad europea. Europeos por la sangre y por la civilización nos desdoblamos por el mundo, creando así una finalidad universal a nuestro pueblo.

Restablecido el orden y organizada la administración, la necesidad del Ejército, considerado como elemento de política exterior y colonial, aparece como exigencia esencial de nuestra Revolución.

En Ginebra, la Sociedad de Naciones era fundamentalmente el centro de la política europea continental. De hecho, con la salida de Alemania, representaba de manera predominante casi únicamente la voluntad política de Inglaterra, de Francia y de la U. R. S. S. A su sombra medraron las mayores insidias contra el sosiego y el justo derecho de los pueblos. Algunas de esas insidias nos afectaban directamente, como, por ejemplo, cuando en 1926, mediante el préstamo de unos millones, se nos quería someter a las normas de «fiscal» extranjero. Lo mismo puede decirse de todos los manejos relativos al problema colonial. Unas veces se lanzaba la idea de que todas las colonias fuesen entregadas a la Sociedad de Naciones y otras se hablaba de una nueva distribución de los mandatos coloniales.

LA GUERRA DE ESPAÑA

En el conflicto español lanzaron teas incendiarias dos especies de intereses, ambos internacionalistas: los intereses político-revolucionarios del comunismo, y los intereses económicos de la plutocracia armamentista. La actividad diplomática de todos los países europeos sufrió la influencia de maniobras dobles, tendentes a la generalización de la guerra. En breve surgieron, nítidos, antagónicos y totalmente irreconciliables, dos bloques, servidos por la política, por la diplomacia y, más cautelosamente, por las armas: el democrático-comunista de un lado y los nacionalistas ordenados y autoritarios de otro.

Portugal fué el primero en tener conciencia de esta realidad y en denunciarla a Europa. Dió su adhesión de principio a la propuesta anglo-francesa para un acuerdo de no intervención y aprovechó la ocasión para llamar la atención de los paí-

ses interesados en el acuerdo sobre las condiciones de violencia extrema en que se está desenvolviendo la contienda. En realidad, las milicias comunistas y anarquistas practican un régimen de terror metódico en las localidades que dominan, destruyen el patrimonio público y privado de España, como obedeciendo a un plan preconcebido; asesinan en masa con fría premeditación a los individuos pertenecientes a clases sociales que consideran indeseables. Por lo tanto, «al Gobierno portugués le parece oportuno que, junto al acuerdo de no intervención que le ha sido propuesto, figure también una condenación de semejantes sistemas de transformación social».

La cita anterior corresponde a un documento firmado por el ministro de Negocios Extranjeros. Constituyó la primera indicación oficial de la actitud portuguesa respecto al conflicto y siguió una nota dirigida el 21 de agosto de 1936 a los Gobiernos británico y francés las reservas y condiciones de la adhesión de Portugal al acuerdo de no intervención.

El 27 de agosto fué publicado un decreto-ley para la ejecución de los derechos adquiridos. Iba a comenzar el calvario de nuestra paciencia ante los engaños, las exigencias, las acusaciones, los ataques del comunismo desde sus centros de Madrid y Moscú.

Para juzgar el interés singular que tenía para Portugal el conflicto de España, basta citar lo que escribía el periódico parisiense «Le Matin» del 22 de marzo de 1936. Decía que en la sesión del 27 de febrero del mismo año el Komintern «se ocupó especialmente de la soviétización de España, enviando a la Península como técnicos revolucionarios a los conocidos terroristas Bela Kun y Losovski, apoyados en abundantes medios financieros, y cuyo programa vale la pena transcribir:

- a) Dimisión forzada del Presidente de la República, Alcalá Zamora.
- b) Instauración de un Gobierno Dictatorial de Obreros y Campesinos.
- c) Confiscación de tierras, nacionalización de bancos, minas, fábricas y ferrocarriles.
- d) Aniquilamiento de los partidos burgueses.
- e) Instauración de un régimen de terror en masa.
- f) Creación de milicias obreras.
- g) Destrucción de iglesias y conventos.
- h) Supresión de la Prensa burguesa.
- i) Creación del Ejército rojo español.
- j) **PROVOCACION DE LA GUERRA CONTRA PORTUGAL A TITULO DE EXPERIENCIA DE GUERRA REVOLUCIONARIA.**

La actitud portuguesa era el mayor obstáculo a una posible derrota de los nacionalistas, porque les evitaba el ataque por las costas y les permitía seguir sin preocupaciones su lucha contra las hordas rojas. Por eso, según señalaba en respuesta a las acusaciones rusas el Gobierno portugués, «la actitud rusa con Portugal no es más que un episodio de su intervención en la guerra civil de España».

POLITICA PENINSULAR

Las relaciones amistosas entre Portugal y España se fundamentan en un hecho irreductible: la dualidad peninsular. La unidad es imposible. La colaboración amiga, la vecindad solidaria y el complemento de la mutua franqueza dentro de un bloque fuerte, resistente como un pilar de la civilización ecuménica de Europa, es el sello con el que la Providencia marca a la Península el rumbo de su grandeza invencible.

El Bloque Peninsular probó su resistencia durante el conflicto. La creación de nuevas relaciones nos fortaleció la resistencia en la órbita atlántica y la amistad en el desenvolvimiento de toda la riqueza espiritual de Hispania nos proporcionó armas científicas, intelectuales y humanas para apartarnos de la influencia francesa y para aprender a conocernos mejor y a utilizar con más provecho nuestros recursos autóctonos. Conviene no olvidar nunca este fundamento: el Bloque fué posible porque ni en Portugal ni en España había partidos que pulverizasen legalmente las energías nacionales.

Conclusión: La política exterior de Portugal se resume en una serie de puntos fundamentales, que constituyen la línea tradicional y que se expresan en la fidelidad a Roma, la amistad peninsular, la política atlántica singularizada en la amistad con Inglaterra y la hermandad con el Brasil, la cooperación con Norteamérica y una reserva moral, una ejemplaridad ecuménica de inestimable valor para el futuro.



Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.

Prestigio de

Galerías
Preciados

MADRID

UNA SOCIEDAD SENTADA EN EL BANQUILLO

WILMA MONTESI ACUSA

Un escándalo sin precedentes. en Italia



El abogado Carnelutti, famoso mundialmente en el ámbito del Derecho, y al cual Piccioni ha confiado su defensa, aparece en esta fotografía mirando un tanto perplejo a Ana María Caglio, que se dispone a entrar en la sala para su larga declaración. La muchacha no parece turbada por la presencia del abogado

EN la primera parte de este reportaje, publicada en nuestro número anterior, informábamos a nuestros lectores de la inesperada resurrección del asunto de la muerte de Wilma Montesi, a raíz de las indagaciones del periodista Silvano Muto, y adelantábamos la aparición en escena de dos personajes jemeninos extraños e interesantes: Ana María Caglio y Adriana Bisaccia.

Hoy continuamos la narración de los hechos a partir de este momento, dando noticia de las sorprendentes declaraciones ante el Tribunal, de Ana María Caglio, sus graves acusaciones contra el marqués de San Bartolomé y otros incidentes escandalosos en el proceso.

Como podrán observar nuestros lectores, el ambiente de inmoralidad y vicio que sale a flote a lo largo de las indagaciones, justifica plenamente nuestros comentarios al asunto publicados en el anterior número de nuestro semanario.

Esta segunda parte, que damos hoy, necesariamente ha de seguir el hilo de las declaraciones y testimonios documentales que se han ido produciendo a lo largo del proceso. El carácter de los personajes, su lenguaje, las referencias a distintos medios sociales, reflejan con suficiente claridad los movimientos ocultos, la disolución de costumbres y los tremendos peligros que en estos ambientes fraguan y hasta qué punto la salud moral de un país puede resultar mortalmente herida por los mismos. Tengamos en cuenta que como el comercio de estupefacientes suele desarrollarse a través de una complicada red internacional, cuya tendencia es siempre ampliar cada día más su radio de acción.

malías judiciales se suceden. Los abogados de Silvano Muto habían le presiones que han sido ejercidas sobre los testigos. Un diputado neofascista reclama una investigación que permita establecer la responsabilidad de todos los funcionarios que han tenido relación con el caso Montesi. Esto supone tanto como acusar al hombre que era ministro del Interior en 1953, cuando el asunto Montesi fué clausurado. Este hombre se llama Mario Scelba y es actualmente el presidente del Consejo de Ministros.

La sucesiva aparición de nuevos nombres y los detalles contradictorios que van surgiendo a lo largo del proceso apasionan la curiosidad del público. La extraña muerte de Wilma Montesi levanta una larga cadena de escandalosos asuntos. Una nación todavía convaleciente de la terrible enfermedad de la guerra, con toda su secuela de debilidades e inmoralidades, azechada por dificultades económicas y políticas, no tiene salud suficiente que le permita reabsorber silenciosamente el absceso Montesi. En plena incertidumbre política, en medio de un estado inquietante, la opinión se lanza a un juego morboso sobre el rompecabezas de esta historia tenebrosa de lujuria, droga y sangre. Detrás de sus episodios rocambolescos, el asunto Montesi revela la profundidad de esta tremenda enfermedad social.

LAS «DOS MUCHACHAS DEL SIGLO»

Las revelaciones del periodista en sus artículos han complicado a dos muchachas que después tendrán una importancia extraordinaria en las sesiones del proceso. La una se llama Adriana Conchetta Bisaccia, y la otra, Ana María Monetta Caglio, que serán llama-

MUTO, ALTERADOR DEL ORDEN PUBLICO

EL artículo que Muto publica en «Attualità» le sigue el escándalo. Un escándalo sin precedentes, con unas repercusiones imprevisible, y que amenaza provocar una seria crisis política y el entredicho de altas cancillerías y esferas sociales. La justicia ha reaccionado con una admirable celeridad. Muto es acusado de delito contra el orden y la paz pública. Rápidamente el asunto Montesi se da por definitivamente clausurado, pero entonces Muto descarga su segundo golpe y revela que el señor X es el marqués Montagna y el señor Y es Giampiero Piccione. Falta todavía la revelación de un tercer personaje, cuyo nombre, por el momento, queda oculto en la aclaración de Silvano Muto.

Piccione, como ya se dijo, es el hijo del ministro del mismo apellido, uno de los jefes de la alia derecha del partido demócrata-cris-

tiano. El muchacho es conocido en el Saint Germain des Prés romano bajo el nombre de Piero Morgan. Ha dirigido una orquesta de jazz y es frecuente asiduo de los lugares de diversión y extravió de la Via Vittorio Veneto.

Muto, después de la publicación de sus artículos, ha recibido amenazadoras cartas: «El silencio o la muerte», es el dilema que se le ofrece. Pero Muto ha elegido ya su firme postura y piensa llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias. Nombra defensor al abogado Giuseppe Sotgiu, al que algunas revistas y periódicos italianos califican de filocomunista, recordando que se presentó como candidato en unas elecciones por dicho partido, a quien ayuda en su cometido otro abogado romano.

Las peripecias de este asunto son todas ellas de un gran enredo y las intervenciones y las ano-

madas de aquí en adelante, por los periódicos italianos las «dos muchachas del siglo».

Adriana Concetta Bisaccia proviene de una modesta familia de provincia, que llega a Roma con ilusión de poder trabajar en el cine. Ya que esto no le será posible, Adriana encontrará ciertas consolaciones en los jóvenes estetas de la sociedad romana. Silvano Muto traba conocimiento y amistad con ella en la estación de Ostia, y dice apoyarse en sus confidencias para sus revelaciones periodísticas; ella negará luego haber revelado nada a Muto sobre el caso Montesi. Fué novia del pintor morfinómano Dullio Francini, con el que hizo amistad y estableció relaciones a raíz de su salida del hospital, después de un intento de suicidio. Se ha dicho de ella en algunos periódicos que su lista de amantes asciende a un alto número.

Ana María Monetta Caglio, conocida en la Vía Vittorio Veneto con el nombre de «Cisne Negro», es hija de un notario de Milán. Activa, exuberante, espiritual. Llega a Roma para cursar estudios de Derecho y, entretanto, se siente tentada por el cine, el teatro y el periodismo. Escribe algunos artículos y conoce al marqués Montagna, quien le ofrece actuar en el teatro Pirandello. Durante algún tiempo es amante del marqués, con el que rompe después sus relaciones y al que termina odiando ferozmente. Un misterioso personaje la incita a decir todo lo que sabe sobre el asunto Montesi; a pesar de sus aventuras amorosas, es piadosa; un tío suyo es sacerdote. Como recordarán nuestros lectores, en la primera parte de este reportaje se indicó que se había presentado de improviso en la oficina de Silvano Muto, para decirle:

—Yo sé todo lo que ha pasado con Wilma Montesi. Voy a revelarle a usted toda la verdad.

Con estos tres principales personajes como protagonistas: Silvano Muto, Ana María Monetta Caglio y Adriana Concetta Bisaccia, comienza el sensacional proceso.

COMIENZA EL PROCESO CONTRA MUTO

Muto, al comparecer ante los jueces, confirmó sustancialmente todo lo que había escrito en su periódico. Afirmó que condujo directamente las indagaciones que se propuso hacer sobre la muerte de Wilma Montesi, y que Adriana Bisaccia le dió cuenta de muchas cosas que sabía de este asunto y de haber participado en las reuniones que se celebraban en Capocotta. Afirmaba la Bisaccia, según Muto, que la Montesi conocía a personas de la más alta sociedad que intervenían en estas fiestas y que debían considerarse responsables de su muerte.

Muto explica ante el Tribunal la fuente de sus conocimientos sobre el caso:

—Luego, me visitó Ana María Monetta Caglio, hablándome de los tráficos de estupefacientes y de las famosas reuniones, dándome el nombre de Ugo Montagna, marqués de San Bartolomé, administrador de Capocotta. Monetta Caglio confirmó que en Capocotta se celebraban reuniones a base de tomar estupefacientes, y

que Montagna era amigo de Piccione, sosteniendo que ellos conocían las circunstancias en las que había muerto Wilma Montesi. Por otra parte, la Bisaccia me dió cuenta de que en aquella ocasión Wilma se había sentido enferma a consecuencia de haber tomado drogas en cantidad excesiva, y que murió en la reunión, siendo su cuerpo transportado en un coche y abandonado sobre la playa, afirmando que todos estos particulares detalles los conocía por dos o tres personas que estaban al corriente de todos los secretos de este asunto.

Puesto otra vez de actualidad el caso Montesi por esta confirmación de Silvano Muto en sus declaraciones periodísticas anteriores, el caso Montesi acapara la primera plana de todos los periódicos italianos, las portadas de revistas y semanarios, y apasiona a la opinión pública.

Al día siguiente de esta primera audiencia del proceso, el marqués Montagna se querrela contra Muto por difamación.

SORPRENDENTES DECLARACIONES DE ANA MARIA CAGLIO

En la audiencia del 6 de marzo, el numeroso público que se encontraba a la entrada del Palacio de Justicia donde se celebraba el proceso, acogió la presencia de Muto, al final de la jornada del proceso, con gritos de «¡Viva Muto!», «¡Bravo Muto!» y también «¡Viva la Caglio!».

La Caglio comenzó su exposición diciendo que sus sospechas sobre Piccione y Montagna tienen su origen en el día 7 de abril del 53, y arrancan del momento en que se encontraba en casa de Montagna, con el cual estaba en relaciones amorosas desde algunos meses. «Súbitamente, Montagna me dijo—asegura la Ca-

glio—que tenía que marcharme a Milán, porque él tenía que ir a Capocotta junto con Piccione, y no valieron mis protestas contra su decisión, por lo que tuve que hacer el equipaje. Regresé a Roma el día 10 de abril, y, contrariamente a lo acostumbrado, Montagna no me esperaba en la estación. Me dirigí rápidamente a casa de Montagna; después de algunas horas, fué llamado al teléfono por una persona que se llamaba Piero, y que más tarde me confirmó se trataba de Piero Piccione, diciéndome que su amigo salía de viaje.»

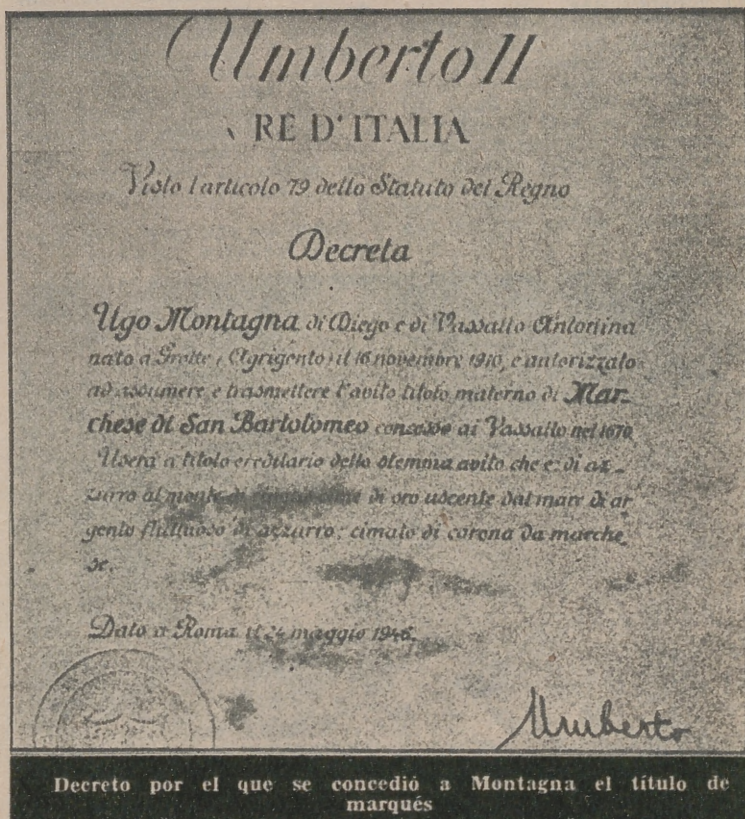
El presidente del Tribunal la interroga:

PRESIDENTE.—¿No dijo adónde? ¿Cómo recuerda usted la fecha exacta?

CAGLIO.—No me dijo dónde marchaba Piccione. Recuerdo el día de aquella llamada, porque por la mañana había leído en los periódicos la noticia de haberse encontrado el cadáver de una muchacha en la playa de Tor Vaianica. Recuerdo que yo le expresé a Montagna mis preocupaciones, porque la muchacha había sido encontrada muy cerca de la finca de Capocotta. Aquel mismo día fuimos a Capocotta, y allí nos encontramos hasta el final de la tarde. Recuerdo que la mujer del guarda, Venanzio de Felice, me dijo que la muchacha que había aparecido muerta en la playa era muy bella. Yo no llegué a verla.

PRESIDENTE.—¿Usted no llegó a conocer a Wilma Montesi? ¿Cómo se ha dicho que usted la vió en enero del 53, con Ugo Montagna, y que después la reconoció?

CAGLIO.—El 7 de enero del 53 telefoné varias veces a Montagna, pero no me respondió nadie. Sorprendida, y temiendo que él estuviera en casa en compañía de otras mujeres, salí en mi coche y me acerqué a las proximidades de su casa.



PRESIDENTE.—¿Usted tenía un coche?

CAGLIO.—Sí; me lo había regalado él. Mientras estaba junto a la puerta, vi la luz del portal que se encendía y oí claramente su voz que le decía al portero: «Attilio, nos vamos.» Evidentemente no estaba solo. Me volví hacia el garaje y vi sentada junto al volante, en el automóvil de Montagna, a una muchacha de pelo negro. Poco después llegó Montagna, y partieron. Me dediqué entonces a seguirles, y en esta persecución a tropellé a un peatón.

PRESIDENTE.—Protestaría este peatón atropellado, ¿verdad?

CAGLIO.—Sí; me gritó. Yo le dije que tomara el número de mi matrícula, y proseguí la carrera a través de la ciudad por calles de dirección prohibida, por callejones y por aceras. Cerca de la Via Condotti volví a encontrar el coche de Montagna, que exactamente en aquel momento había parado para que bajara su acompañante. La vi de espaldas y noté que era muy bella, un poco más alta que yo, y joven. Sus cabellos, como he dicho, eran negros, ni cortos ni largos; llevaba un pequeño sombrero marrón y un abrigo estrecho, de color claro, que le llegaba a media pierna.

PRESIDENTE.—¿Estaba usted celosa?

CAGLIO.—Sí.

LA «VIEJA DROMEDARIA»

PRESIDENTE.—¿Recuerda que entre las amistades de Montagna existía una mujer casada, a la que usted llamaba «la vieja...»?

CAGLIO.—La llamaba «la vieja dromedaria». Pero no era ella, aquel día, la que iba con Montagna. Sabía que existía, y soportaba sus relaciones con Ugo con paciencia; pero con otras mujeres no podía soportar que Montagna tuviese confanzas.

PRESIDENTE.—¿Por qué la llama «dromedaria»?

CAGLIO.—Llamo así a todas las mujeres más altas que yo. También la muchacha de los cabellos negros, que iba en el coche con Montagna la tarde del 7 de enero, era siete u ocho centímetros más alta que yo. Llevaba tacones bajos. La cara no llegué a verla, pero estoy segura de todos los otros particulares: altura, cabello, vestido, incluso las «curvas».

PRESIDENTE.—¿Cómo, entonces, ha creído identificar la muchacha aquella con la que apareció fotografiada en la revista «Attualità» y no la había reconocido antes en las muchas fotografías que se habían publicado en todos los periódicos?

CAGLIO.—Porque en la revista «Attualità», Wilma Montesi aparecía de cuerpo entero, y en las otras, sólo de medio cuerpo.

PRESIDENTE.—¿Siguió a aquella muchacha cuando bajó en la Via Condotti?

CAGLIO.—Ella dió algunos pasos tratando de esconderse, y después entró en un portal, y no la vi más.

PRESIDENTE.—¿Cómo puede excluir que fuese la «dromedaria»?

CAGLIO.—La «dromedaria» era amiga de Montagna hacía ya ocho años y, por tanto, no hubiera tenido razón alguna para esconderse de mí.

En este momento el abogado de Muto pide al Tribunal que ordene un careo entre la testigo y la «dromedaria», ya que Montagna ha declarado en el curso de las indagaciones que era ésta quien le acompañaba la tarde de la persecución en coche. El presidente, con una sonrisa, declara superfluo el careo, y dice:

—Creo que se puede excluir la suposición de que se tratara de aquella mujer.

Ana María Caglio, en este punto, como arrebatada por un ataque de celos, exclama nerviosamente:

—Si no era la Montesi, que me diga entonces Montagna quién era aquella muchacha.

La declaración prosigue con muchos saltos cronológicos. Después de la persecución en coche del 7 de enero, los encuentros del marqués y la Caglio fueron borrascosos durante varias semanas. Montagna había obligado a la Caglio a permanecer sin salir de su propia casa. Luego, se separaron, aunque no por mucho tiempo. A mitad de la Cuaresma de aquel año, Montagna había enviado una nota a la Caglio para que acudiera a un baile que un grupo de amigos iban a celebrar en un Club nocturno de Roma, pidiéndole que olvidara sus celos y rogándole que volviera a él.

Volvieron, así, con el buen tiempo, las visitas a Capocotta, y en

el mes de abril, el mismo en el que fué encontrada muerta la Montesi, comenzaron a formarse las sospechas de la Caglio. Poco después de haber sido encontrado el cadáver de Wilma, ella cuenta que le habían referido un comentario del novio de la víctima: «Si yo hablara, cuántos nombres surgirían.» Otra vez, Montagna había acompañado a la Caglio, en su «1.400», ante la casa de Piero Piccione, en la Via della Conciliazione, número 50. Montagna llevaba consigo ciertos paquetes misteriosos, y dijo a la testigo que contenían dinero. En un calle adyacente la muchacha había descubierto el famoso coche negro, del cual habían hablado los periódicos al contar la muerte de Tor Valanica.

VISITA AL JEFE DE POLICIA

CAGLIO.—Me acuerdo que Montagna me impidió leer la matrícula de aquel coche parado cerca de la casa de Piccione, y cuando se dió cuenta de mi curiosidad por el coche, me cogió bruscamente y me envió al cine. Hacia fines de abril, Montagna recibió una llamada telefónica, diciendo después: «Es preciso ir a ver al jefe de la Policía, porque pretenden acusar a Piccione de la muerte de Wilma Montesi.» Le hice notar que la hora aquella—las nueve y media de la noche—no era la más apropiada para hacer la visita. Pero él insistió, y me condujo en su «1.400» al Viminal, deteniendo el coche en la rampa izquierda. Poco después llegó Piero Piccione para ponerse de acuerdo con Montagna, y estuvieron paseando, mientras yo permanecía dentro del automóvil. Finalmente, entraron, y tardaron más de una hora en salir. Piccione estaba nervioso y preocupado; por el contrario, Montagna aparecía sereno. En el regreso la dije a Montagna que hacía mal en interesarse por Piccione, y que si éste tenía que responder de alguna cosa ante la Justicia, no era justo que no lo hiciera, sobre todo tratándose del hijo de un ministro del Gobierno. Montagna me dijo, algo airado, que Piccione no había podido intervenir en nada de aquello, porque aquel día se encontraba en Amalfi. Yo le contesté que no era posible, porque le telefoné desde Roma aquella tarde, y yo estaba presente. Entonces él me dijo: «Pequeña, tú sabes demasiadas cosas; es oportuno que cambies de aires.» Me obligó a coger toda mi ropa, que yo tenía en mi casa de la Via Vasari, y a salir para Milán el día 1 de mayo del 53.

PRESIDENTE.—¿Cómo la indujo a marcharse?

CAGLIO.—Me dijo que si no me iba por las buenas, me obligaría a irme por medio de la Policía. Después me entregó una carta de recomendación del honorable Spataro para la Televisión de Milán, y que yo presenté al subdirector de la R. A. I., aunque no tuve éxito en las pruebas que se me hicieron.

En este momento, Ana María Caglio exhibe la carta, de fecha 18 de mayo del 53, que el doctor Pugliese, director de la Televisión, dirige al ministro Spataro, comunicándole el resultado negativo de las pruebas realizadas por la muchacha.



La Giubben Gio, citada por la Caglio como asistente a una de las fiestas de Montagna, y en la que perdió quince millones de liras

PRESIDENTE.—(Leyendo en voz baja y dirigiéndose de nuevo a la testigo.) De esta carta se desprende que usted, entre otros, tiene un defecto al pronunciar la «r». ¿Reconoce usted que es cierto?

CAGLIO.—La verdad es que yo hice todo lo posible para quedar mal en las pruebas, porque no quería quedarme en Milán y deseaba volver a Roma.

El presidente le pregunta si la testigo habló a Muto de las reuniones orgiásticas celebradas en Capocotta.

UNA CIERTA «GIOBBEN GIO»

CAGLIO.—Sí; le dije que la villa no disponía de locales adaptados a aquellas fiestas que él había descrito, pero él me aseguró lo contrario. Quise cerciorarme, y hablé de ello con mi amigo Romano Cirillo, a quien conocí cuando recitaba en el teatro Pirandello; éste me dijo que una cierta Giobben Gió, alias condesa Materasso, había sido llevada a Capocotta una tarde, que no podía precisar, del otoño aquel por Ugo Montagna, Pietro Piccione y un oficial de la Policía. Era la época en la cual yo me encontraba en Milán, esto es, en octubre. Aquella noche me contó Cirillo que la Giobben Gió había perdido al bacarat trece millones, y que después Montagna y sus amigos habían hecho con ella cosas que no se pueden decir. Cirillo me precisó que la tarde en que había sido recogida del hotel Rivoli la Giobben Gió por Montagna y Piccione, estaba presente un cierto Maisani. Me dediqué a buscarle y le enseñé una foto de Montagna; Maisani me confirmó todo ello. También Pino de Martino me dió cuenta de haber oído a la Giobben Gió referir aquella noche en Capocotta. Fue después de saber estas cosas cuando me decidí a dirigirme al procurador de la República, doctor Sigurani.

PRESIDENTE.—¿Conocía usted al doctor Sigurani?

CAGLIO.—Sí; yo había ido a verle en septiembre. Montagna atravesaba en aquella época una mala situación económica y se lamentaba frecuentemente de que tenía muchas deudas. En mi afán de ayudarle, yo fui a ver a Sigurani para preguntarle si había posibilidad de recuperar la herencia de su madre, que un tal Daré le había quitado, dejándola en la calle, y complicando en el asunto a mi padre, que, como notario, había consignado algunos títulos que resultaron falsos. El doctor Sigurani, que había llevado el proceso como magistrado, en Milán, me dijo que no se podía hacer nada. Luego, en otra ocasión, después de haber leído el artículo de Muto en «Attualità», y de haber comprobado algunos detalles sobre la Giobben Gió, pensé en volver a ver al procurador de la República para manifestarle mis sospechas sobre Montagna y Piccione. Me dijo que habría hecho bien quedándome al margen de esta cuestión.

«LA TRAIÇION SE PAGA»

Esta flecha acusatoria que Ana Maria lanza contra el magistrado que hace pocos días decidió archivar toda su declaración, hace al-



Montagna y Ana Maria Caglio, en un baile

zarse de su estrado al representante del Ministerio Público, doctor Bruno.

FISCAL.—Deseo saber si el procurador de la República invitó a la testigo a deponer formalmente o a presentar denuncia.

CAGLIO.—Absolutamente, no.

PRESIDENTE.—¿Qué dijo, en concreto, la testigo en aquella segunda entrevista con el doctor Sigurani?

CAGLIO.—Le expliqué todo lo que yo sabía sobre el tráfico de estupefacientes de Montagna, y mis sospechas de que él estuviera metido en el asunto Montesi.

PRESIDENTE.—¿Qué respondió el procurador?

CAGLIO.—Me dijo que habría debido dirigirme a la Inspección de Hacienda con una exposición sobre el asunto de los estupefacientes.

FISCAL. (Siempre muy airado.)—Insisto pidiendo que la testigo sea más precisa en sus declaraciones. Es increíble lo que está diciendo.

CAGLIO.—Repeto que el doctor Sigurani, después de haber escuchado mi explicación, me recomendó, acompañándome hasta la puerta, quedarme fuera de todos estos asuntos.

PRESIDENTE.—¿Cuándo rompió sus relaciones con Montagna?

CAGLIO.—El 3 de noviembre de 1953. Pero desde el 27 de julio ya no vivíamos juntos.

PRESIDENTE.—¿Quién quiso romper, y por qué?

CAGLIO.—Yo estaba decidida a no saber nada más de él por todo lo que sospechaba. Le dije que sabía cosas terribles de su vida. El 6 de noviembre él trató de apaciguarme, y me llevó consigo a Fiano, a su castillo, a una comida. En el viaje me repetía que

«la traición se paga». Y después me dijo: «Quien testimonia contra mí, paga con la muerte.» Al regreso le puse un caramelo en la boca y él lo escupió, temiendo que estuviera envenenado. Pasamos juntos la noche; él permaneció despierto con la luz encendida. Me dejó dormir. Fue una noche muy extraña; tanto, que yo le dije: «Parece que has cambiado de gustos. ¿Has perdido el hábito de estar con las mujeres?» Por la mañana nos separamos. Algunos días después me telefoneó para hacerme saber que se encontraba muy tranquilo y que no tenía miedo a nadie. Estaban con él, me dijo, el comandante Berrutti, el prefecto Mastrobuono y el abogado Restivo, hermano del presidente de la región siciliana. El día 12 ó el 13 del mismo mes, volví a telefonearme, proponiéndome pasar una noche con él, en Capocotta, con varios amigos. Yo tenía miedo de asistir a aquella reunión; pero también tenía miedo de no acudir a ella.

FISCAL.—La testigo, ¿se encargó de decir a Muto que iría a Capocotta?

CAGLIO.—Sí, por consejo de mi patrona, la señora Marri. Aquella invitación de Montagna me pareció misteriosa y quería que alguien supiera dónde me encontraba.

La testigo sigue informando que Montagna no fué a recogerla aquella noche para llevarla a Capocotta y que la citó en la Via Apia. Hasta allí la Caglio acudió en taxi. Antes de salir de la casa, le dejó sus joyas a la señora Marri, que se encontraba muy impresionada ante el solo pensamiento de encontrarse tratando con una especie de Montesi número 2. «Temo que mi teléfono esté

intervenido», le dijo la Caglio saliendo. «Vea usted la manera de avisar al periodista Muto que he salido para Capocotta.» Al taxista que la condujo a la Via Apia, Ana María Caglio le pidió que se fijara bien en su cara y en su figura por si tuviera necesidad de recordarla por si le ocurría alguna desgracia en la playa de Tor Vaianica. Pero todo se resolvió en nada. Muto siguió sin ningún resultado al coche en el cual Montagna y la Caglio viajaban hacia Capocotta.

PRESIDENTE.—¿Qué le contestó el taxista al que pidió que se fijara en usted?

CAGLIO.—Me dijo: «Si tiene tanto miedo, señorita, ¿por qué va a Capocotta?». Le respondí: «Debo ir por fuerza».

FISCAL.—¿Le había dicho Muto que usted corría peligro?

CAGLIO.—Sí; me dijo que mi vida corría graves peligros si Montagna se enteraba que él me seguía.

UN ACUSADO QUE TOMA APUNTES

FISCAL.—¿Cuándo comenzó usted a sospechar que su amante traficaba con estupefacientes?

CAGLIO.—Desde que descubrí que colgaba el teléfono cada vez que entraba en su habitación inesperadamente. Tenía extraños asuntos. Viajaba de continuo: a Florencia, a Milán, a Turín... Estaba lleno de deudas.

FISCAL.—¿Dijo todo esto al doctor Sigurani?

CAGLIO.—Sí. Le dije, además, el contenido de una extraña tarjeta enviada por Montagna a su amigo Piccione, en la que le decía que todo iba bien, a final de septiembre. Después, Sigurani me preguntó: «¿No habrá sido el periodista Muto quien le haya mandado a verme?».

En este instante el fiscal atacó ásperamente a Muto, que, sentado en una silla cerca de sus defensores, está activamente tomando apuntes sobre un bloc de cuartillas.

FISCAL.—En dieciséis años de magistratura, no he visto jamás a un acusado sentarse al lado de sus defensores y tomar apuntes.

ABOGADO DE MUTO.—Pues ya lo está viendo.

Muto se levanta y va a sentarse sobre el banco de los acusados, pero sin dejar por ello de seguir tomando notas. «Tiene derecho a tomar las notas que quiera», dice uno de sus defensores, Bucciante. La tensión de la sala, aumentada

por lo avanzado de la hora, ya que pasa de las dos de la tarde, hace que intervenga el presidente, quien quiere entrar a fondo en el asunto de los estupefacientes.

PRESIDENTE.—¿Cómo pudo imaginar usted que Montagna tratase en estupefacientes? ¿Cómo justificaba sus ganancias?

CAGLIO.—Montagna no desarrollaba ninguna actividad conocida, o, por lo menos, nunca me dijo qué clase de trabajo ejercía. Cuando yo le he gritado en su cara que él ganaba millones con los estupefacientes, no lo ha negado. También su amistad con el comandante del puerto de Génova me hizo sospechar. Una vez me envió un regalo de trescientas mil liras. En su casa existía un armario que nadie podía abrir, para el que había hecho fabricar una cerradura especial, cuya única llave, distinta de todas las otras, estaba solamente en su poder.

PRESIDENTE.—¿Le pasaba Montagna a usted alguna asignación?

CAGLIO.—Medio millón al mes; pero debo precisar que desde septiembre a enero. Después no he querido más dinero suyo. Yo lo aceptaba al principio porque él me prohibía trabajar. Y luego, cuando él en noviembre me ha ofrecido algunos cientos de miles de liras, le dije: «No quiero dinero hecho con negocios sucios y con sangre de mujeres».

PRESIDENTE.—Usted estaba unida a Montagna por un gran afecto, independientemente del dinero. ¿Cómo se produce, entonces, la ruptura?

CAGLIO.—La tarde del 19 de noviembre, Montagna me llamó para decirme que mi padre había escrito al honorable Andreotti diciéndole que debía volver inmediatamente a Milán. Es verdad que mi padre era amigo de Andreotti, pero también sabía yo que él nunca me había enviado una orden de esta clase. Si hubiera querido invitarme a volver, me hubiera escrito a mí. Se lo hice saber así a Montagna. Después de algunos días, él me llevó a comer a una «trattoria». Después de la cena me llevó inmediatamente a casa. Durante la noche me sentí enferma, y temí haber sido envenenada. Este malestar continuó durante la mañana siguiente. A las diez, una persona me telefonó.

PRESIDENTE.—¿Quién?

CAGLIO. (Muy excitada.)—Era una monja amiga mía. Cuando se

enteró que me encontraba mal se brindó a acompañarme a un médico. Se trataba del doctor Busnelli. En esta visita estuvo presente la monja. El médico me aconsejó salir inmediatamente para Milán, para bien de mi salud. Después de aquella visita me fui a Milán.

FISCAL.—Diga la testigo si el verdadero propósito de su visita al doctor Sigurani no era recomendar al periodista Muto, afirmando que tenía toda la razón.

CAGLIO.—No. En absoluto. Era muy distinta la razón de mi visita. Yo había dicho a Sigurani que no se podía condenar a Muto sin comprobar suficientemente sus afirmaciones. Le había dicho también que no deseaba compartir la responsabilidad de Montagna. La tarde en la cual leí en la revista «Attualità» el artículo sobre Wilma Montesi me encontraba en el coche con Montagna. Me dijo: «No leas. Déjalo». Puse la revista entre la ropa, donde habían algunos paquetes, que abrí. Contenían un cenicero y dos pitilleras transparentes, con la figura de una muchacha desnuda que se bañaba los pies. Me sorprendió muchísimo encontrar aquellos objetos porque Montagna no era fumador. Y entonces relacioné estos objetos con las circunstancias de los estupefacientes. Pensé en los cigarrillos de marihuana, de los cuales se había hablado mucho. Recordé que Montagna poseía una pipa, que Montagna llamaba «Touca», pero que después llamaba «Marihuana».

A petición del fiscal, la Caglio cuenta después cómo conoció a Montagna. Fue en la oficina del secretario del honorable Spataro, doctor Savastani. La muchacha había sido recomendada al ministro con la esperanza de que le pudiera ayudar en su carrera artística. El doctor Savastani le presentó a Montagna, y tras algún tiempo iniciaron sus relaciones. El 9 de septiembre de 1952, la muchacha fué invitada a casa de Montagna a una comida.

CAGLIO.—Me enamoré de él y creí en su promesa de matrimonio. No sabía que era casado, de lo que me enteré dos meses más tarde.

PRESIDENTE.—¿Y continuó, entonces, las relaciones?

CAGLIO.—Continué porque él tenía el deber de ayudarme. Me había asegurado también la posibilidad de obtener la anulación de su matrimonio.



CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor
y Tonifica los nervios



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORS
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CÓRDOBA)

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO.....	8,90

C.S. 12898

FISCAL.—¿La testigo ha participado alguna vez, con Montagna o con otros, en orgías o fiestas de placer?

CAGLIO.—Montagna me preguntó varias veces si me gustaría tomar estupefacientes. Yo le respondí que no.

UN NUEVO PERSONAJE: EL CONDE DI CAMPELLO

FISCAL.—¿Quiere usted decir dónde tenían lugar estas orgías?

CAGLIO.—Si yo hubiera estado en ellas lo diría.

FISCAL.—La testigo ha dicho que en Capocotta no hay lugar apropiado para ellas.

CAGLIO.—Pueden encontrarse en los alrededores. Como la Gibben Gió dijo haber estado en Capocotta, la creí.

PRESIDENTE.—Pero, cuando Montagna le ofreció estupefacientes, ¿por qué no los aceptó usted?

CAGLIO.—No quise. Soy contraria a ello.

FISCAL.—La testigo debe responder con precisión si en los locales de Capocotta han tenido lugar estas fiestas.

CAGLIO.—Estas reuniones se habrán celebrado seguramente en localidad vecina a Capocotta. Esta villa del marqués Montagna se encuentra exactamente entre otras dos que pertenecen, una al Presidente de la República y otra al conde di Campello. Mientras la puerta que da a la del Presidente de la República está siempre cerrada, la que comunica con la propiedad del conde di Campello está siempre abierta, y debo precisar que un día, en el coche en el cual iba con Montagna, nos cruzamos con el del conde di Campello. Al volante iba la condesa di Campello, la que al cruzarse, guifó un ojo a Montagna, queriendo referirse a mí como a la compañera de turno. Montagna no respondió.

FISCAL.—¿Cuáles eran las relaciones entre Campello y Montagna?

CAGLIO.—Eran relaciones amistosas. La condesa Campello había sido, en el pasado, la amante de Montagna.

Este interrogatorio cambia inesperadamente el itinerario y la topografía del proceso, sin que conozcamos nada sobre las famosas orgías de las que tanto se habla. Es un golpe habilísimo, porque traslada las sospechas de Capocotta a la villa de Campello, que, según una nueva publicación de Muto, aparecida en esta misma fecha sería más idónea para los tráficlos clandestinos y las fiestas públicas. La audiencia termina aquí; pero antes del mediodía, y antes aun de que la Caglio hubiese acabado de hablar, se había depositado sobre la mesa del procurador de la República una querrela redactada por el honorable Bellavista y firmada por Ugo Montagna en la que se habla de falsos testimonios y calumnias. También ha sido presentada otra querrela, redactada por el aboga-

do Bacciani contra Ugo Montagna, acusándole de falsedad en documento público y falsificación de estado civil. Los cronistas, al dar cuenta de esta sesión, reseñan el detalle de que la familia Montesi no se ha encontrado durante ella en la sala.

RESUMEN Y COMENTARIO

Estas primeras declaraciones de Ana María Caglio ante el Tribunal han durado seis horas, y en ellas la testigo ha afirmado tres cosas de interés:

1.^a Que Montagna, la tarde uno de los días inmediatamente siguientes al descubrimiento del cadáver de Wilma Montesi, acompañó a Piero Piccione a hacer una visita al jefe de la Policía, doctor Pavone.

2.^a Que Montagna llevó un día a la casa de Piero Piccione paquetes conteniendo dinero. Y

3.^a Que el procurador de la República, doctor Sigurani, aconsejó a la Caglio no meterse en este asunto, cuando ella le comunicó las sospechas de que Montagna traficase en estupefacientes.

Puede decirse que Ana María no ha dado a los jueces elementos demasiado fuertes, judicialmente hablando. Respecto del primer argumento, la muchacha no se encuentra presente durante el coloquio y no puede saberse, por tanto de qué hayan podido hablar Montagna y Piccione con Pavone. Si se interroga a ellos tres puede resultar que den una explicación concorde y aceptable sobre la entrevista y que se refiera a otros asuntos. Respecto al dinero, Ana María supone que los paquetes que llevaba Montagna lo contenían, pero no es posible probarlo. Montagna podría negar esta circunstancia, siendo su negación suficiente para rebatir el argumento. Respecto a su entrevista con el procurador de la República hay que puntualizar que la recomendación de Sigurani se hace después de haberla invitado a presentar una denuncia ante la Inspección de Hacienda.

Toda la segunda parte de su declaración es mucho más floja, llena de motivos escandalosos y ofrece el temor de que sea el resultado de los celos de una muchacha traicionada y abandonada. Cabe pensar que el magistrado ha consentido que la muchacha hablase durante tanto tiempo no tanto para hacerle exhibir una notable capacidad de resistencia o una habilidad nada corriente. Probablemente el doctor Surdo, presidente del Tribunal ha querido seguir una táctica: hacer hablar a la testigo no sólo para comprender el ambiente en el que se mueve y en el que vé a los otros personajes, sino para encuadrar a la testigo y poderla examinar a través de horas y horas, estableciendo cuánto de verdadero y cuánto de falso y fantástico pueda existir en su versión de los hechos.

Después de estas declaraciones de Ana María Caglio, el proceso y el propio caso Montesi-Muto se complica con una serie de incidentes:

El conde di Capello presenta una querrela contra la Caglio por calumnia, difamación y falso testimonio

Montagna vuelve a la carga contra su ex amante, agregando al texto de la querrela presenta-



Ugo Montagna durante una partida de caza de las que se celebraban frecuentemente en Capocotta. A su derecha, el conde Piero Calvi di Bergoglio, hijo de Holanda de Savoia, apasionado cazador

da contra ella un codicilo que contiene la prueba documental sobre la infidelidad de la Caglio, con una precisión y una contabilidad tan puntualísima que no se sabe, en verdad, cómo haya podido conseguir sin el auxilio de otras gentes.

Luigi Bruzzone envía desde Genova una carta a Ana María Caglio ofreciéndose para presentarse como testigo ante el Tribunal y afirmando conocer y tener pruebas de las sucias actividades de Montagna.

Francimel, ex novio de la Bisaccia, toxicómano, y a quien se hacía referencia en la primera parte de este reportaje publicado en el anterior número de EL ESPAÑOL, es internado en un manicomio, después de haber anunciado que estaba dispuesto a presentarse en el periódico «Unidad» para referir que la Bisaccia sabía todo lo relacionado con este asunto.

PUNTO Y APARTE

La amplitud extraordinaria de las noticias, siquiera sean someras, de que disponemos sobre este proceso obligan a dejar para un tercer reportaje otras innumerables y sensacionales informaciones, tales como la declaración ante el Tribunal de Adriana Bisaccia, la dimisión del jefe de la Policía, las repercusiones políticas del asunto que llegan desde las interpelaciones en el Parlamento, las reuniones del Consejo de Ministros hasta los furiosos comentarios de los periódicos de la extrema izquierda, que aprovechan el escándalo para atacar implacablemente al Gobierno y al partido demócrata cristiano.

Al estudiar todo este resultado en el próximo número quedarán patentes las reflexiones y las enseñanzas que de todo esto se desprenden. Al mismo tiempo que la justicia va desentrañando el caso de Wilma Montesi, otros acontecimientos, en los que también la presencia de drogas y estupefacientes parece acusarse, revelan la grave situación moral de ciertos sectores que venimos analizando.

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

¡SEÑORES AUTORES, A ESCENA!

PANORAMA DEL TEATRO ESPAÑOL



ACTUALMENTE EL PÚBLICO PREFIERE EL CINE A LA FARS

DE cara al Sábado de Gloria, y en esta especie de paréntesis teatral que se produce todos los años al final de la segunda de las tres temporadas en que se divide la gran temporada anual en los coliseos madrileños, no está de más una ojeada panorámica al estado actual del teatro en España, tomando como exponente los estrenos de Madrid. La preparación, por el Sindicato del Espectáculo, de un Congreso, que se celebrará el próximo mes de mayo en Barcelona, realza la actualidad del tema. Hay, además, un tercer motivo que lo justifica; un fenómeno —adelantare— no específico de estos momentos, pero que se está dando, sobre todo en los últimos meses, con más frecuencia de la deseada.

Me refiero a la poca aceptación —me parece algo fuerte la palabra «fracaso»— de obras cuyos autores han tenido éxito otras veces, o de ilustres escritores que, al ser plasmada alguna obra suya en el escenario, no han visto confirmada la esperanza fraguada en la previa lectura.

NO EXISTE PROBLEMA ESPECIAL

—¡Ah, vamos!—dirá alguno—. Va usted a hablar de la crisis del teatro.

Pues, no. Entre otras razones, porque no creo en ella, al menos como nota peculiar del momento presente. En las diferentes etapas de los últimos cincuenta años —que es sobre lo que podemos hablar con más conocimiento de causa—ha habido siempre los mismos altibajos; parecidas controversias en torno a la pretendida crisis; idénticas esperanzas —frustradas casi siempre—en los nuevos valores; igual agotamiento o cansancio por parte del público respecto a los consagrados; semejante cifra, en fin, de nombres —media docena, poco más o menos— que cada dos o tres lustros suenan como autores de valía, y de los que se puede esperar el éxito definitivo de una obra auténticamente buena o el más re-

lativo, pero no menos eficaz, que se traduce en la afluencia de público, y, en fin de cuentas, en la taquilla.

Naturalmente que no siempre van paralelos el valor neto de la obra y el éxito de público. Y que, por otra parte, sería de desear que la producción teatral contemporánea que aparece en nuestros escenarios, original o importada —de momento no interesa la distinción—, tuviera una auténtica calidad literaria al servicio de un fondo ideológico considerable, de una preocupación social y política; o una altura poética revisitando un tema de interés humano; o un humorismo de buen tono y una comicidad fina, si de comedias de simple esparcimiento se trata. Y todo ello, dentro de los cauces de una factura teatral perfecta e interpretado de forma impecable.

Pero tal cosa supondría una Jauja teatral que no creo sea patrimonio de muchos países. Y con añorar su trasplante a nuestros escenarios, estaría cumplida mi tarea, si se tratara de poner paño al púlpito y hablar de la necesidad de un teatro químicamente puro.

CUATRO VERDADES IN- DISCUTIBLES

Vuelvo a decir que no pretendo más que echar una ojeada al actual estado de cosas en que se desenvuelve el ámbito teatral madrileño, que equivale a decir español, y que no es mejor ni peor que el de hace quince, treinta o cuarenta y cinco años.

Pueden—eso sí—haber variado algunas circunstancias, pero no la esencia del problema. Y antes de analizar sus elementos uno a uno, bueno es que sentemos como base cuatro verdades que se admitirán o no de momento, pero que, sin duda, terminarán por ser aceptadas ante la objetividad de los hechos.

He aquí esas verdades:

Primera. El público actual prefiere, en igualdad de circunstancias, el cine al teatro.

Segunda. Dentro del teatro, hay una predilección por lo espectacular e intrascendente. Concretamente, por el género revisteril, al que se ha pasado con armas y bagajes una buena parte del público que antes era asiduo espectador del llamado género de verso.

(Como consecuencia de estas dos verdades, surge un doble detalle que puede explicar muchas cosas: el público habitual del teatro que pudiéramos calificar de serio, se ha reducido indiscutiblemente, con lo que quizá resulten, en cambio, demasiado numerosas las salas que aun quedan dedicadas a esa clase de teatro.)

Tercera verdad. A pesar de la realidad de las dos anteriores y su corolario, es absolutamente cierto que cuando una comedia o drama tiene auténtico valor y está bien interpretado, presentado y dirigido, el éxito—incluso popular—es indiscutible.

Cuarta. En cada caso concreto, los fracasos—o faltas de asistencia por parte del público—tienen también causas concretas: época del año o mes en que se estrenan las obras; actitud de la crítica; falta de propaganda eficaz; fallos interpretativos o de dirección escénica; situación poco estratégica del salón, etc., etc.

«OBRAS DE TEATRO» Y «ESPECTACULOS TEATRALES»

Y entremos ya en el examen concreto y actual de la cuestión.

Durante la segunda temporada —me ha gustado la palabra— de este año teatral, es decir, a partir de enero, ha habido abiertas en Madrid veinte salas de espectáculos teatrales. Dos de ellas —Beatriz y Alvarez Quintero— se han cerrado, por distintos motivos, hace escasas semanas. Quedan, pues, dieciocho, incluido el Circo Price. Pues bien; de esos dieciocho teatros, nueve han estado dedicados al género de verso; siete al revisteril, uno a la zarzuela, y otro, a espectáculo circense o variedades. (De los dos



desaparecidos de momento, en uno había variedades, y en otro, comedia de verso.)

Pues bien; para el Sábado de Gloria próximo, los teatros de verso serán siete; los de revistas, ocho, y los de variedades, tres. Es decir, los géneros menos nobles—revistas y variedades, incluyendo como variedades un espectáculo flamenco—han ganado, respectivamente, una y dos batallas. Concretemos: Son bajas en el género de comedia, el Calderón y Maravillas, que incrementan el grupo de variedades, en el cual también continúa el Price, pero sin circo. El Madrid admite un elenco de revista, en sustitución de una compañía de género lírico.

Es decir, de un lado se corrobora la segunda de las verdades arriba enunciadas. De otro, la práctica reconoce que la temporada en los teatros de comedia no ha sido brillante precisamente.

EXITOS AUTÉNTICOS

Continuemos concretando: ¿Ha habido algún éxito auténtico en lo que va de temporada, al margen de los géneros que seguiremos denominando menos nobles? Antes de responder, reconozcamos que tampoco en temporadas anteriores se han dado muchos. Quizá la inmediata anterior—septiembre de 1952 a junio de 1953—fuera de las más fecundas en éxitos de público. Basten los títulos españoles siguientes: «El balde», de Neville; «Tres sombreros de copa», de Mihura; «Murio hace quince años», de Giménez Arnáu; «La vida en un bloc», de Llopis.

Pues bien; de septiembre de 1953 para acá, éxitos de verdad sólo ha habido dos, y muy recientes, por cierto. Uno de ellos continúa arrollador. Ambos se han registrado en el teatro Español, y en el haber de ese éxito solamente alcanza determinado porcentaje al adaptador, que es en los dos casos, José María Pemán. Podemos adjudicarle hasta un cuarenta por ciento en el «Edipo», y puede que ni el diez por ciento en «Diálogos de Carmelitas», pues éstas son las obras de que se trata.

No quisiera que se sacase ya



Ilustran estas páginas varias fotografías de la escena teatral española: «La cena del Rey Baltasar», de Calderón; «A media luz los tres», de Mihura, y «Edipo», según versión de Pemán

con estos datos una consecuencia falsa: la de que obtienen más éxitos las obras adaptadas que las originales de autores españoles. Más adelante ampliaré detalles y se verá que no todas las traducciones que se nos han servido, quizá con demasiada abundancia en estos seis meses, merecían la pena conocerse. Y las que encerraban algún valor dentro no han calado, por una u otras causas, en el público.

Pero sí me interesa hacer cons-

tar que la excelente acogida dispensada a «Edipo» y a «Diálogos de Carmelitas» avaloran la tercera afirmación lanzada como verdad indiscutible. «El público de todas clases acude a ver una obra, por muy profunda y seria que sea, cuando encierra auténticos valores teatrales y está bien dirigida e interpretada.» Es una pena que no haya ocurrido esto en la temporada actual con obras netamente españolas. Pero también es verdad que aun falta por cubrir la tercera etapa. Esperemos que en ella surja algún éxito junto a un nombre español, sea de joven promesa, sea de autor más o menos consagrado.

SEÑORES AUTORES: A ESCENA

Y entramos ya en el motivo y campo principal de estas líneas. Hombres que, dentro del teatro, han obtenido éxitos—sigamos refiriéndonos a la taquilla—, o que, fuera del ambiente teatral, demostraron ser buenos escritores o poetas, estrenaron en esta temporada obras con poca aceptación. En algunos casos, esas obras tuvieron que ser retiradas rápidamente del cartel; en otros, duraron menos de lo que se esperaba o arrastraron supervivencia demasiado lánguida.

Ahí van los nombres, con una doble advertencia. Primera: Que la mezcla de unos y otros no supone encasillamiento en un mismo plano de valor, ni siquiera de cantidad general de producción. Segunda: Que la poca aceptación tiene en cada caso, no sólo causa distinta, sino también distinto volumen; en unas, fracaso absoluto de público; en otras, sólo cierta relativa frialdad. En este segundo grupo entran una de don Jacinto, otra de Torrado (vuelvo a pedir perdón por la mezcla); las de Pemán, Ruiz Iriarte, Llopis, Antonio Quintero, Giménez Arnáu, e incluso las de Buero Vallejo y Mihura, aunque quizá estas dos fueran retiradas del cartel por fuerza mayor—acortamiento obligado de temporada o programación prevista de antemano—sin haber dado de sí todo lo que podía esperarse de ellas.

En la casilla de fracaso más

o menos sonado de público, se hermanan, pese a su distinto valor objetivo, las obras estrenadas recientemente por Julia Maura, Edgar Neville, Foxá y López Rubio, a las que podíamos añadir las presentadas en el Infanta Isabel por Benavente, Torrado y Calvo Sotelo. Y aquí empieza la desmenuzación de motivos. Pero antes de nada, hay que analizar si uno de los apuntados al principio, como posible explicación en algunos casos, influye realmente en el público. Me refiero a la actitud de la crítica.

LA VERDAD SOBRE LA INFLUENCIA DE LA CRÍTICA

Las respuestas a preguntas que he hecho sobre el particular a empresarios y actores son categóricas y coinciden, en general.

—En el arranque siguiente al estreno—dicen—se nota la influencia de la crítica. Pero a medida que pasan los días, el comentario de los propios espectadores suele ser la principal y casi única causa del rumbo ascendente, descendente o estancado de la taquilla.

Los hechos prueban la certeza de esta afirmación, como vamos a ver en seguida.

TEATROS Y ARTISTAS QUE VAN QUEDANDO DESPLAZADOS

No cabe duda que «la solera» es algo que ha pesado siempre en los locales de espectáculos. Y en los artistas también. Como conjunto e individualmente. Pero la solera también se va perdiendo por unas u otras causas. Citemos el caso del teatro Infanta Isabel. En el decenio anterior a 1936, y durante cerca de dos lustros después de 1939, los éxitos en la sala de la calle del Barquillo han sido muy sonados. Pues bien; en la temporada actual han estrenado allí autores famosos que otras veces han sido muy taquilleros, incluso en ese mismo teatro. Todos esos nombres—Benavente, Calvo Sotelo, Torrado, López Rubio—van incluidos en la relación anterior dentro del grupo de menor aceptación por par-

te del público. Y la crítica ha sido también muy distinta en cada uno de los casos. Tolerante para las obras de Benavente («Capucita asusta al lobo») y Calvo Sotelo («El milagro de la plaza del Progreso»); floja para la de Torrado; excelente—con una sola excepción que después quedó aclarada—para la de López Rubio. Pero el resultado taquillero de todas ellas, así como de la de un autor nuevo que está dejando de ser promesa para convertirse en realidad—Alfonso Paso—, ha sido bastante parecido. La explicación concreta, pues, de este fenómeno tan persistente hay que buscarla dentro del mismo teatro. Más que en la compañía, en la que figuran artistas de nota—veteranos y nuevos—, quizá consista en que la situación del local va dejando de ser estratégica. No parece tampoco que tenga base suficiente la sospecha de que la primera figura femenina de ese teatro haya dejado de interesar al público. «El milagro de la plaza del Progreso» no la incluía en su reparto, y tampoco esa obra logró interesar.

¿Habrá perdido solera el Infanta Isabel? Así parece demostrarlo el hecho concreto de que la obra de López Rubio—con la que ríe y se emociona de verdad la treintena de espectadores que, por término medio, acude en cada sesión—no arrastre el contingente de público que hubiera arrastrado años atrás. Y que las restantes, no peores que otras muchas de las mismas firmas, se hayan quedado sin llegar a las cien representaciones.

Parecido fenómeno ocurre en el Lara, otra sala de raigambre entre el público. Pero aquí puede que las causas se vean más claras. Cuatro obras se han representado en este teatro desde el comienzo de temporada. Lo que quiere decir que han durado algo más. Pero la verdad es que la liquidación no ha acusado cifras muy altas. Pemán estrenó «En las manos del hijo». Hubo éxito personalísimo en la interpretación de Lola Membrives. Pero Pemán—que en sus obras originales está ya suficientemente juzgado—va perdiendo en el interés del público. Siempre tuvo un sector peculiar muy acusado, pero ese sector va encontrando más agradable otro tipo de espectáculos a los que antes apenas si se acercaba. Y donde escribimos el nombre de Pemán podemos poner—«mutatis mutandis»—el de don Jacinto Benavente, otro de los autores que ha acaparado en estos últimos años el escenario del Lara con una compañía complotísima, capitaneada antes por Rivelles y ahora por García Buhr, am-

bos estupendos actores. En realidad, en el caso de Benavente ni en el de Pemán puede hablarse de fracasos propiamente tales. Más encajaría la palabra desgaste o desplazamiento en los gustos del público. Algo parecido ocurre—aunque en un estrato de valores notoriamente inferior—en casos como el de Torrado, que, además de la obra del Infanta Isabel, ha estrenado otra en el Cómico, mantenida más tiempo por la buena labor de los intérpretes, o en el de Antonio Quintero, cuyo «Requiebro», bien servido por Amparito Rivelles, se ha mantenido en un tono discreto.

BACHES QUE PUEDEN SER PASAJEROS

Pero lo chocante, a primera vista, es que los autores más jóvenes que han ido desplazando a los mencionados—y a algún otro que no estrenó esta temporada, como Luca de Tena—y que estos años últimos tuvieron frecuentes o notorios éxitos de taquilla, no los hayan repetido ahora. Ya he hecho la salvedad de Buero Vallejo y Mihura, cuyas obras respectivas «Madrugada» y «A media luz los tres», sin haber logrado triunfo resonante, hubieran seguido llevando público si continúan algún tiempo más en el cartel. También me he referido al caso de «La venda en los ojos», de López Rubio, cuyo fracaso es absolutamente accidental y no imputable al autor.

A otros nombres antes aludidos que han tenido antes considerable éxito en alguna o en varias comedias, no puede atribuirse agotamiento porque las de esta temporada no hayan resultado taquilleras. Esos autores pasan, sencillamente, por el trance lógico del que no se han visto libres ninguno de los dramaturgos o comediógrafos más o menos famosos del siglo. El propio Benavente en sus buenos tiempos, Arnieches, Muñoz Seca, los hermanos Quintero, Jardiel Poncela, etc., al lado de grandes éxitos, tuvieron obras de menos fortuna. No es, pues, de extrañar, por ejemplo, que Ruiz Iriarte, Llopis, Giménez Arnáu, Foxá o Neville hayan tenido en sus últimas salidas menos calurosa acogida que en las anteriores. Todos ellos pueden empujarse en futuras empresas. Esto es lo que he pretendido indicar al nombrar juntos a estos cinco autores. Lo que no quiere decir que equipare el volumen del fracaso, o poco éxito, de sus comedias.

En efecto; en los tres primeros no puede hablarse propiamente de fracaso. «El café de las flores», de Ruiz Iriarte; «Carta a Paris», de Giménez Arnáu, y «Nosotros también», de Llopis, se mantuvieron—o se mantiene, en el último caso citado—varias semanas en el cartel. Pero con menos resonancia que otras obras de los mismos autores. Los motivos son diversos en cada comedia. La de Llopis, concretamente, tuvo una buena crítica, en general, e incluso franca acogida los primeros días. Pero la opinión común de críticos y público es que no acaba de estar rematada la comedia, que tiene una excelente primera mitad.

En poco tiempo...
hablará Vd.
INGLES o FRANCÉS
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
Cursos Fonobilingües
Polyglophone
(CON discos o SIN discos)
PIDA FOLLETO GRATIS A
Centro
de
Cultura
por
Correspondencia

ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN

TRES FRACASOS AUTÉNTICOS

Las obras estrenadas por Foxá y Neville sí que entran en la categoría de fracasos. Ambas fueron retiradas del cartel a poco de estrenadas. La de Foxá está muy bien escrita, pero es anti-teatral y falló rotundamente su presentación. La de Neville acusó más su endeblez por la obligada comparación con «El baile», cuyo éxito es de los que difícilmente se repiten. Pero, de todas formas, hay que tener en cuenta que ni Neville ni Foxá, como tampoco Giménez Arnáu, son autores teatrales fundamentalmente, sino más bien escritores. Y no hay que olvidar que a los escritores—por lo que sea—no les han salido frecuentemente bien del todo las experiencias teatrales.

Cerramos el recuento con el último estreno de Julia Maura. Galanterías a un lado, el nombre de esta escritora significa, en realidad, bien poco en el teatro.

EL ESCOLLO DE LAS TRADUCCIONES

Quedemos, pues, en que, hasta ahora, la temporada es muy escasa en éxitos y bastante pródiga en fracasos más o menos absolutos para autores consagrados. Quedemos, asimismo, en que no surgen nombres nuevos.

A este respecto, nos podemos hacer eco de las quejas que se oyen con frecuencia relativas a la abundancia de obras extranjeras. Tal fenómeno, ¿es causa, o más bien efecto, de la no muy abundante producción nacional conocida? Dejémoslo en interrogante. Y reconozcamos que, por una u otras razones tampoco, como norma general, han gustado al público. Las excepciones de «Edipo» y «Diálogos de Carmelitas», por excepciones, no quitan fuerza a la afirmación.

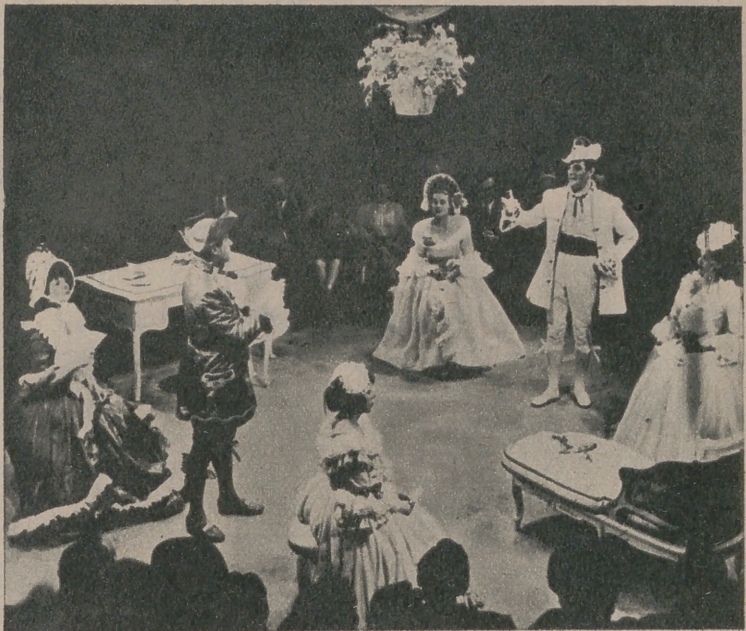
Es verdad que entre las obras extranjeras presentadas en salas públicas—prescindamos ahora de teatros de ensayo—ha habido algunas de valor positivo, como «La salvaje», «El amor de los cuatro coronales», «Europa y el toro» y «Cuarto de estar». Pero ninguna de ellas ha llegado a calar en el público. ¿Razones? Apuntemos dos indistintamente: el no mucho acierto en las traducciones y el fallo en la postura escénica.

CONSECUENCIAS Y ESPERANZAS

Y saquemos, de momento, dos consecuencias:

Primera. Si la mayor parte de las obras extranjeras, incluso algunas de mérito, no han logrado éxito, ¿por qué hemos de extrañarnos que los autores españoles, algunos de los cuales lo han conseguido otras veces, no hayan podido saborearlo hasta ahora en la temporada actual? Esperemos que venga alguna racha más optimista.

Y ojalá que esa racha no sople solamente a los autores de más o menos nombradía, sino que descubra valores nuevos. Los teatros de ensayo y los concursos—aunque la experiencia hasta ahora no demuestra mucho la eficacia



Arriba: Una escena de teatro circular que actualmente se está imponiendo en nuestro teatro de ensayo.—Abajo: Conchita Montes, intérprete de la comedia «A media luz los tres»

de este último método—puedan ser, a la larga, la palestra para la aparición—o salto a los escenarios de gran público—de los autores del mañana. De un mañana próximo, en que algunos nombres que ya suenan en las experiencias del T. P. U., por ejemplo, se engarben con los de autores jóvenes, pero ya consagrados como valores auténticos. No lamentemos que sean pocos. A la historia del buen teatro no han pesado muchos, en realidad, a lo largo de los tiempos. Conformémonos con que, aunque pocos, sean buenos. Y con que la palabra crisis, referida al teatro, no se pronuncie en adelante con base más firme que en la actualidad o que hace tres, seis o diez lustros.

EL PÚBLICO QUIERE BUEN TEATRO

La segunda consecuencia que pudiera sacarse de esta ojeada al panorama teatral español—entendiendo como tal lo que se repre-

senta en nuestros teatros, incluida la producción extranjera—refuerza la opinión de que esa pretendida crisis no es un fenómeno exclusivo de nuestro tiempo. Y mucho menos, por lo que respecta al público.

Es cierto que entre las cuatro verdades enunciadas al principio de estas líneas figuraba el reconocimiento de que el público actual del teatro llamado serio se está reduciendo, en beneficio de género más espectacular. Pero no lo es menos—y también está afirmado aquí—que el público de todas clases acude a ver las obras realmente buenas, incluso prefiriéndolas a los espectáculos exclusivamente agradables o alternándolas con ellos.

Una prueba al canto. Y que se me perdone lo prosaico del dato, en gracia a lo sintomático de su autenticidad. En las hojas de liquidación de los teatros de Madrid figuran la última semana, entre las recaudaciones mayores, un teatro de comedia y dos de revistas casi a la misma altura. Los de revista son: uno, cuyos empresarios manejan eficazmente la propaganda, y otro, cuya situación estratégica está ahora realzada con el reciente estreno de la obra que figura en su cartel. El de comedia es «Diálogos de Carmelitas», de autor extranjero, es verdad, pero excelentemente montada por un joven director de escena español. Dato que no conviene olvidar.

Como tampoco debe pasarse por alto, ante lo elevado de dichas recaudaciones, la carencia de fundamento de dos causas que suelen airearse para probar el pretendido mal momento teatral: la cuestión económica y el rigor en la inspección previa de las obras. De un lado, está claro que el público se gasta el dinero cuando en las salas de espectáculos se representa algo que merece la pena. De otro, es evidente que entre obras de éxito—y de ello puede ser también una buena prueba el cine—, siempre figura alguna que tiene como base principal el pensamiento católico.

R. DE CASTELLANOS

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

¡SEÑORES AUTORES, A ESCENA!...



PANORAMA DEL TEATRO ESPAÑOL

VEA PAG. 60

fy ever